

Wyke-Smith

EL MARAVILLOSO PAÍS DE LOS SNERGS



se

La aventura comienza cuando dos niños, Silvia y Joe, deciden alejarse secretamente de su hogar, en la Sociedad para el Amparo de Niños Sobrantes, para ir a visitar a los snergs, pero se pierden en el bosque. Allí se encuentran a Gorbo, que los dirige a la ciudad de los snergs, y de hecho, a través de la aventura entera. Pues Gorbo es un snerg vigoroso, como todos los snergs, pero con fama de ser el más zoquete de toda la comarca, y así se encontrarán de repente al otro lado del río sin saber cómo cruzarlo, y en tierra desconocida. En su búsqueda del camino de regreso conocerán a una bruja amante de la cocina, un ogro vegetariano, un bufón caído en desgracia, el Capitán Vanderdecken y la tripulación del Holandés Errante... y un sinfín de aventuras.



Edward Augustine Wyke-Smith

El maravilloso país de los Snergs

ePub r1.3
Titivillus 13.05.15

Título original: *The marvellous land of Snergs*

Edward Augustine Wyke-Smith, 1927

Traducción: Marià Manent

Ilustraciones: George Morrow

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



PRIMERA PARTE

Un lugar retirado

Si alguna persona aficionada al mar —por ejemplo, el dueño de un yate— navegase por la mañana costeano la punta extrema de la bahía de Watkyns, advertiría numerosos grupos de chiquillos jugando en la playa. Según fuese su personalidad, juzgaría aquel espectáculo como deprimente o delicioso; pero no dejaría de preguntarse cómo fueron a parar a aquel sitio tan solitario, y en el que parecen estar tan a gusto, los niñitos que chapotean en el agua poco profunda o se persiguen por la arena, y los ya mayores que nadan hacia las balsas o se lanzan desde ellas entre el general griterío.

Pero esto es sólo una suposición, pues jamás yate ni embarcación alguna doblará la punta de la bahía, ni aparecerá en el horizonte la nieve de una vela, por tratarse del país de la S. A. N. S., lugar retirado e inaccesible. Si alguna vez asaltase al dueño de un yate la tentación de dirigirse hacia allí, se interpondrían a su paso vientos contrarios del nordeste, alternando con los del sudeste, los cuales, en combinación con persistentes borrascas, le harían desistir de su propósito, y podría considerarse muy afortunado si lograba salir de aquellas aguas amarrado a lo que quedase del maltrecho mástil.

Sólo existe una excepción a la regla de que ningún forastero puede navegar hasta aquellas cercanías, y es el caso de Vanderdecken y sus hombres, que lograron desembarcar y disponer su campamento a unas dos millas y media de la bahía, por su parte norte. Debido al feo juramento que hiciera Vanderdecken, de doblar contra viento y marea el cabo de Buena Esperanza, aunque para conseguirlo tuviera que navegar hasta el día del Juicio, le sucedió que no pudo detener su navío por más que lo intentara. Y si bien sus hombres nada habían jurado, por su mala fortuna tuvieron que seguir la suerte del capitán. Se supone que aquella maldición debió de mitigarse después de algunos siglos y, sea lo que fuere, lo cierto es que lograron deslizarse hacia las aguas de la S. A. N. S. durante el equinoccio primaveral, y allí están todavía, acampados en pequeñas chozas, con el navío anclado a la desembocadura de un río, y muy guarnecido de sorprendentes colonias de crustáceos.

La señorita Watkyns

La bahía lleva el nombre de la señorita Watkyns, que es no sólo directora, sino también fundadora de la S. A. N. S. o «Sociedad para el Amparo de Niños Sobrantes». Como muchas señoras sin hijos, se interesaba extraordinariamente por los pequeños y, siendo un poco entrometida, llegó a

convertirse en personaje popular en las delegaciones de policía y en el hazmerreír del público. Se puso en contacto con otras damas de parecidas aficiones y, por fin, se constituyó la Sociedad, con el objeto de encargarse de los niños que no quisieran conservar sus padres, o uno de ellos, según los casos. Se pone sumo cuidado en no cometer errores, pero una vez la Sociedad se encarga de un niño, ya no vuelve jamás, y muy pronto olvida lo que aconteció mientras estuvo con sus padres, o con uno de ellos. En ciertos casos, tras permanecer en la Sociedad durante algunos años (o lo que sería un período así, si el tiempo se computase allí al modo corriente), el niño es cedido a alguien que ansia ardientemente tener uno; pero la elección de estas personas requiere mayor cuidado todavía para evitar errores lamentables.



La señorita Watkyns posee un talento nada común, y a un gran espíritu organizador une vastos conocimientos científicos. Estas cualidades le permitieron, no sólo descubrir la existencia del País de los Snergs (lo que ya es el colmo de la perspicacia), sino también el modo de llegar a él sin el menor contratiempo. No puedo entrar en detalles acerca de esta empresa, pues el relato exigiría un libro mucho más voluminoso, y me limitaré a consignar que la señorita Watkyns admitió en su Sociedad a veintidós señoras cuidadosamente seleccionadas, cada una de las cuales conocía a cuatro o cinco niños que debían ser retirados de sus casas con todo sigilo, y efectuó los más cuidadosos preparativos para enviar a las damas y a los pequeños al nuevo país.

Se acordó que cada una de las damas acudiría llevando a un niño sobrante, muy protegido, pues de momento no podían llevar más; en otra ocasión ya recogerían los restantes. Debían además procurarse un hatillo conteniendo sábanas, mantas y dos «monos» de tela resistente y una cantidad discrecional de ropa interior, peines y otros objetos. Todo fue a pedir de boca. Se reunieron en Hampstead Heath una ventosa noche de octubre a las once y media, y a las doce y cuarto la señorita Watkyns ya había inspeccionado todos los hatillos y procurado que no quedase ni un solo expedicionario sin tomar una humeante taza de leche o de cacao. Luego dio la orden de

marcha y se inició el viaje con un gran viento favorable.

Éste fue el modesto origen de la S. A. N. S., que tiene actualmente a 478 niños bajo su custodia y se dispone a acoger a muchos más. Como el presente libro es sólo la narración de las extraordinarias aventuras que sucedieron a dos de aquellos niños, por haber imprudentemente burlado las sabias leyes que se establecieron para su bien (narración que no dejará de producir efectos saludables en el espíritu de mis jóvenes lectores), me limitaré a reseñar brevemente los medios de que se vale la Sociedad para alcanzar sus objetivos.

Organización de la Sociedad

Se dividen los niños en dos grupos, según la estatura y la edad. Los pequeños visten un traje de una sola pieza, llamado «resbalín», que posee la ventaja de que puede quitarse, a la hora del baño, sin necesidad de que el interesado haga contorsión alguna. Los mayores visten trajes de dos prendas: los niños lucen pantalón corto y camisa y las niñas, falda y blusa. Todos llevan abrigos de lana durante la época del frío, que dura sólo unas semanas, antes y después de Navidad. En cuanto al calzado, raramente llevan zapatos y suelen usar lo que ellos llaman «silenciosos».

Las casas se levantan en la planicie que se extiende detrás de la bahía y son todas ellas de un solo piso. Forman abigarrados dibujos de distintas maderas, con paredes de barro en el que se mezclaron conchas, y la impresión que producen es de construcciones sólidas y limpias. Su interior está enyesado y pintado de color rosa pálido o azul.

Detrás de las casas se extiende una vasta llanura cubierta de césped, donde hay columpios y dispositivos para saludables juegos, como el «balón-red» y el «perrín-zumba». No muy lejos empieza el bosque, con escasos árboles al principio y muchos matorrales, donde juegan a pieles rojas, a Robín de los Bosques y a otras cosas parecidas. Pero como uno se adentre, el bosque va siendo cada vez más espeso, hasta ser en muchos parajes completamente sombrío aun a plena luz del día. Es un lugar agradable, con avenidas naturales cubiertas de blanda hierba y gran variedad de helechos, pero no resulta prudente dejar que vaguen mucho tiempo por él los chiquillos, pues podrían extraviarse. Allende el bosque, a un día de marcha, hay la Ciudad de los Snergs, quienes construyen las casas para la Sociedad y se encargan de otros útiles servicios que reseñaré más adelante.

Cada casa posee un cercado, a unos dos metros de distancia de sus paredes, para protegerlas contra los «osos de cinamomo», que viven en el bosque y suelen trabar amistad con los chiquillos durante sus paseos. A esto no habría nada que objetar, si no fuera que los osos solían querer penetrar en las casas durante la noche y al encontrar las puertas cerradas, se echaban fuera y de vez en cuando restregaban su cuerpo contra los muros, lo que mantenía a los niños despiertos y les hacía reír disimuladamente y cuchichear de una manera tonta: por esto se construyó el cercado. Se trata de unos osos de regular tamaño, cuya suave piel huele vagamente a cinamomo, y de ahí deriva su nombre. No deben confundirse con los grandes osos grises que, según reza el rumor,

viven allende el río profundo, al otro lado del País de los Snergs, donde, al parecer, hay también tigres, unicornios y uno o dos dragones.

Salvo los más pequeños, todos los niños han de hacerse la cama y los sábados rellenar sus jergones con unos capullos parecidos a los lúpulos, que despiden un agradable olor y facilitan el sueño. Los capullos secos se tiran a la bahía aprovechando la marea alta. El sábado es día de aseo general. Se ordenan los cajones, se planchan los delantales y se limpian con jabón los cachorros y otros animales que requieren tal cuidado: hay, pues, durante todo el día, la intensa actividad que los soldados de la Guardia Real suelen denominar, en lenguaje cuartelero, «escupe y pule», para que todo esté dispuesto para el domingo. Los niños más chiquitines duermen en cunas, pues la señorita Watkyns no puede sufrir el sistema moderno de no mecer a los bebés.

La abundancia de animales en el interior de las casas y en sus contornos ha sido causa de muchas molestias y discusiones. Existe allí una verdadera locura por las mascotas, y el intento que hizo la señorita Watkyns por limitar el número de mascotas a una para cada tres niños, fue origen de serias disputas y rabietas, y se estableció finalmente la regla de que cada niño podría poseer un animal, pero no más. Los cachorros, los gatitos y los conejitos son los más populares; los tejones resultan mal vistos. En cierta ocasión, los chicos mayores se entusiasmaron con una poesía sobre una niña que poseía un corderito que la seguía a todas partes, incluso a la escuela, donde divertía a las demás alumnas, y desde entonces no hubo más que corderitos. Por fin, la señorita Watkyns decidió que sólo estaría permitido poseer un corderito a los que observasen buena conducta durante un mes seguido, y esto limitó bastante su número. A fin de mes, sólo fueron autorizadas para tener corderito dos niñas de lo más hacendoso, y entonces apareció la moda de las mangostas.

Otra fuente de inquietudes, en lo referente a los animales, es el problema de la alimentación. Por regla general, las damas suelen ser bastante sentimentales, y se requirió toda la firmeza y el buen sentido de la señorita Watkyns para evitar que una ola de sensiblería anegase a la Sociedad y perjudicara el carácter y la salud de los niños. Algunas damas, para no sacrificar animal alguno, llegaron al extremo de proponer que la alimentación consistiese únicamente en pan, mantequilla, leche y verduras; y durante algún tiempo se hizo así, lo que fue causa de que a los niños les salieran numerosas protuberancias. Entonces añadieron pescado al menú, por suponer que los peces no sufren dolor alguno cuando los pescan, salvo cierta nostalgia, pero también esto resultó un fracaso: la salud de los pequeños requería un moderado consumo de carne y grasas. Por fin, la señorita Watkyns empuñó en este aspecto el timón con toda energía y se convino que los snergs entregaran periódicamente cierta cantidad de ovejas y liebres. Los snergs no muestran sensiblería alguna en lo que atañe al sacrificio de animales; más bien les gusta matarlos, ya que son grandes cazadores.

Los snergs

Los snergs son unos hombrecillos no más altos que las mesas corrientes, pero poseen unos

hombros muy anchos y son en extremo vigorosos. Tal vez tengan cierto parentesco con los gnomos que antaño habitaron los montes y selvas de Inglaterra y que desaparecieron hace ya algunos siglos. Su lenguaje no resulta demasiado difícil, y los niños, especialmente, logran aprenderlo en pocas semanas, lo que refuerza mi tesis del origen que atribuyo a los snergs. Las damas, sin embargo, no logran nunca hablar su lengua con fluidez y ciertos modismos de su jerga les resultan del todo inaccesibles; pero, gracias a la incansable energía de la señorita Watkyns, mujer realmente talentosa, se posee hoy día una pequeña gramática snerg, con vocabulario y algunos fáciles ejercicios.

Los snergs se interesaron mucho por las actividades de la Sociedad y ya muy al principio ofrecieron sus servicios. Pronto se encargaron de los trabajos más pesados, como edificar las casas, cuidar de los jardines, pintar y decorar, amén de las tareas domésticas más molestas, como limpiar los suelos. Acuden en grupos nutridos y pasan algunas semanas trabajando; después de ese tiempo empiezan a decir que sienten nostalgia de su país, lo que significa que ya les fastidia el trabajo, y regresan a sus hogares tan pronto como puede sustituirles otro grupo. A cambio de sus servicios, se les educa según los métodos modernísimos de la Enciclopedia de la señorita Watkyns, se les hacen regalos que traen de Londres o de alguna otra gran ciudad las damas que han ido por algún asunto, y gozan de aquellas pequeñas ventajas, difíciles de precisar, que llevan en sí aparejadas el trato con mujeres de refinada educación.

Si los niños van hasta el bosque, a coger moras o setas o lo que se obtenga según la época del año, o con el ánimo de jugar a bandidos o a indios coleccionistas de cueros cabelludos, uno o dos snergs suelen acompañarles para ahuyentar a los osos que se mostraran en exceso entrometidos. Cuando se bañan, uno o dos snergs permanecen sentados en una roca, dispuestos a lanzarse al mar para prestar auxilio a cualquier niño que lo requiera. Resulta interesante ver entonces cómo, mediante escasos y enérgicos movimientos, alcanzan al que se encuentra en peligro, lo llevan a la playa, lo ponen allí cabeza abajo para que arroje el agua ingerida y lo dejan después que se seque sobre el césped.

Los snergs visten unas ajustadas calzas de lana, con una chaqueta del mismo género y un cinturón de cuero, y se cubren con un gorrito redondo, de cuero también, bastante parecido a los platos para sopa. Cuando están en su país, la mayoría viven en la ciudad; algunos poseen sus molinos y alquerías a cierta distancia, pero acuden a la ciudad bastante a menudo, pues son muy sociables. La ciudad tiene una calle Mayor, que zigzaguea hasta sus extremos, con dos o tres callejas que arrancan de ella y siguen bajo unos porches. Las casas son de tres, cuatro o más pisos, construidas de modo irregular con madera, barro y yeso, al parecer más cargadas de arriba que de abajo, pero sólidas en realidad, aunque algo flexibles. Si una casa se inclina más de lo que debiera, la sostienen con tablones apoyados en la de enfrente, lo que generalmente sirve a los snergs de excusa para construir sobre aquellos tablones un pasadizo cubierto, de modo que puedan visitarse sin la molestia de bajar y subir escaleras (pues visitarse les entusiasma). Nunca se sabe cuándo un snerg dará por terminada su casa, ya que siempre le está añadiendo algo: ahora construye una tribuna, ahora apoya un nuevo balcón en uno de los gruesos árboles cercanos o construye un dormitorio adicional en el propio árbol, y otras fantasías parecidas.



Los snergs suelen vivir mucho tiempo, poco más o menos como las encinas o los robles. Por ejemplo, los que recuerdan la emoción producida por el desembarco de Guillermo el Conquistador en Inglaterra (año 1066) son unos ancianos testarudos, que no abandonan nunca sus sillones. Los que pueden evocar las Guerras de las dos Rosas son de mediana edad y de juicio maduro (si puede decirse que lo tenga algún snerg), mientras que los que nacieron en la época de la Conspiración de la Pólvora poseen todavía algo del alegre desenfado de la juventud. Los niños nacieron en tiempos de la batalla de Trafalgar o poco antes.

Sus festejos son magníficos. Suelen celebrarlos al aire libre, en largas mesas ensambladas, que van siguiendo el curso de la calle. Se impone así porque se invita a todo el mundo, es decir, es obligatorio asistir, pues es el Rey quien da las fiestas, si bien cada cual ha de aportar su porción de alimentos y bebidas, que se añaden al acervo común. En estos últimos años, se ha modificado el procedimiento, a causa del número extraordinario de invitaciones que había que cursar. Hoy día se sobreentiende la orden de asistir a las fiestas y sólo se cursan invitaciones de abstención a las personas cuya presencia no se desea. Muchas veces les cuesta dar con un motivo para celebrar la fiesta y entonces el chambelán, a quien incumbe este deber, ha de estrujarse el cerebro buscando un pretexto, como por ejemplo ser el cumpleaños de algún snerg. En cierta ocasión, celebraron un gran festín por no ser precisamente aquel día el cumpleaños de nadie.

El Rey preside la mesa y sienta a sus lados a las gentes notables del país. Así permanecen en la suave luz del atardecer, contando historias de los extraordinarios tiempos de antaño y escuchando la apacible música de las arpas. Pero en el extremo opuesto de la mesa y en los rincones hasta donde no alcanza la mirada de los que presiden, la compostura y la charla de los invitados deja algo que desear, pues no hay quien limite las copas de hidromiel, que se sirve sin coste ni medida; y no puede negarse que se ponen algo más que alegres, arrebatándose mutuamente los gorritos, que se lanzan luego al rostro, y haciendo otras travesuras parecidas. Son, de verdad, una gente original.

No se hará esperar mucho la historia que ha motivado el presente libro, pero antes será preciso explicar algo acerca de Sylvia y de Joe, los dos niños a quienes ocurrieron las extraordinarias aventuras a los que antes me referí. Y algo diremos también sobre Vanderdecken y sus hombres, pues, a no ser por ellos, no sé si las cosas habrían terminado tan felizmente. Empezaremos por

Sylvia.

Sylvia

La madre de Sylvia era una viuda que vivía en una cómoda casa de Londres. A esa mujer muy admirada la llamaremos señora de Walker, pues interesa ocultar su verdadero nombre.

Si bien se sentía bastante orgullosa de Sylvia por el hecho de tener la niña el pelo rizado natural, nunca se preocupó mucho de ella, pues la absorbían los compromisos de su vida social. Nunca hizo reír alegremente a su niña recitándole el verso de los tres gorrinitos: nunca simuló que iba a comérsela, empezando por los pies, ni fastidió a sus visitas mostrándoles las faldas en extremo cortas de la pequeña, para ponderar lo mucho que había crecido. En realidad no la veía casi nunca. Sólo en raras ocasiones subía a las habitaciones de la niña y le dedicaba un momento antes de salir para una cena o un baile. Pero había procurado a Sylvia un ama llamada Nora, muy entendida en cosas de niños, sin olvidar los cuentos, y todo fue a pedir de boca hasta que Nora se marchó para casarse con un muchacho que intervenía en un negocio de embutidos. La nueva ama tenía también sus compromisos sociales (aunque, naturalmente, no tan refinados como los de mamá) y no podía dedicar mucho tiempo a Sylvia.

Cierto día, Sylvia se mojó toda la ropa en el parque, y el ama —que se llamaba Gwendolina— no pensó en mudarla. La niña enfermó. Se puso tan malita que, por fin, hubo que llamar al médico, quien reprendió agriamente a la señora de Walker porque no le habían avisado antes. Eso descompuso mucho a la viuda, pues no estaba acostumbrada a que la regañasen. Pero lo que más la descompuso fue ver sentada junto a la cama de Sylvia a una desaliñada mujer de media edad. Le preguntó qué hacía, sin obtener más respuesta que un gruñido, a lo cual la señora de Walker se retiró. Media hora después sobrevino el gran disgusto, pues la desaliñada mujer y Sylvia habían desaparecido misteriosamente.

En la ciudad se produjo cierto revuelo, ya que hacía poco se habían dado dos o tres casos parecidos, y los periódicos publicaron la noticia con grandes titulares.



Pero no ocurrió nada más, y la cama de la niña permaneció vacía. Con el tiempo (es decir, a las tres semanas) el incidente quedó en el más completo olvido. La señora de Walker se vistió de luto, y tan dulce y encantador era su aspecto, que *Sir Samuel Gollop* (muy conocido en la industria de los bizcochos) pidió su mano y la obtuvo —que sea para bien— y la dama es hoy día *lady Gollop*, con casa en uno de los barrios más distinguidos de Londres, dos coches y un perrito pequinés recientemente laureado. Pero no tiene a Sylvia alguna, ni la tendrá jamás.

Entretanto, Sylvia estaba aprendiendo un nuevo juego de pelota acuática en el que tomaban parte las focas y olvidaba rápidamente su vida pasada, salvo los cuentos que solía contarle Nora.

Joe

Joe es un robusto muchacho poco más o menos de la edad de Sylvia y ha causado más angustias y desazones a la Sociedad que diez chicos de su mismo peso y estatura. Al llegar, distaba mucho de ser robusto; tenía las piernas y los brazos muy delgados y no había un lugar de su cuerpo donde no apareciese un cardenal o una herida. Ello se debía a que el padre del muchacho, que era acróbata, solía adiestrarle en difíciles trucos con cuerdas y perchas, a fin de que, pasado un tiempo, pudiese ganar dinero y contribuir al sostén de la familia —la cual, sea dicho de paso, estaba constituida únicamente por el padre, ya que la madre hacía tiempo había muerto, tras una vida agotadora.

Cada vez que a Joe le fallaba la destreza en su trabajo, solía pasarlo muy mal, pues su padre bebía tanto como el jornal le permitía y eso le enturbiaba la mente y en más de una ocasión era motivo para que las correcciones que propinaba al niño por la noche fuesen bastante exageradas. Pero Joe no se quejaba nunca a sus compañeros de circo, pues creía que los niños venían al mundo

para ser apaleados por sus padres; y pensaba, además, que si llegaba a quejarse, su padre cumpliría la amenaza que le hiciera tan a menudo. Y, aunque nos parezca increíble, el pobre Joe sentía apego a la vida.

La crisis sobrevino una noche en que el niño se equivocó lamentablemente en ciertos lances gimnásticos y el padre se enfureció con él y aseguró que le daría su merecido. Pero le interrumpió la súbita aparición de una adusta y anciana dama más corpulenta que el acróbata, cuya presencia él había observado en días recientes en los asientos de a chelín y cuarto. La dama abrió sin ceremonia alguna la puerta de la cocina particular del acróbata, desafiando la Ley, y se apoderó a continuación de las tenazas, empuñándolas, no por donde suelen cogerse generalmente, sino por el otro extremo. De lo que ocurrió luego, el padre de Joe no puede dar exacta razón.

Cuando volvió en sí, sus impresiones distaban mucho de ser satisfactorias. Tenía el cráneo maltrecho, con más piezas que un puzle, y no acertaba a salir de su terrible confusión. Joe había desaparecido. Los periódicos no publicaron grandes titulares sobre el caso, pues a nadie interesaba, salvo al padre de Joe, y cuando, al fin, la gran destreza de los cirujanos le hubo recompuesto el cráneo (aunque no lograron ningún éxito con la nariz), su hijo era ya célebre por su osado modo de cabalgar en osos sin silla, y por otras hazañas contrarias al Reglamento de la Sociedad fundada por la señorita Watkyns.

Vanderdecken y sus hombres

Como las aventuras de Joe y Sylvia se originaron especialmente por culpa de lo que hizo Joe con la sopa de los marinos de Vanderdecken, resulta aconsejable dar aquí algunos detalles acerca de esos interesantes extranjeros.



Según ya indiqué, Vanderdecken (vulgarmente conocido como «el holandés errante») había llegado hacía algún tiempo y estableció su campamento a la orilla de un río situado al norte de la bahía de Watkyns.

Había bregado tanto con el mar desde que partieron de Holanda en el siglo XVII, que aquella vida tranquila significaba para ellos un cambio muy agradable, y no tenían ninguna prisa por marcharse, si bien ansiaban ver de nuevo a sus esposas y a los bebés. Y hacían bien en no tener prisa, pues sus esposas y sus hijitos murieron hacía ya centenares de años, y los marinos hubieran experimentado una terrible sorpresa si hubiesen logrado regresar a su hogar, lo cual es muy dudoso.

Cada marinero poseía su choza, hecha de recios juncos y con techo de palma. Estaban dispuestas en semicírculo, y en el centro se levantaba la choza de Vanderdecken, que era el doble de grande y poseía un jardín con guisantes aromáticos y algunas cebollas. Había también otra gran choza común, donde comían y solían permanecer de sobremesa, fumando en sus pipas y conversando acerca de la urgente necesidad de ocuparse de la vieja embarcación, limpiándola para emprender el viaje.

Estaba, la pobre, muy maltrecha, con las velas llenas de parches y los delfines esculpidos en su proa casi completamente borrados por los mares que surcara durante innumerables años. Pero lo máximo que hicieron para disponerla fue aligerar su carga llevándose a tierra las cosas pesadas que contenía: el raro cañón antiguo y las dos áncoras de reserva, paquetes de especias y colmillos de elefante, cestas de carne salada, que con los años se había endurecido hasta adquirir la consistencia de un asta de buey, y otras cosas parecidas. Cada marino se llevó a tierra su baúl y su hamaca y enriqueció su choza con un pavimento de pequeñas conchas trituradas, con uno o dos anaqueles, un dispositivo para guardar las pipas y las copas, y otros refinamientos. El papagayo de

Vanderdecken estaba aún muy fuerte, pues también a él le alcanzó la maldición (que no le preocupaba mucho) y se posaba en un palo al aire libre, tomando el sol, teniendo a su vera un bote lleno de nueces y jurando en holandés antiguo.

Es de lamentar que las relaciones de aquellos marinos con la Sociedad para el Amparo de Niños Sobrantes, aunque amistosas en el fondo, no fuesen precisamente muy cordiales. En primer lugar, porque aquellos holandeses eran flemáticos y nada inclinados a las efusiones. Luego, hay que tener en cuenta que, al abandonar su patria, Inglaterra se encontraba en guerra con Holanda, y no les gustaba ver ondear el pabellón británico en el edificio principal de la bahía de Watkyns.

Como es natural, fue deber de la señorita Watkyns hacer la primera visita. Se presentó, pues, acompañada de seis damas y comunicó a los marinos que no haría ninguna objeción si decidían permanecer en aquel sitio —lo cual parecía bastante superfluo, pues estaban ya cómodamente instalados en él— y les manifestó su esperanza de que el descanso y el cambio de clima resultarían beneficiosos para su salud. No hubo refrescos, pues Vanderdecken no tenía té y sólo conservaba unas botellas de *Schnapps*, o ginebra de Holanda, fuerte licor calculado para que un hombre no avezado al mismo cobre con él tal energía que pueda trepar en un santiamén a los árboles más copudos, siendo, por lo tanto, una bebida muy poco adecuada para las damas.

La visita fue devuelta oportunamente por Vanderdecken, su piloto y otros dos lobos de mar; y a partir de entonces hubo, de vez en cuando, breves y ceremoniosas entrevistas, pero, según ya indiqué, sin cordialidad verdadera. Eran visitas en las que sólo se hablaba del tiempo.

En cambio, los holandeses se llevan muy bien con los snergs, quienes les visitan con frecuencia y les invitan a pasar el fin de semana en la ciudad, lo que constituye un magnífico pretexto para celebrar todo tipo de comilonas.

Los snergs habían dado a conocer a los holandeses una especie de hidromiel elaborado con miel de abejas silvestres, a la que añadían una pequeña cantidad de esencia de enebro para mejorar su sabor. Este licor fue muy ensalzado por los cansados marinos, pues, si bien empezaron sus viajes llevando una buena provisión de *Schnapps*, como es natural no habían contado con la maldición que alargó tanto sus vidas, y la reserva de licor disminuía de modo alarmante, lo que había ensombrecido el rostro de los marinos en más de una ocasión.

Se organizaban cacerías muy a menudo. Los holandeses llevaban mosquetes extrañamente esculpidos y los snergs, arcos y flechas, y regresaban a sus hogares llevando mezclado el producto de la caza. Esto había sido motivo de discusiones con la Sociedad, pues la señorita Watkyns dijo que no podía autorizar la matanza conjunta de animales en el bosque que se extiende entre la costa y el País de los Snergs; que si les apetecía (esto lo dijo irónicamente), podían llegarse a la región de allende el río, donde, según rezaba el rumor, existían fieras dignas de su habilidad, de las que podrían matar cuantas quisiesen. La señorita Watkyns facilitó una lista de animales cuya caza estaba prohibida: entre ellos figuraban los osos de cinamomo, los ciervos jóvenes y varias clases de pájaros. Vanderdecken se opuso a ello enérgicamente y acudió a la Sociedad para discutir el asunto, pero, como era un hombre bien educado, acabó cediendo. Actualmente sólo cazan ciervos de más de un año, liebres, patos y unos ágiles animales herbívoros llamados wobsers, que tienen algo del ornitorrinco y del cerdo pero con cola de mono. Guisados con hojas de laurel, resultan exquisitos.



Pero, si bien no existía gran cordialidad entre las damas de la Sociedad y los holandeses, tampoco puede hablarse de disensiones serias. A menudo la señorita Watkyns les obsequiaba con unas docenas de huevos o unas ciruelas del jardín y Vanderdecken enviaba a uno de sus hombres a plantar tulipanes tal como deben plantarse, pues los holandeses son muy hábiles en ello. Cuando, en cierta ocasión, el vendaval derribó la caseta de baños de las damas, Vanderdecken y sus hombres fueron a la playa y la pusieron en pie; y en las últimas navidades, el holandés mandó dos

zurrones de pequeños molinos de madera para los niños. En conjunto, puede decirse que las relaciones eran normales.

Cómo empezó la aventura

Tras los detalles que anteceden, ya es oportuno contar lo que les ocurrió a Sylvia y a Joe a causa de su atolondramiento, de su desobediencia y descaro, y vuelvo a repetir (pues este punto admite la insistencia) que, según confío, la presente historia no dejará de producir efectos saludables en el ánimo de mis jóvenes lectores.

Ya dije antes que Joe ocasionó a la Sociedad angustia y desazones. Ello se debió principalmente a su insaciable afán de conocer el efecto de determinados actos, especialmente de actos que el Reglamento prohibía; y si bien la que había promovido su ingreso (o sea, la señorita Gribblestone) le había sermoneado más de una vez y le había leído cuentos con moraleja, como el de aquel muchacho al que devoraba la curiosidad y que acabó viéndose devorado por una serpiente, y si bien la propia señorita Watkyns le advirtió que, a aquel paso, no tardarían en llegarle graves castigos, con todo ello no se obtuvo apenas ningún resultado. Y complicaba las cosas el hecho de que el muchacho y Sylvia eran inseparables y, siendo ella en extremo atolondrada, le secundaba siempre en sus empresas.

No podían vivir el uno sin el otro. Compartían todas sus cosas, incluso los secretos y cualquier bocado extraordinario que cayese en sus manos. Llegaron a poseer en común un cachorrito, al que llamaban *Tigre* por su ferocidad con las zapatillas y otros objetos menores. Todo él era blanco como la nieve, salvo la oreja izquierda, que parecía haberse restregado en una caja de betún. Aquél era el único caso de doble propiedad desde que la señorita Watkyns proclamó la excelente regla que asignaba una mascota a cada niño.

Muchos fueron los remedios propuestos para mejorar la conducta de Joe y Sylvia, pero la dificultad consistía en que las señoritas Scadging y Gribblestone no se ponían de acuerdo en cuanto al método que debía aplicarse. La señorita Scadging era la que había separado a Sylvia de su madre, y afirmaba que Joe ejercía una funesta influencia sobre la niña y que los castigos sólo debían aplicarse al muchacho. La señorita Gribblestone, en cambio, opinaba que, a no ser por los malos consejos de Sylvia, Joe sería un muchacho modelo, como aquel Edgar del libro de cuentos, que salió de casa antes del desayuno y recogió alpiste para el canario de su abuelita. Y así quedaron las cosas, pues la señorita Watkyns no solía interponer su autoridad para dirimir las discrepancias, salvo en casos muy serios.

Que Sylvia daba ánimos al muchacho, estaba fuera de duda. La niña tenía unos ojos azules y un sinfín de suaves bucles dorados, y cuando se reía muy despacito y decía a Joe que no se atrevería nunca a hacer lo que el chiquillo acababa de insinuar como una posible hazaña, Joe solía hacerlo en el acto, fuese lo que fuese. Y cuando ya estaba hecho y salían las damas a recoger los pedazos, o a tomar las disposiciones oportunas y a llamar a Joe y Sylvia para que explicaran lo

ocurrido, solían encontrarlos siempre en una actitud encantadora e inofensiva, tal vez sentados en la playa con los brazos enlazados como unos angelitos o bien ocupados en alguna empresa sin malicia, como nadar hacia la Roca de los Pingüinos, llevando un zurrón de fibra lleno de conchas.

Lo que fue el verdadero principio de la aventura

Para empezar por el principio, diremos que, cierta mañana muy despejada, los dos chiquillos, sin tener permiso para ello, se llegaron hasta el campamento de Vanderdecken, y allí Joe fue lo bastante malo y lo bastante loco para arrojar un ladrillo en el caldero donde hervía la sopa de los marinos. Era una muy mala acción, porque nunca habían hecho el menor daño al niño y, además, una locura, pues era seguro que descubrirían al culpable. Pero el chico se había jactado de que lo haría y Sylvia se había reído burlescamente como siempre, asegurando que no le creía una palabra, por lo cual Joe corrió en busca de un ladrillo y marcharon los dos.

Refiriéndome al hecho, sin aludir para nada a su aspecto moral, he de confesar que el tiro fue certero. Seis marinos estaban a la sazón en pie, rodeando el caldero, aspirando el aromático vapor y dedicando más de un elogio al encargado de la cocina, cuando llegó el proyectil desde una alta peña de aquellos alrededores, y, a su choque, el caliente y gelatinoso líquido salpicó sus rostros y sus trajes. Inmediatamente después, Joe, Sylvia y *Tigre* regresaron a casa a buen paso. Llegaron sin aliento, y en seguida, procurando que algunas damas los vieran, empezaron a mostrarse cariñosos con los animales. Cogieron manojos de hierba y los ofrecieron a alguna oveja ya más que saciada, y entretanto su expresión parecía la de los ángeles del pintor Murillo.

A su debido tiempo, los seis marinos y el cocinero se presentaron a formular la queja. Tan enojados estaban, que, aunque su forma de hablar era fluida, no había modo de entenderles; casi me inclinaría a pensar que sólo acertaban a articular voces insignificantes, en boga entre los marineros holandeses del siglo XVII. Al fin se calmaron y pudieron explicar lo sucedido y pedir que les entregaran a Joe, al que habían reconocido, para aplicarle el castigo del *quilleo*, palabra que ninguna de las damas entendió.

La señorita Watkyns se mostró comprensiva, pero, naturalmente, no podía permitir que se tomaran la justicia por su mano. Los aplacó con frases diplomáticas, prometiéndoles que el muchacho recibiría un castigo proporcionado a la magnitud de la ofensa y regaló a cada uno de los marinos una bolita de cierta composición, que quitaba las manchas de grasa sin perjudicar la ropa.

A continuación fue en busca de la Enciclopedia Manual para ver lo que decía acerca del *quilleo*. He aquí cómo explicaba esta palabra:

«*Quilleo*. Castigo que estuvo antaño muy en boga entre los marineros. Por regla general, consistía en atar sogas a los pies y las manos del delincuente, al que bajaban luego hasta el fondo de la nave y le arrastraban de popa a proa cuantas veces se consideraba necesario para expiar la ofensa. En casos muy graves, solía repetirse la operación hasta que se arrancaban los moluscos acumulados en la quilla del navío».

«Veo que están enojados de verdad», observó entre dientes la señorita Watkyns colocando de nuevo el volumen en su sitio. Y añadió luego —pues, pese a sus elevados ideales, era bastante humana—: «Me hubiera gustado ver llegar el famoso ladrillo».

En la subsiguiente deliberación, la señorita Scadging propuso que Joe fuese considerado como el único culpable, por ser un muchacho e incumbirle, por tanto, el deber de dar buen ejemplo al sexo débil. La señorita Gribblestone se opuso a ello en principio: distaba mucho de creer que las mujeres fuesen el sexo débil y volvió a contar con todo detalle el modo cómo había dejado tendido al padre de Joe; refirió también algunos ejemplos, recogidos en los Tribunales, de crímenes cometidos por hombres a instigación de mujeres.

La señorita Watkyns expresó su opinión de que la mejor y más rápida manera de zanjar la cuestión sería propinar a Joe ocho o diez buenos golpes con un cepillo (por la parte de la madera) ante los niños reunidos; pero la señorita Gribblestone se opuso enérgicamente, pues semejante castigo constituiría una humillación excesiva para el muchacho. Sugirió, en cambio, como posible corrección eficaz, una apelación a su orgullo.

No sería exagerado afirmar que podría llenar páginas y más páginas con la discusión que se produjo, pero no quiero cansar al lector con disquisiciones a favor o en contra de los castigos corporales. Me limitaré a consignar que se decidió finalmente perdonar a Sylvia por aquella vez y encerrar a Joe para el resto del día en el cuarto del torreón, teniéndole a pan y agua.

El cuarto del torreón

El cuarto del torreón era, como su nombre indica, una pequeña cámara existente en un torreón de la Sociedad. Ya expliqué en otro capítulo que los snergs solían encargarse de construir los edificios y que tendían a los más extravagantes caprichos arquitectónicos. Pero, extremando su vigilancia, la señorita Watkyns había logrado que las construcciones se adaptasen a los simples planos trazados por ella, dominando así la inclinación de los snergs a malograr la simetría de las casas con fantásticas e innecesarias añadiduras.

Pero, cierto día en que había salido ella de excursión, los snergs actuaron por su cuenta y construyeron a toda prisa una torre en el edificio principal de la Sociedad, con un trabajo de fantasía muy lleno de curvas en los muros y una escalera de caracol que conducía a una pequeña cámara, y cuando llegó la señorita Watkyns estaban ya terminando el techo.

Su aspecto recordaba el de los más feos faros, y no poseía ninguna utilidad, pues era una torre tan angosta que una persona mayor, para subir la escalera, tenía que hacer contorsiones como una serpiente. Tan pequeño era el cuarto de arriba, que la señorita Watkyns casi decidió convertir la torre en un palomar. Con todo, prestó una innegable utilidad para encerrar a Joe.

Cómo soportó Joe el cautiverio

Se deslizaban, lentas, las horas. El sol no estaba ya tan alto en el cielo azul. Hacia el lado de la bahía se oían alegres chillidos: los niños se divertían de lo lindo.

Estaba Joe sentado en el alféizar de la ventana, con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón y los pies colgando al exterior, y miraba a lo lejos con expresión desconsolada. A su espalda, en el suelo, había una fuente con unos cuantos mendrugos y un jarro de agua clara y fresca, recién salida del pozo. Allí no había nada más, salvo un banquillo de madera. La cámara estaba tan desnuda y tan limpia como un bote de mermelada vacío. Sobre su cabeza se extendía el cielo azul y luminoso. Frente a él, el verde prado y la selva ondulante. A sus pies, se abría un desagradable abismo de cerca de ocho metros de profundidad.



De pronto, Joe se estremeció y lanzó una mirada alrededor. Había oído, no sabía hacia dónde, el chillido del pequeño búho de blando plumón, que, a aquellas horas, ya debía de estar dormido. Contestó con la llamada —silbido y gemido a medias— de un ave parecida a los pingüinos (aquello eran señales secretas), y apareció Sylvia, arrastrándose como una lombriz, por el extremo del prado, seguida de su menudo perro, pero fiel. Apartó los rizos de su frente y permaneció un buen rato contemplando al muchacho.

—¡Joe! —exclamó con voz apenada—. ¿Te sientes muy solo, ahí arriba?

—Sí, Sylvia: muy solo y muy triste. No tengo nada que comer, salvo unos mendrugos. Estoy convencido de que hicieron secar el pan adrede.

—También *Tigre* se pregunta qué te pasa, Joe. —Sylvia lo levantó y *Tigre* vio a Joe en la altura y empezó a moverse y a gemir, como un cachorrillo que reclama caricias—. Pero he traído algo para ti.

Dejó a *Tigre* en el suelo y sacó un pañuelo.

—Te traigo almíbar de manzana en unos trozos de pan no tan secos como los tuyos, y un poco de bollo y algunas peras. Supongo que tendrás un cordel.

—¡Sí! —contestó él, alborozado—. Tengo mi cordel de pescar. He estado horas y horas intentando pescar algo con que entretenerme, pero sólo logré apoderarme de unas ramitas que no me sirvieron de gran cosa.

Sylvia prendió en el anzuelo su pañuelo de provisiones, y al poco rato Joe comía a dos carrillos.

—Pareces una princesa cautiva en una torre —dijo la niña, tras una pausa—. Eres como Rapunzel.

—Sí; pero con la diferencia de que no tengo el pelo tan largo. Soy como un gato viejo en el extremo de una percha... salvo que no me es posible bajar. ¿Cuándo van a soltarme?

—Oí decir a la señorita Watkyns que te soltarán en cuanto estemos todos acostados. Es el colmo de la maldad, ¿verdad?

—¡Ay! ¡Cuántas horas! Sylvia, he de salir como sea. —Joe se abalanzó dos o tres veces y Sylvia lanzó un chillido.

—¡Joe! No seas burro. ¡Que te vas a caer!

—No; no tengas miedo. —Y volvió a abalanzarse para hacer gala de su habilidad.

—Oye, Joe. ¿Quieres que haga subir a *Tigre*? Lo pondré en mi pañuelo para que no se caiga y podrás jugar con él un ratito... No, te lo quedarás contigo. ¡Qué sorpresa va a llevarse la señorita Watkyns cuando lo encuentre ahí! Va a creer que le han salido alas al perro.

—Sí, será magnífico. Pero se me ocurre algo mejor, Sylvia: tráeme aquella cuerda de tender la ropa.

—¿Para qué la quieres? Hay camisones secándose.

—No los necesito para nada; lo que me interesa es la cuerda. Hazlo, Sylvia. Será un truco de magia. Si no me la traes, voy a enseñarte cómo se cuelga uno de cabeza abajo.

—¡Por Dios, no lo hagas! —gritó Sylvia—. Te la traigo en seguida.

Echó a correr y regresó de inmediato con la cuerda de tender la ropa, a la que clavó el anzuelo.

—Dejé los camisones sobre el césped. Si me descubren, estoy perdida. Eres testarudo de verdad, Joe.

El muchacho nada contestó, pues estaba muy atareado. Izó la cuerda y ató uno de sus cabos al banquillo y luego logró dejarlo atravesado en la ventana. Hecho esto, gritó a Sylvia que permaneciese al pie de la torre.

—Es una cuerda bastante vieja —añadió Joe— y, además, no creo que ese banquillo atropellado resista muchas sacudidas. Pero lo veremos pronto.

Un momento después, Sylvia volvió a chillar. Joe estaba ya fuera de la ventana, deslizándose por la cuerda. En un abrir y cerrar de ojos había alcanzado el suelo y *Tigre* brincaba alborozado a su alrededor, intentando lamerle el rostro. No era aquello ninguna hazaña extraordinaria para un acróbata, pero Sylvia no había estado nunca en un circo. Le echó los brazos al cuello, entusiasmada.

—¡Joe! —exclamó—. Eres valiente de veras. Al bajar, parecías un mono, aunque sin cola.

Pero ¿cómo vas a volver la cuerda a su sitio?



—¿Y a mí qué me importa la cuerda? —dijo Joe—. Lo inmediato es echar a correr.

—¿Echar a correr? Pero ¿por qué?

—Para divertirnos. No quiero que nadie vuelva a encerrarme. Voy a hacer una visita a los snergs y tú vas a acompañarme. *Tigre*, no hay que decirlo, vendrá también con nosotros. ¡Qué divertido va a ser!

—¿Qué te propones, imprudente niño? —objetó Sylvia, que a veces usaba expresiones de la señorita Watkyns y de las otras damas—. ¡Si los snergs viven a muchas millas de distancia y tú no sabes el camino!

—Sí lo sé. Pasa recto hacia allá, luego dobla algo hacia el lado donde se pone el sol. Lo seguiremos mientras haya luz y luego dormiremos en el bosque, en un sitio muy lindo.

—Muy bien, Salomón. Pero ¿y mañana, qué? Todas las mañanas el sol está sobre el mar.

—Lo que habrá que hacer entonces es sólo seguir la dirección opuesta. ¿No lo entiendes, mujer?

Sylvia se sentía impresionada por su abundancia de recursos. Vaciló un instante y añadió:

—Sí, Joe. Pero ¿qué va a ocurrirnos después? ¿Qué hará la señorita Watkyns cuando lo averigüe?

—Bueno. Lo que ocurra después, ocurrirá después. ¿No lo ves, Sylvia? Vayamos sin miedo, que habrá aventuras como en los cuentos de tu ama. Y es mucho más divertido ser el protagonista de un cuento que oírlo contar. Esta noche dormiremos en el bosque —donde uno está cómodo y calentito— y mañana, tarde o temprano, estaremos en el País de los Snergs y nos divertiremos con ellos como no te imaginas. Piensa lo que los demás chicos van a pensar de nosotros. ¡Qué envidia les daremos!

Nunca pudo comprender Sylvia cómo ocurrió, pero lo cierto es que, de la mano de Joe, se encontró corriendo por el blando césped, con *Tigre* brincando a su vera y dando a veces algún tumbo, asustado de sus propios ladridos; y se acercaban más y más a los árboles, de fresca y acogedora sombra en el bochornoso mediodía.

—¡Oh, Joe! —exclamó, jadeante, sin dejar de correr—. ¡Qué cabeza de chorlito, la tuya!

La selva

A aquellos niños precoces les pareció que el bosque era más espeso y estaba más sombrío y silencioso, y que la hierba era más blanda que de costumbre; pero tal vez se debía a que, en las anteriores visitas, iban siempre acompañados de numerosos chiquillos, que alejaban la paz y el silencio.

En los claros del bosque la verde hierba estaba manchada de sol, y a veces se filtraban entre los árboles profundos haces de luz que usaban de guía, pues, de momento, no debían hacer otra cosa sino correr todo lo que podían siguiendo la dirección del sol. Y corrían, corrían sin cesar, imaginando que huían de enemigos implacables, de los que debían alejarse cuanto les fuera posible.

Por fin, dejaron de correr y avanzaron al paso, aunque llevando buena marcha, pues Joe dijo que el viaje duraría muchas horas. Pero mucho antes tuvieron que sentarse a descansar, pues estaban acalorados, sudorosos, hambrientos y empezaban a desfallecer. Joe desató el pañuelo de Sylvia, donde llevaba el resto de las peras que ella le había dado. Quedaban cinco, bastante blandas del ajeteo, pues estaban muy maduras, pero se las comieron sin dejar las partes magulladas ni la piel, y bebieron luego un buen trago de un arroyo, puestos de bruces como los cazadores. La parte que correspondió a *Tigre* en el banquete consistió en todo el agua que quiso; y al verle sentado y sumido en profundas reflexiones tras tan ligera comida, Sylvia empezó a pensar que, al emprender aquella aventura, tal vez habían actuado con excesiva imprudencia. Pero Joe observó que *Tigre* compensaría con creces lo perdido al día siguiente, sin pensar ni mucho ni poco en las interminables millas que les separaban del País de los Snergs, ni en cuán poco probable era que diesen con el buen camino. Dijo que lo que les estaba ocurriendo eran aventuras de verdad, como las que el ama le contaba a Sylvia y observó que, a buen seguro, de un momento a otro podía suceder algo emocionante. Sylvia expresó su opinión de que, siendo pequeños como eran, no servirían de gran cosa si algo emocionante ocurría y dijo que sería preferible que no ocurriera. Le preguntó a Joe si haría mucho frío al llegar la noche y él contestó: «No lo creas; sólo estará algo fresco», pues era un optimista incorregible.

Se levantaron al fin y siguieron andando, siempre en dirección al sol poniente, hasta que desapareció completamente y sólo vieron un resplandor rojizo hacia los claros del bosque, donde abundaban los arbustos. Y siguieron andando, andando, hasta que a Sylvia le flaquearon las piernas y tuvo que sentarse otra vez. Allí estaban los tontuelos, en el corazón del bosque con las sombras arrastrándose hacia ellos desde la lejanía.

Joe trepó a un árbol por si divisaba el humo de la choza de algún honrado leñador, o algo parecido, como en los cuentos de la selva; aunque, en realidad, no abrigaba grandes esperanzas de descubrir nada, pues le habían dicho que sólo había millones y millones de árboles entre el mar y el País de los Snergs. Sólo acertó a ver como un destello rojizo, que —dijo— podía ser el último resplandor del ocaso, o tal vez la hoguera de unos pieles rojas o de unos caníbales; aunque, naturalmente, lo último no le habría hecho ninguna gracia, y Sylvia tampoco lo creyó ni se interesó ni poco ni mucho en lo que Joe sugería. Lo que deseaba era algo de cena de verdad y una cama donde acostarse. El bosque era cada vez más sombrío y amenazador y la niña no pudo evitar

un escalofrío, como si la aventura resultara de pronto mucho menos divertida.

—Cada vez se parece más a uno de aquellos cuentos —dijo Joe con satisfacción, pues, como se verá, era de resuelta energía—. Y lo que más se le parece, es aquel paraje, idéntico a un camino tenebroso. Imagínate que por allí viene una vieja bruja, *clop, clop, clop*, y nos invita a acompañarla a su guarida.

—¡Oh, no, Joe! Ahora no nos interesan demasiadas aventuras como las de aquellos cuentos. Esto está tan solitario que da miedo. ¡Ojalá no hubiese venido!

—Está muy solo, es verdad, pero lo justo para ser bonito, Sylvia. Además, resulta muy divertido y excitante. No hay nadie que nos diga: «Niño, no hagas eso» o que nos mande acostarnos. Nos acostamos como reyes cuando nos da la gana.

—Sí. Pero ¿dónde nos acostamos?

—En cualquier parte. Ya sé. Recogeremos hojas secas, como en el cuento de Pulgarcito, y nos cubriremos con ellas.

—Pero si estamos en verano y no hay ninguna hoja en el suelo...

—Lo mismo da. Nos echaremos y nos pondremos muy juntitos. Yo velo por ti, Sylvia; nada temas. Si llegara alguna vieja bruja y... —Joe se interrumpió y lanzó una mirada en derredor, hacia las sombras cada vez más densas.

Habían oído un rumor inquietante, apagado y rítmico, procedente de aquel sitio que, según Joe, parecía un camino tenebroso. El muchacho deseó entonces haber llevado consigo una espada o un arco con flechas, o bien uno de los mosquetes del viejo Vanderdecken, aun cuando lo derribara el culatazo, como ocurrió un día en que se apoderó de uno de aquellos mosquetes (aunque no se llegó a descubrir al culpable). Por desgracia, sólo poseía su cuchillo de madera, con el que solía jugar a arrancar cueros cabelludos; pero se lo llevó porque le pareció que más valía esa arma que nada.

Después, con gran sorpresa y alborozo de los niños, apareció a su vista un corpulento oso de cinamomo, meneando la cabeza y como invitándoles a jugar al escondite. Costó mucho hacerle comprender que no estaban entonces para juegos y a fuerza de empujarle enérgicamente por un lado, llegó a discernir en su obtusa mente la idea de que los niños querían que se echase, y finalmente así lo hizo, dejándose caer con una blanda caída. Se pusieron luego muy pegados al oso, Sylvia en la parte interior, para recoger cuanto pudiese el calorcillo de su piel, y *Tigre* hecho un ovillo en el espacio que quedaba junto al cogote. Pronto dormían todos como unos benditos, pues estaban muy cansados, ya que la caminata fue larga y todas aquellas emociones habían contribuido a aumentar su fatiga.

¡Cuántos cambios, ciertamente! En vez de su cena, primorosamente servida, que solía consistir en leche caliente con roscas, sólo tuvieron peras crudas y agua de arroyo. A su dormitorio coquetón, de afables paredes, había sucedido la selva solitaria, llena de suspiros del viento, y a sus camitas, con sábanas limpias sobre el mullido y aromático lúpulo, el flanco de un oso. Y, además, el oso tenía pesadillas y los despertaba a cada momento con sus gruñidos quejumbrosos y alarmantes; más de una vez cambió de postura, y Joe tuvo que darle algún puñetazo y tirarle enérgicamente de la piel, para que se acordara de que dormían con él unos chiquillos y un cachorro. Fue una noche interminable, pesada, muy molesta, y el alborozo de los niños fue inmenso cuando, tras lo que parecía una semana de tinieblas, despuntó un nuevo día.

El alba

El alba que iluminó el bosque nada tenía de extraordinario. Era fría, gris y como temblorosa, con una niebla que ocultaba los árboles a pocos pasos: y Sylvia estaba muy malhumorada y hambrienta y se arrepentía de haberle hecho caso a Joe. Él, en cambio, se sentía muy fuerte y animoso y se frotó pies y manos para entrar en calor, dando después algunas volteretas, lo que sorprendió enormemente al oso, que permanecía sentado sobre su parte trasera, con los ojos muy abiertos, como suelen hacer los osos de cinamomo siempre que se les ofrece alguna novedad. Nada había que comer, salvo unas zarzamoras cubiertas de rocío, muy frías, que en aquel momento no apetecían a los fugados. En cambio, el oso las comió en grandes cantidades y tuvieron que darle bastantes empujones para que dejara de atiborrarse y los siguiera.

Joe ayudó a Sylvia a montar en el lomo del oso, sentándose la niña con *Tigre* en brazos, que era a la sazón un cachorro muy calladito debido a su largo ayuno, y así anduvieron por espacio de algunas millas, siguiendo siempre la dirección opuesta a la luz del sol, que doraba los árboles. Pero el oso no comprendía que debía encaminarse en lo posible hacia poniente, y, al cruzar los claros del bosque, insistía en doblar hacia un lado. Joe había de empujarle continuamente la cabeza para indicarle el camino.



Las circunstancias por las cuales se separaron del oso fueron sorprendentes. Repentinamente, el oso advirtió a poca distancia un árbol en cuya oquedad había un gran número de abejas, aunque de condición pacífica, y con gruñidos de entusiasmo dio a entender que había allí alimento para un banquete. Antes de que los muchachos pudiesen darse verdadera cuenta de lo que significaban sus gruñidos, empezó a trotar hacia el árbol, y Sylvia tuvo apenas tiempo de deslizarse de su lomo. Un momento después, el oso estaba hurgando en la parte consumida del árbol para alcanzar la miel, y surgían nubes de abejas furiosas a ver lo que ocurría. Joe tomó a Sylvia de la mano y la arrastró hacia unos arbustos, a tiempo de evitar el peligro. Después se abrieron paso entre la maleza y huyeron por la hierba a toda prisa. Llegaba a sus oídos, apagado por la distancia, el zumbido de las abejas, como la nota grave y aterciopelada de un órgano, y la mezcla de gruñidos y aullidos del

oso, si bien resultaba difícil precisar si estos últimos eran gritos de alborozo o de dolor. Sylvia aseguraba que a los osos no les duelen las picaduras de abeja, salvo cuando les aciertan en la punta de la nariz, pues los protege una piel muy resistente; pero Joe opinaba que les ocasionan un terrible dolor en todo el cuerpo, si bien los osos consideran que vale la pena sufrirlo por la miel, lo que explica el carácter ambiguo de sus gruñidos.

Siguieron andando, andando, y por fin el sol se elevó y envió sus rayos de jubilosa luz a través del follaje, desvaneciendo la niebla, de modo que Sylvia se sintió mucho mejor, aunque hambrienta, y al poco tiempo, aún más hambrienta. Pero cuando el problema del desayuno se convertía en tema realmente grave y doloroso, los niños pudieron lanzar un grito de júbilo por un sendero del bosque descendía un tal Gorbo, un snerg.

Un snerg llamado Gorbo

Gorbo era un snerg muy conocido, de lo más necio que pudiera darse. Iba de vez en cuando a la bahía de Watkyns para trabajar un poco, y era famoso porque todo lo hacía mal y se cansaba muy rápidamente y regresaba a su país. Era de estatura mediana, para ser un snerg, y bastante joven —tendría a lo sumo unos doscientos cincuenta años— y, aunque en extremo bondadoso, el talento práctico no le sobraba. Aseguraba poseer el oficio de alfarero —del que poseía sólo algún conocimiento superficial— y había persuadido a la señorita Watkyns para que le dejara instalar un pequeño horno a fin de proporcionar ollas a la Sociedad. Pero las ollas que salían de sus manos no podía decirse que tuvieran forma alguna, y muchas de ellas se deshacían en mil pedazos en cuanto uno las cogía; de modo que la señorita Watkyns tuvo que decirle sin rodeos que aquello era un timo, a lo que él asintió sinceramente, pues no le gustaba contradecir. Después le exigió que se marchara —se lo dijo agriamente: «Escampa con tus ollas, muchacho»—; de modo que Gorbo se había ido a pasar un par de días con los marinos de Vanderdecken (a quienes gustaba la expresión de su rostro, aunque no acierto a explicarme el porqué), y pasó luego por el bosque, camino de la ciudad, donde poseía una casita, con dormitorio y cocina.

Por eso le encontraron los niños aquella mañana, con cara muy hosca, llevando, amén de su arco y sus flechas, un hatillo con sus herramientas de alfarero, su otra camisa y unas tortas. Había pasado la noche en una espesura de helechos, algunos de los cuales había podado para formar una especie de nido. Con los troncos y las hojas de helecho pegados a su vestido y con el pelo rebelde apenas dominado por su gorrita en forma de plato, el aspecto de Gorbo resultaba tan poco refinado como pueda darse aun entre los mismos snergs, que no suelen mostrarse muy exigentes en lo que atañe a compostura.

Pero su presencia fue para Sylvia y Joe como un rayo de sol. Los tres se cogieron de las manos y dieron dos pasitos de danza hacia la derecha y luego otros tantos hacia la izquierda, que es el saludo que suelen usar los snergs y que todos los niños habían adoptado (pese a la oposición de la señorita Watkyns, que lo consideraba absurdo e inútil), y Joe y Sylvia preguntaron en seguida a

Gorbo si traía algo que comer. Sacó sus tortas y luego encendió, para que pudieran calentarse, una pequeña lumbre en su pala de alfarero, que había limpiado con un manojito de hierba. Antes de sentarse a comer, el snerg se acercó sigilosamente a una manada de ciervos que se veía no muy lejos y con hábiles mimos llegó a persuadir a una cierva para que se dejara ordeñar. Volvió, pues, con una buena cantidad de leche, que había cogido en su cuerno bordeado de plata, y la bebieron los niños, la mitad cada uno, sin pensar que, por su culpa, algún cervatillo tendría aquella mañana su ración más corta. Pero resultó un desayuno delicioso y los chiquillos observaron alborozados que *Tigre* volvía a engordar y que le lucía otra vez el pelo, pues, a su edad, se notan estos síntomas con gran rapidez.

Cuando le contaron a Gorbo que se habían fugado, a éste no le chocó nada su locura; por el contrario, como era de esperar dado el carácter del snerg, le encantó el espíritu aventurero de los niños. Pero dijo que había sido una gran fortuna haberle encontrado, pues, yendo solos, era muy dudoso que llegaran a la ciudad; y existía siempre el peligro de que se extraviasen en aquel paraje del bosque donde los árboles son cada vez más espesos y se enlazan de tal modo, que al fin resulta imposible avanzar ni retroceder, y en el que se hubieran perdido irremisiblemente. Ésta, sea dicho de paso, fue la única observación juiciosa que les hiciera Gorbo, por lo menos durante aquel día.

Muy reconfortados tras el abundante desayuno, se pusieron de nuevo en marcha. Les guiaba Gorbo, quien les mostraba encantadores atajos a través de los helechos y, a veces, cuando el terreno era malo o cruzaban alguna marisma, llevaba a Sylvia a cuestras. Por fortuna, encontraron a otro corpulento oso de cinamomo, sobre el que los chicos cabalgaron durante varias millas; pero, por fin, les dio a entender de forma natural que ya estaba cansado (o sea, agachándose hasta el suelo con las patas encogidas, ladeada la cabeza y lanzando un largo, grave y melancólico aullido). Se apearon, pues, los niños, y el oso dio un salto y se alejó rápidamente, y no encontraron ya ninguno más. Era aquélla la época de la emigración anual de los osos a la región de los «nogales de zángano», y esto explica que encontraran tan pocos durante su viaje.

Fue realmente una travesía larga, y los dos niños se cansaron mucho. Gorbo tuvo que cargar al fin con Sylvia, y Joe transportó al cachorro, que tenía las patas lastimadas de tanto andar. Pero cuando les parecía que el viaje no terminaría nunca, descubrieron en una loma un grupo de puntiagudos y rojos tejados. Gorbo les dijo (aunque en verdad no era muy necesario) que aquello era la ciudad.

La ciudad

Como en la ciudad no habían visto hasta entonces a ningún niño, la llegada de Joe y de Sylvia produjo un gran revuelo. Los snergs abandonaban sus hogares, lanzándose a la calle, o bien se agrupaban en los tejados o se subían a las columnas, y levantaban en alto a los niños snergs para que pudieran ver mejor. Algunos de los más listos subieron a la torre y echaron las campanas al vuelo; otros andaban muy ocupados con trozos de ropa de color, que tendieron de casa en casa en

un abrir y cerrar de ojos. Los cuatro snergs más alegres más salieron de la ciudad al encuentro de los forasteros llevando sus tambores.

La multitud se hizo cada vez mayor y las personas más juiciosas empezaron a gritar: «¡Atrás! ¡Abridles paso!». Joe y Sylvia se sentían algo encogidos y fastidiados ante aquel ajeteo, pero Gorbo avanzaba con orgullo, pues empezaba a pensar que aquélla era la mejor hazaña de su vida. Y así, entre las aclamaciones del populacho y precedidos de los músicos, subieron calle arriba.

Gorbo abrigaba esperanzas de que el Rey le concedería un gran mérito a su acción y en recompensa le condecoraría. Casi todos los snergs poseían condecoraciones de una u otra clase, y si bien Gorbo no confiaba alcanzar una de las más preciadas, estaba seguro de que obtendría por lo menos la Orden de la Nuez Moscada de Bronce. Se le acercó el chambelán con mirada severa y le indicó que le siguiera para presentarse al Rey y explicarle qué significaba aquel juego. Después tomó de la mano a los niños y los condujo a palacio.

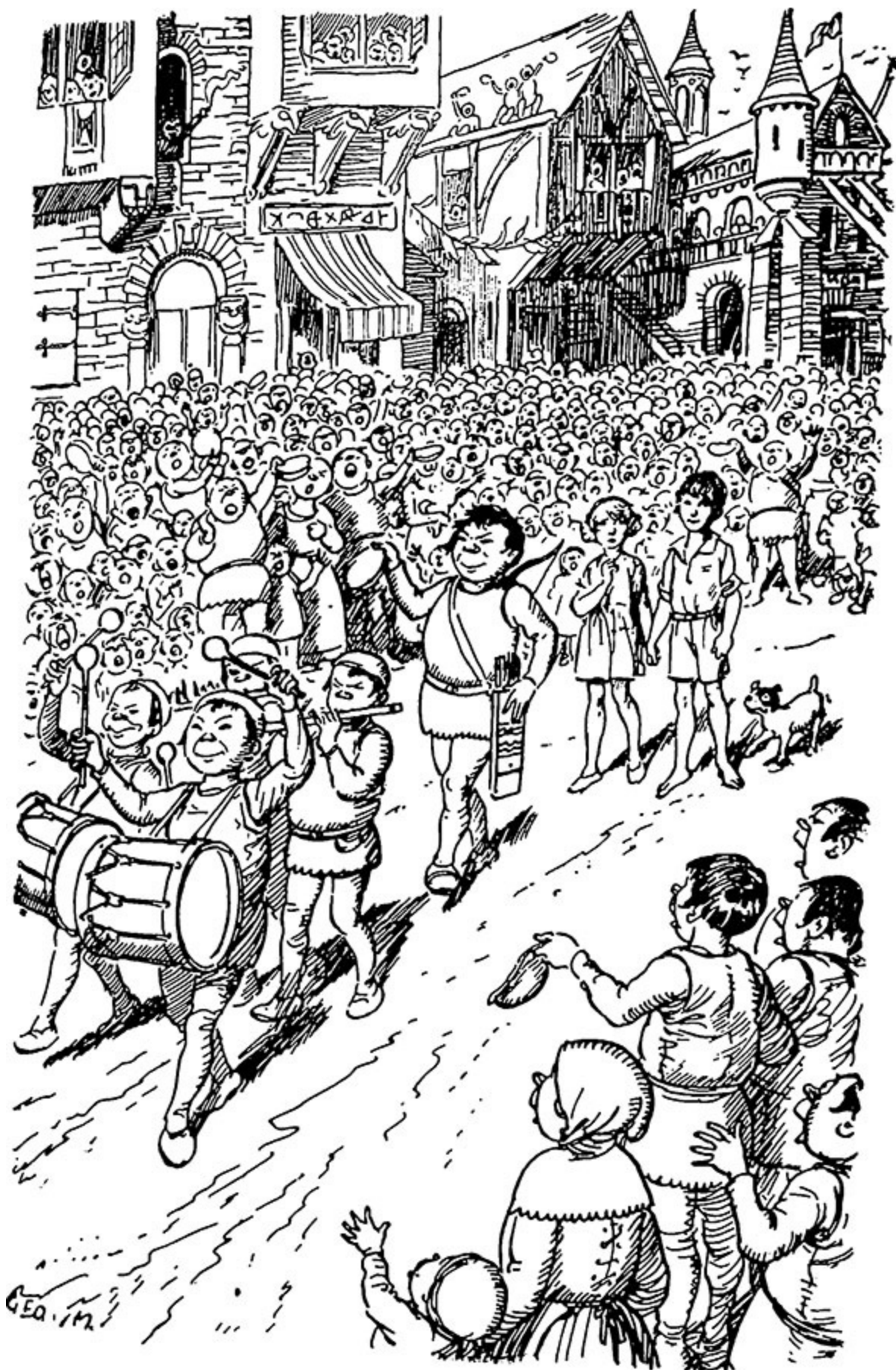
El palacio real

El palacio del Rey es el único edificio de la ciudad que se levanta sin ser sostenido por otro, lo que, como es natural, le da un aspecto imponente. Columnas de roble, delicadamente esculpidas, rodean el salón de recepciones, sosteniendo la parte saliente de los demás pisos. En el primero hay las habitaciones privadas, el comedor (con una tribuna para los músicos, con espacio suficiente para que cuatro de ellos puedan ejecutar las más fogosas composiciones) y la cámara donde se conservan los atributos reales en un arcón acolchado. En el segundo piso viven tres oficiales de la Corte y en el tercero, o desván, hay las habitaciones del servicio y un gran cuarto para guardar los trastos viejos que suelen acumularse en las casas grandes, como sillas a las que falta una pata, piezas de armadura estropeadas, espadas con la empuñadura maltrecha, fuelles usados y otros objetos parecidos. La cocina se halla en otro edificio, unida al comedor por un pasadizo, el cual está cubierto para que no se enfríen los alimentos. Se trata, pues, de una elegante y cómoda mansión para un Rey sin grandes asuntos de Estado.

El Rey de los snergs

El Rey, Merse II, era un hombre bastante guapo, con el ancho rostro propio de los snergs orlado por una barbilla negra, que parecía pelo de chinchilla. Mediría más de un metro de estatura, era ancho de espaldas y más bien regordete. Hizo sentar a los niños uno a cada lado y les habló cariñosamente, preguntándoles si estaban muy cansados del viaje e interesándose por la salud de la señorita Watkyns y de las otras damas de la Sociedad. Joe y Sylvia estaban algo intimidados, pero les encantaba la entrevista y en aquel momento les parecía que habían obrado con gran juicio

al emprender aquella absurda expedición.



Luego el Rey se volvió hacia Gorbo, que permanecía en pie, gorrito en mano, y no había abandonado aún su hatillo ni sus demás cosas. Procuraré traducir su diálogo tan literalmente como pueda.

—Salve, Gorbo, al que no tenemos por el más listo ni el más alegre de los snergs —dijo el Rey.

—¡Salve, oh Rey! Que vuestra sombra sea siempre anchurosa. (Tal es la obligada respuesta a un saludo real).

—¿Y qué haces tu aquí, con esos pequeños, oh ornamento a la inversa de la raza?

—Los encontré en el bosque, oh Rey —contestó Gorbo, ya algo nervioso.

—Bien. ¿Y en qué parte de aquella vasta región los encontraste, tú, tal vez no dotado de un gran cerebro?

—Pues... pues por la parte de acá del Barranco del Sapo, oh Rey.

—¡Ah! ¿Y has tenido tú, patán alocado, algo que ver en inducirlos a alejarse de su hogar?

Gorbo cayó entonces de rodillas, juzgando que era aquélla la actitud más prudente.

—No, oh Rey; no tuve yo culpa alguna. Dijeron que venían hacia aquí, y yo... yo me limité a guiarlos.

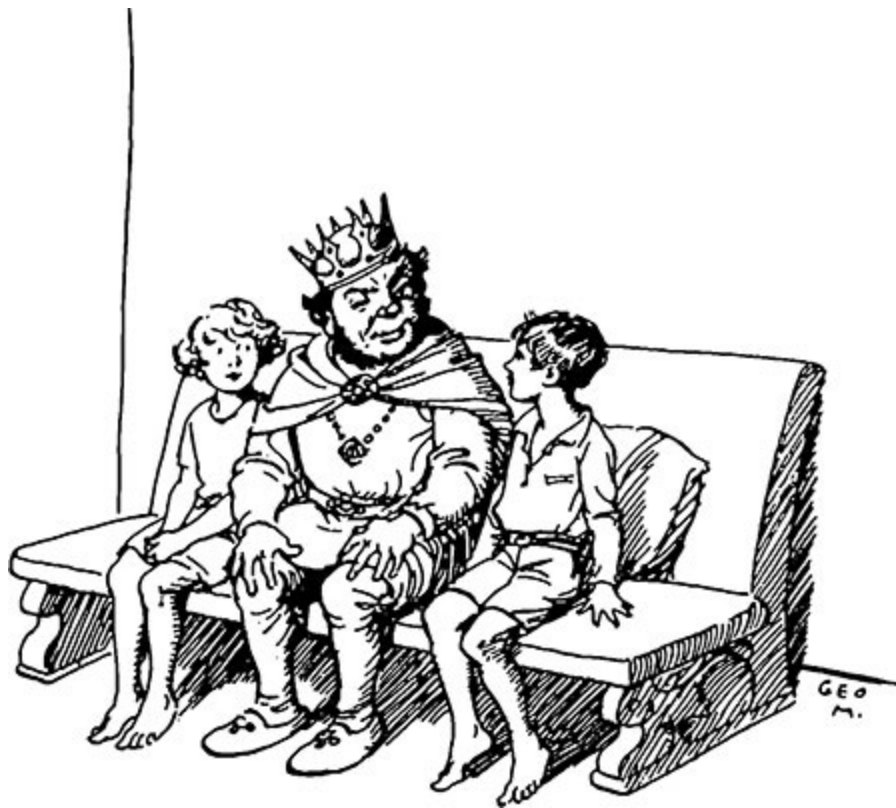
—¡Magnífico! ¿Y no se te ocurrió, miserable bribón, guiarlos hacia su casita junto al mar?

—No... oh Rey... no se me ocurrió.

—Eso bien lo creemos, lombriz inmunda.

Cruzó el Rey las piernas y permaneció en actitud reflexiva, apoyando el mentón en la mano.

—¿Y qué va a pensar de esas correrías —dijo, al fin, dirigiéndose a Joe— la señorita Watkyns (sobre quien descienda la paz)?



—Lo ignoro, oh Rey —contestó Joe, confiando usar las fórmulas adecuadas—. Sólo nos escapamos en broma —añadió para que la cosa pareciera más verosímil.

—¡En broma dices, hombrecito! Y si te hubieras extraviado con esa criatura de pelo rubio por los parajes donde los árboles forman una red, como enlazadas serpientes, ¿te hubiera parecido cosa de broma?

Joe empezó a moverse y estaba muy inquieto. El Rey se volvió entonces hacia su chambelán, que estaba en pie junto al arrodillado Gorbo, haciendo con los dedos ademán de cortarle una oreja.

—¿Y qué opinas tú de ese extraño asunto? —preguntó el Rey.

—Pues opino —contestó el dignatario— que sería buen pretexto para celebrar una fiesta.

—¡Muy bien dicho! —exclamó el Rey—. Sea como tú propones. Enviaremos primero rápidos mensajeros para calmar la ansiedad de la señorita Watkyns, y celebraremos luego la visita de esos pequeñuelos (eran casi tan altos como él) con uno de los mejores banquetes. Pero —añadió, señalando despectivamente a Gorbo— envía a ese negro escarabajo una cortés y afable invitación para que se abstenga de acudir a la fiesta.

—¡Oídmeme, oh Rey...! —empezó a suplicar Sylvia tímidamente. Pero se detuvo de pronto, pues todos la estaban mirando.

—Habla, monina —dijo el Rey afablemente, acariciándole los bucles—. ¡Qué bonito pelo!

—Gorbo no tuvo la culpa —prosiguió Sylvia—. Nosotros... ejem... oh Rey, Joe y yo nos escapamos... en broma... y Gorbo nos encontró cuando estábamos muertos de hambre y nos dio mil cosas que comer. Y obtuvo para nosotros leche de una cierva y nos encontró un oso que nos llevó buena parte del camino.

—Gorbo tiene el corazón de oro, oh Rey —añadió Joe.

—¡Oh! Siendo así, la cosa cambia —dijo sonriente el Rey (pues era bastante impulsivo)—. Levántate, Gorbo. Anulamos la invitación y te ordenamos que nos acompañes en la fiesta... pero procurando no situarte demasiado cerca de nosotros. La llegada sin obstáculos de esos pequeños —añadió, hablando en general— y el descubrimiento de un destello de juicio en ese zoquete, hacen que sea éste un día de sucesos realmente extraordinarios.

En aquel momento entró la Reina en la sala de recepciones. Era una mujer gordita y sonriente, y Joe y Sylvia quedaron a su cuidado. Primero los lavaron y luego les dieron un platito de habichuelas fritas mezcladas con miel y un vaso de leche, como tentempié para esperar la hora del banquete. *Tigre* comió toda una fuente de pan remojado, con trocitos de carne, tras lo cual durmió varias horas seguidas. Mientras estaban comiendo, llegó la Reina con un peine y onduló el pelo de Sylvia, al que enriqueció aún más con algunos fantásticos bucles. Después, tras un breve descanso, salieron a presenciar los preparativos que se estaban haciendo en la calle.

Era un espectáculo interesante. La gente llevaba ya más de una semana sin celebrar ninguna fiesta, y el cambio les sentaba muy bien. Los hombres avanzaban con paso vacilante, transportando las mesas y ensamblándolas como era debido, y colocando luego los taburetes y los bancos. Había, en conjunto, 38 mesas, y tendría cada una unos tres metros y medio de longitud: $38 \times 3'50 = 133$ metros, lo que da idea de la magnitud de la fiesta que se preparaba; alcanzaría desde el palacio real hasta la Plaza Mayor. De todas las cocinas surgía un olor a sabrosos guisos. Por las ventanas abiertas se veían mujeres menudas y robustas amasando harina con leche. Serios y juiciosos snergs llenaban medidas de hidromiel, que echaban después en jarrones y distribuían luego en las mesas, a distancias convenientes. Los arpistas ponían cuerdas nuevas a sus instrumentos. El bufón de la Corte subió a su buhardilla, sacó de debajo el jergón un librito secreto y, haciendo extrañas muecas, leyó en él diversos chistes de lo más divertido.

La fiesta

A la hora convenida, resonaron los cuernos y todo el mundo se sentó a la tranquila luz del atardecer. Presidían la mesa el Rey y la Reina. A sus lados se sentaban Sylvia y Joe y venían luego las personas notables, y tras ellos los snergs corrientes, por orden de importancia. A un extremo de la mesa, allá por los suburbios, se sentaba Gorbo. Tal es la jerarquía que le otorgaban.

Me place reseñar que la Reina vigiló cuidadosamente lo que comían los dos niños; de no ser así, más tarde hubieran experimentado serias molestias, pues la comida era para gente mayor. Dieron a cada uno un jarrito muy pequeño de hidromiel y la Reina les aconsejó que lo bebieran a largos intervalos. (Los snergs jovencitos, pueden beber hasta la octava parte de un galón sin enturbiarse lo más mínimo, pues todo es cuestión de costumbre). A los dos niños les encantaba verse tratados con tal ceremonia, y se maravillaban de las cosas extraordinarias que podrían contar a sus compañeros cuando hubiesen regresado.

Ocurrió, sin embargo, un desagradable incidente, que contribuyó a que toda aquella pompa no se les subiera a los niños a la cabeza. Ya habían oído decir que los snergs consideran algo de mala educación dar de comer a los perros mientras está uno a la mesa —pues cada comunidad tiene ideas propias en lo que atañe a las buenas maneras—; pero cuando dos perros monísimos y cariñosos, bastante parecidos a los galgos, se pusieron uno a cada lado de Sylvia y no quitaban ojo a lo que se llevaba a los labios, ésta sintió la irresistible tentación de alargarles un bocadito, sobre todo al ver cómo se les hacía agua la boca (de tal modo que la niña oía perfectamente caer las gotas al suelo). Y al iniciar uno de los perros un suave quejido, Sylvia no pudo aguantar más y, aprovechando un momento en que le pareció que el Rey y la Reina miraban hacia otro lado, deslizó un pedazo de carne en la boca del perro. Éste lo tragó en seguida y golpeó con la cola el pavimento. Inmediatamente se alzó el otro perro y, apoyando las patas delanteras en el regazo de la niña, se quedó mirándola de hito en hito. En aquel momento se hizo un tenso silencio y todos los asistentes clavaron sus ojos en Sylvia.



Fue un momento terrible, y se puso roja como una amapola. Pero el Rey acudió en su ayuda con verdadera cortesía. Cortó un trozo de pata de carnero y lo tiró a su perro favorito, salvando así la situación. (Según tengo entendido, el Príncipe de Gales tomó en cierta ocasión un buen sorbo de su bol de agua para los dedos, desvaneciendo así el embarazo de un huésped poco fino). Pero, tras esto, fue necesario ahuyentar a todos los perros, que acudían en tropel, esperanzados.

Hubo luego una sesión de buena música de arpa, y el bufón propuso algunas ingeniosas adivinanzas, una de las cuales era nueva. Un snerg, que poseía una voz de tenor realmente notable, cantó con mucha emoción: «Dame tu oro, que nada más te pido». Pero acaso el momento más delicioso del banquete (aunque algo embarazoso) fue cuando, a una señal convenida, se levantaron todos los comensales y apuraron una buena copa de hidromiel «a la salud de nuestros huéspedes».

Brillaba el sol poniente en una esquina y todo lo doraba una luz suave. Los snergs empezaron a reclinarsse el uno sobre el otro y se levantaban con gesto indolente en busca de los cascanueces. De un extremo de la mesa, a 133 metros de distancia, llegaban gritos de alborozo realmente extraordinarios. Era el alocado Gorbo, que había jurado sostenerse cabeza abajo sobre una pirámide de jarros de hidromiel, y el estruendo de la caída fue espantoso. El Rey envió un recado, indicando con gran severidad que no exagerasen el regocijo. El súbito descubrimiento de que Joe y Sylvia se habían dormido profundamente en sus sillones, no interrumpió en nada el jolgorio. Ancianas y bondadosas snergs los llevaron a palacio y los acostaron, y el alborozo y la fiesta siguieron con la misma intensidad.

Un paseo matinal

¿Pensarán los lectores, al llegar a este punto, que la moraleja tarda en llegar? Es muy posible. Hasta el presente sólo he reseñado un resultado relativamente brillante del mal comportamiento de los dos niños. Habían llegado sanos y salvos, tras un viaje que, aunque fatigoso, estuvo lleno de interés; habían sido recibidos y festejados al modo de unos magnates extranjeros, y, en su ingenuidad, les parecía que no debían hacer ya otra cosa sino regresar tranquilamente a su hogar y darse importancia por la aventura. Pero seguid leyendo, que la moraleja no anda muy lejos.

Era una de las singularidades de los snergs levantarse una o dos horas más tarde que de costumbre el día siguiente a una fiesta. Así, cuando despertaron Joe y Sylvia, descansados y felices, sin sombra del remordimiento que debieran sentir unos niños que habían huido imprudentemente de un orden sabio y bondadoso, lo encontraron todo muy callado. Sólo se oía chillar a las golondrinas allende la abierta persiana de su cuarto, y, en la estancia contigua (que era el dormitorio real), dos clases distintas de ronquidos.

Bajaron con sigilo la escalera y encontraron a una anciana sonriente que estaba avivando las brasas a la puerta de la cocina, y le preguntaron con muchos modales si podría decirles cuándo estaría servido el desayuno. La vieja les contestó que no tardaría mucho, pero que antes les daría algo para la espera, y se los llevó a la cocina dándoles una especie de rosca caliente, aunque muy blanda, con un poco de leche. Mientras comían, hablaron de las ballenas, tema que parecía interesar mucho a la vieja, pues no había visto nunca el océano, ya que las mujeres snergs apenas suelen viajar.

Salieron a dar un paseo por la calle desierta y, de pronto, en el patio enlosado donde hay el pozo con la pompa, vieron a Gorbo. Acababa de remojarse la cabeza, y estaba secándose el pelo con una toalla muy áspera. Le saludaron con gran júbilo; se sentaron en tres cubos que había allí por casualidad y empezaron a hablar de las noticias que sabía Gorbo, mientras peinaba éste su rebelde pelo con un trozo de peine que poseía.

He aquí las noticias. Un mensajero snerg, siendo ya casi de noche, había llegado por encargo de la señorita Watkyns diciendo que los dos niños habían desaparecido y suplicando al Rey que enviase inmediatamente a cuantos hombres pudiera en su busca, llevándose algo que comer y una botella de leche por si acaso. Entretanto, los hombres de Vanderdecken se situaban a lo largo de la costa, penetrando en las cavernas y otros escondrijos por si daban con los niños y escudriñando el horizonte con la esperanza de divisar, por ejemplo, un navío que enarbolase la negra bandera de los piratas, pues de todo creían capaz a Joe. Al parecer, aquel asunto había provocado gran turbación y revuelo en la bahía de Watkyns, y los dos niños se sentían muy orgullosos de ser la causa de todo aquel ajeteo. ¿Qué le vamos a hacer, si eran así?

Naturalmente, como a aquellas horas los mensajeros enviados por el Rey debían ya de haber llegado y calmado la ansiedad de la señorita Watkyns, no había por qué preocuparse, y se decidió que Joe y Sylvia se marcharían después del desayuno, montados en dos osos domésticos, con una escolta de seis snergs, que llevarían cuatro sábanas pequeñas, dos almohadas, un caldero, una sartén y algunas provisiones, pues deberían pasar una noche en el bosque. Joe se sintió muy descorazonado al ver que terminaban las aventuras, pero a Sylvia le gustó. Ya se había divertido bastante con aquel viaje, y juzgaba que sería muy agradable regresar y ser perdonada y agasajada, y contar a los demás niños su magnífica empresa.

Salieron a dar un paseo por el campo, en compañía de Gorbo y precedidos de *Tigre*, que corría como un loco, pues con el largo descanso, tenía las patas completamente curadas y se sentía lleno de energía. Gorbo les mostró varias cosas en extremo interesantes, como el molino que había pertenecido a un hermanastro suyo y la colina donde habían muerto al último dragón, hacía ya mucho tiempo, pues él era por aquel entonces muy chiquito. Se acordaba perfectamente de haber visto llegar a unos hombres en tropel, gritando: «¡Más flechas! ¡Más flechas!», cuando ya tenían al dragón muy malherido y sin poder levantar el vuelo, y de cómo se lanzaron contra él con la nueva provisión de flechas y dispararon todos hasta que el dragón pareció un acerico y pudieron acercársele para clavarle las espadas y terminar con él. Más de un centenar de snergs perdieron la vida en aquella hazaña.

Gorbo era demasiado joven para recordar los terribles combates que se produjeron cuando una tribu nómada de kelpos invadió el país, incendiando los bosques y robando y matando sin piedad; pero les mostró un pequeño montículo y señaló la oscura línea que cruzaba los árboles a cosa de una milla de distancia, que era el río profundo, indicándoles aproximadamente el lugar de la última batalla. Los kelpos se habían hecho fuertes entre unas altas rocas, pero los snergs se lanzaron al ataque e hicieron caer sobre ellos una verdadera lluvia de flechas, tras lo cual les despedazaron con sus espadas y arrojaron al río a los demás. Y, como dijo Gorbo, no pudo ser de otro modo.

Lo más interesante de los bosques —dijo el snerg— era la región de los árboles entrelazados, que estaba a muy poca distancia de la ciudad. No resultaba prudente adentrarse mucho entre aquellos árboles, pero, si los niños querían, les mostraría unos pocos de los que se alzaban en el límite, ya que todavía tardarían más de una hora en servir el desayuno. Los niños se mostraron encantados ante la oportunidad de ver aquellos extraños productos de la naturaleza, y, así, salieron los tres hacia el bosque.

Los árboles entrelazados

No tardaron mucho en llegar al sitio donde crecían los primeros árboles entrelazados. Eran maravillosos, con gruesos y pulidos troncos grises y grises ramas, muy lisas también, que aquí y allá llegaban hasta el suelo a manera de enormes serpientes inmóviles. El follaje crecía sólo en sus cimas, pero era espeso y enmarañado como un techo de paja y daba al ambiente un aspecto sombrío y misterioso. Gorbo les guió hasta un sitio donde crecían en mayor número y había mejores ejemplares de aquella flora maravillosa, y Joe y Sylvia se sentían orgullosos al ser ellos los únicos niños que habían podido contemplarlos.



Al cabo de un rato, Gorbo dijo que ya era hora de regresar, y, volviendo la espalda, los precedió para mostrarles el camino. Se detuvo de pronto y empezó a mirar por debajo de las enredadas ramas y luego por encima, tras lo cual siguió andando en otra dirección. Pero a poco se detuvo otra vez y asomó entonces a sus labios una de sus más estúpidas sonrisas.

—Hemos de andar con cuidado —dijo—, o, de lo contrario, vamos a extraviarnos.

Echó a andar de nuevo y los niños le siguieron, con la esperanza de que encontraría pronto el camino, pues deseaban desayunar en seguida. Pero oscurecía cada vez más; un techo de enmarañadas hojas ocultaba el cielo, y en torno suyo y sobre sus cabezas, las espesas y lisas ramas se entrelazaban, formando una red impenetrable. El aire estaba húmedo y olía a moho y a musgo viejo, y en el bosque reinaba un silencio terrible. Un enorme murciélago, como de cuero, revoloteó junto a ellos, rozando casi el pelo de Sylvia. La niña se agachó y lanzó un chillido apagado.

Gorbo pudo por fin trepar a uno de los árboles más corpulentos y, tras no pocos esfuerzos, logró abrirse paso entre el follaje, despertando a numerosos murciélagos que con sus blandas alas revoloteaban en torno a los niños. Joe tuvo que esconder entre sus brazos la cabecita de Sylvia, hasta que los repugnantes seres se hubieron alejado. Poco después volvía a deslizarse Gorbo árbol abajo.

—Todo está arreglado —dijo—. Apenas logré ver nada más que follaje, pero pude divisar el sol, de modo que ya sé ahora en qué dirección hemos de ir. El sol está hacia... —pero diciendo esto se interrumpió y se rascó la cabeza—. Sí, creo yo que está hacia aquel lado. Como veis, al bajar del árbol me hice un lío.

Le siguieron de nuevo, avanzando trabajosamente entre las ramas. Al cabo de un rato, el snerg se detuvo otra vez y se quedó pensativo, y luego empezó a trepar y a arrastrarse en otra dirección:

ahora no andaban ya, sino que trepaban y se arrastraban continuamente. De pronto, Gorbo volvió a detenerse y contempló a los niños con expresión de desmayo. Los horribles troncos, retorcidos y grises, los rodeaban completamente como una espantosa red gigantesca, y la sombra era tan densa que, a pocos pasos de distancia, sus siluetas desaparecían completamente. Gorbo, el listo, el que se ha criado en los montes, era el héroe de aquella hazaña. Se habían extraviado.

Estuvo largo rato sin atreverse a mirar a los niños; pero, de pronto, al observar el rostro de Sylvia, cubierto de arañazos, mientras la chiquilla se arrastraba bajo una de aquellas ramas grises, el snerg recobró nuevos ánimos.

—Todo irá bien, Sylvia —le dijo—. Se darán cuenta de nuestra desaparición y es aquí donde primero pensarán en buscarnos. Empezarán a dar grandes gritos y también nosotros gritaremos, abriéndonos paso hacia el sitio donde los oigamos. ¡Pero ay si el Rey manda a por mí! Ya no habrá Nuez Moscada de Bronce para el pobre Gorbo. Veo que allí hay un pequeño claro; vamos a ver si habrá sitio para sentarnos un poco.

Avanzaron con gran trabajo y, en efecto, no lejos había un espacio algo más libre, pues crecía allí un árbol enorme que, por decirlo así, había apartado a los menores de su vera. El sitio era bastante sombrío, pero había espacio suficiente para permanecer en pie y moverse un poco.

—¡Mira! —exclamaron de pronto Joe y Sylvia, ambos a la vez.

Gorbo se volvió y se quedó mirando. En el enorme tronco se abría una puerta de algo más de un metro de altura, una puerta de aspecto muy raro, con recias bisagras y aldabones de hierro enrojecidos por la herrumbre y cubiertos de musgo verde. En la densa penumbra y desde cierta distancia, resultaba difícil distinguirla del tronco gris.

Gorbo se rascó la cabeza, y siguió contemplando el inesperado hallazgo.

—Nunca oí hablar de puerta alguna —dijo al fin—. Los kelpos no solían hacerlas, pues no eran bastante listos para ello: se limitaban a morder, a chillar y a sembrar la muerte, según dicen. Y para Golithos sería una puerta muy baja.

—¿Quién es Golithos? —preguntó en seguida Joe.

—Es un ogro —contestó Gorbo. Y era verdad, pero, al decirlo tan abiertamente, mostró su escaso talento.

Sylvia lanzó un grito de espanto y se agarró a Joe.

—No tengas miedo, Sylvia —dijo Gorbo precipitadamente—. Era un ogro, pero ya no lo es. Se ha convertido. Y, además, hace ya mucho tiempo que vive en la otra orilla del río. No hay por qué apurarse.



Se acercó a la puerta y la empujó con energía, empuñando un gran aldabón de hierro. La puerta se abrió muy fácilmente y Gorbo asomó la cabeza al interior del árbol.

—Está muy oscuro y huele a queso —dijo.

Luego se adentró un poco más.

—No, no está tan oscuro como parecía —añadió—. Llega luz de alguna parte. Y hay aquí unos escalones para bajar. Acercaos y veréis cómo está esto.

Joe tomó a *Tigre* en sus brazos y dando la mano a Sylvia, cruzó con ella el umbral.

—Mirad —dijo Gorbo—: ahí están los escalones. ¿Bajemos a ver lo que hay?

—¡Sí! —dijo Joe con entusiasmo—. ¡Vamos!

—¡No!... ¡No! —exclamó Sylvia al mismo tiempo—. No quiero.

—En todo caso —prosiguió Gorbo—, hemos de asegurarnos de que no se nos cierre la puerta. La abriré de par en par y luego...

Pero no pudo terminar la frase, pues la puerta había cerrado sin el más leve ruido. Gorbo se lanzó contra ella con todas sus fuerzas, pero, pese a su corpulencia, obtuvo el mismo resultado que si hubiera sido un muro.

El zoquete de Gorbo acababa de obtener un nuevo éxito.

SEGUNDA PARTE

Inquietud en la bahía de Watkyns

Amargo fue el dolor y grande la perplejidad de la señorita Watkyns y de las otras damas, al llegar nuevos mensajeros con la noticia de que Joe y Sylvia habían vuelto a desaparecer, y esta vez de un modo inexplicable. Algo después, llegó el Rey Merse II en persona a la bahía de Watkyns y explicó que diversos grupos de snergs de los más juiciosos habían salido a explorar por todas partes, especialmente por la región de los árboles entrelazados, llevando consigo zurroneos llenos de guijarros para señalar la ruta. Gritaron y berrearon hasta quedarse sin voz, pero todo fue en vano, pues no les contestó nadie, y tuvieron que regresar con el ánimo encogido y la garganta seca.

Procuró el Rey animar a las damas manifestando su confianza en que, tarde o temprano, aparecerían los niños, pero se guardó para sí el temor que tenía de que hubiesen caído en alguna de las trampas mágicas, que, según rezaba la tradición, eran muy abundantes entre la maraña de los árboles grises. Para consolarlas, les repitió antiguos refranes, como aquél de: «No le llares con tu miedo, que el mal te vendrá más quedo», o aquel otro: «Al gato sano y luciente mata el temor de la gente». Añadió que, como la providencia cuida de los necios, existían fundados motivos para la esperanza, ya que era Gorbo el más necio entre los snergs, quienes, si bien poseen muchas y excelentes cualidades, no se distinguen precisamente por su talento.

Estos esfuerzos del Rey lograron que renaciera algo la confianza entre las damas, quienes pudieron así tratar de aquel asunto con relativa serenidad. La señorita Gribblestone manifestó sus temores de que, debido a alguna inesperada combinación de circunstancias, los niños hubiesen vuelto a caer en el mundo de su vida anterior, y trazó un patético cuadro de Sylvia y Joe vagabundeando por las calles de Londres, sin calcetines y con unas maltrechas sandalias, muertos de hambre tal vez, y propuso marcharse en seguida a Londres, con una bolsa de ropa interior de invierno y dos abrigos de lana. La señorita Watkyns rebatió su argumento con cierta rudeza, indicando la imposibilidad de que aquello hubiera ocurrido: aparte de otras cien razones, debía recordarse que la luna se hallaba en su cuarto creciente y los vientos hubieran sido contrarios, de modo que sólo este hecho convertía en absurdo aquel temor. La señorita Scadging insinuó una opinión más singular todavía: según ella, los niños habían experimentado tal angustia por la reprensión y el castigo, que se habían escapado al azar y murieron de pena, y a ello contestó la señorita Watkyns suplicándole que reflexionase sobre la extravagancia de una tal suposición aplicada a Sylvia o a Joe, y que consagrarse sus energías a una solución más práctica del problema.

Cuando los demás niños se enteraron de lo ocurrido, experimentaron cierta inquietud, pero no una pena excesiva, pues conocían muy bien a Joe y a Sylvia y les creían capaces de salir de cualquier apuro. Fue una opinión general entre los pequeñuelos, que los dos niños proseguían en alguna parte sus sorprendentes aventuras, y que regresarían tarde o temprano, coronados de gloria y con algún cardenal en el cuerpo. Los pobrecillos conocían poco la dura realidad; se había

borrado ya de su memoria lo que les ocurriera a ellos mismos antaño, pues, según dijimos, los aires de aquel refugio inducen al olvido.



El Rey marchó luego para visitar a Vanderdecken, con el que sostuvo una larga conversación, y regresó luego a la bahía, seguido de su escolta. Había dado palabra a la señorita Watkyns de que, al día siguiente, acompañado de un grupo de hombres escogidos, realizaría una expedición en busca de Sylvia y de Joe, pero, de momento, nada quiso decir acerca del sitio que iban a explorar, por no despertar temores o esperanzas.

Una vez llegado a la ciudad, el Rey pronunció un breve discurso e inspeccionó luego personalmente los preparativos de la expedición. Afilaron espadas y hachas, llenaron de flechas las aljabas, quitaron las mellas a los cascos viejos, pusieron en orden las adargas de las armaduras y prepararon hatillos con provisiones. El aire olía a guerra, como en los bravos tiempos de antaño.

La señorita Watkyns, que se paseaba aquella tarde por su galería con expresión ceñuda, oyó de pronto agudos chillidos y palabras enérgicas. Miró hacia afuera indignada, y vio a Vanderdecken y a todos sus hombres subiendo por el sendero. El piloto llevaba la jaula del papagayo, lo que explica el alboroto, pues el pájaro estaba hecho una furia. Llevaban todos ellos botas altas de marinero, mosquetes, cuernos llenos de pólvora, bolsas con balas de mosquete y de cañón, machetes y cuchillos de monte. Además, cada cual llevaba su zurrón con carne de buey escogida, galletas, un paquete de picadura y una botellita de *Schnapps*. Dijo Vanderdecken que salían para un período indefinido y suplicó a la señorita Watkyns el favor de echar algún vistazo al campamento durante su ausencia, procurando airear de vez en cuando las chozas y arrancar las hierbas del jardín. Le pidió, además, si no había de serle muy molesto, que cuidara de que los snergs sacaran con una pompa el agua del viejo navío, por lo menos durante media hora, por la mañana y al anochecer. Vanderdecken entregó después el papagayo a la señorita Watkyns, con el encargo de que le dieran nueces y frutas blandas sin olvidarse de ponerle en el agua un trocito de azufre para que no tuviera erupciones en las patas, y suplicó que le dispensaran su lenguaje algo grosero. La señorita aceptó de buena voluntad, y luego partieron los marinos, que cruzaron el bosque y se reunieron a la mañana siguiente con el Rey Merse y sus hombres. Una hora después, avanzaban todos ellos, en correcta formación, por la colina allende la ciudad.

Al otro lado de la puerta

Mientras Gorbo se lanzaba contra la pequeña y maciza puerta, que se había cerrado suavemente como si alguien la hubiese empujado desde el exterior, Sylvia, muy aferrada a Joe, ocultaba el rostro, temblorosa. Joe la sostenía firmemente sin decir palabra; también él, pese a su espíritu aventurero, estaba algo impresionado.

Por fin, Gorbo se volvió hacia los niños, y a la débil luz que parecía llegar de lo hondo, pudieron observar la desmayada expresión de su semblante, muy lleno de arrugas como si estuviese a punto de llorar. Pensaba en el terrible enredo en que había metido a aquellos niños.

—¡Buena la hice! —exclamó—. Al fin y al cabo, tuvo razón la vieja.

—¿Qué vieja? —preguntó Joe.

—Pues una que le dijo a mi madre que tendría sólo un hijo y que sería el más necio de los snergs.

—No es culpa tuya, pues —dijo Joe para consolarlo—, si todo estaba ya dispuesto antes de que tú nacieses.

—¡Es verdad! —exclamó Gorbo—. Necio he de ser, pues ni se me había pasado por la cabeza. Pero lo cierto es que, de haberseme pasado por la cabeza —añadió melancólicamente—, no sería ya ningún necio, y la vieja hubiera andado equivocada; así, todo es como ha de ser.

—Pero, a veces, te muestras muy juicioso —dijo Joe—. ¿Verdad, Sylvia?

—Sí... sí... —convino Sylvia—. Pero yo quiero salir de esta cueva.

—Me parece —prosiguió Gorbo—, aunque no valgan mucho mis consejos... que debiéramos ver lo que hay, bajando esos escalones.

—Claro; no podemos quedarnos aquí para siempre —dijo Joe—. Vamos allá.

—Iré yo delante —dijo Gorbo—. Si abajo hay algo feroz que muerda, me morderá primero a mí, que me lo tengo muy merecido.

Con esta alegre observación, emprendió la marcha. Joe le seguía y Sylvia avanzaba, muy pegada al niño. Era un pasadizo angosto en extremo, y tan bajo que rozaban casi el techo con la cabeza, pese a su escasa estatura. Y siguieron bajando, bajando, y cuanto más bajaban, más aumentaba la luz. Era un resplandor melancólico, entre amarillento y verde, que parecía irradiar de algo que crecía en las paredes del pasadizo, como unas setas extrañas. Nada se veía allí, sino los peldaños y los muros, muy limpiamente cortados en la roca viva. Debió de ser una empresa terrible para los que —quienesquiera que fuesen— se encargaron de aquel trabajo.

—¿Piensas que esta escalera puede no tener fin? —preguntó Joe al cabo de un rato.

—Sí lo tiene —contestó Gorbo, deteniéndose de pronto—. Aquí terminan los peldaños.

Había llegado a un pequeño espacio llano, del que partían cinco angostos pasadizos, como cinco dedos. Era un arduo problema decidir qué ruta tomarían.

—Será preferible tomar el primer pasadizo —dijo Gorbo—. Si vemos que no va bien, seguiremos por el otro, y así sucesivamente.

—Pero suponte tú que hemos avanzado millas y millas antes de darnos cuenta de que no es el buen camino —objetó Joe—. Emplearíamos en ello muchas horas, ¿verdad?

Gorbo se rascó la cabeza.

—En efecto —observó.

—¡Ya sé! —exclamó Joe—. Veamos a qué camino corresponde el *fuera*. Que lo pruebe Sylvia. Sabe todos los versos para el juego del *fuera*. Verás tú.

—Muy bien —dijo Sylvia, que empezaba a interesarse mucho por el asunto—. ¿Qué verso probaré primero?

—El del gato —dijo Joe, tras unos momentos de reflexión.

Así, señalando con el dedo las estrechas galerías, una tras otra, Sylvia recitó los versos:

*Para pegarle al gato, de perilla
te irá ponerle sobre una esterilla.
Le agarrarás muy firme por la cola,
y le darás, aunque arme batahola.
Y si bufidos diese, hecho una fiera,
vuela volando me lo mandas FUERA.*

Se detuvo, señalando con el dedo el cuarto túnel, y miró con emoción los restantes, pues la cosa tomaba ya el aspecto de un juego.

—Allá vamos —dijo Gorbo, avanzando por la cuarta galería.

Anduvieron un largo rato, y en el preciso instante en que les parecía a los tres que aquélla era una galería sin fin, se encontraron frente a una pared. Pero, a cada lado, formando ángulo recto, había dos nuevos pasadizos y se planteó otra vez la cuestión de qué ruta tomarían.

Repitió Sylvia su pequeña poesía mágica, y el *fuera* correspondió a la galería de la izquierda, que fue la que siguieron. A los pocos pasos, daba vuelta hacia la derecha, y algo más allá, hacia la izquierda; seguía luego en línea recta, hasta terminar en una pared lisa, que les cerraba el paso en todas direcciones. Nada podían hacer, sino volverse atrás y seguir el otro camino. Se preguntaron por qué razón los que hicieron todo aquel trabajo habían labrado semejante galería sin salida alguna. Joe dijo que lo dispusieron de aquel modo para que la cosa resultara más emocionante y llena de interés. Sylvia observó que era una cochina broma y Gorbo afirmó que lo habían hecho simplemente porque eran aun más necios que él, lo que le dio mucho ánimo.

El otro camino se vio que muy pronto derivaba suavemente hacia la izquierda; luego, sin ton ni son, seguía hacia la derecha; al poco, alternaba de derecha a izquierda, en vueltas muy marcadas. Y cuando ya estaban convencidos de que seguiría zigzagueando estúpidamente sin acabarse nunca, llegaron de pronto a lo que parecía una espaciosa caverna, iluminada por el mismo resplandor, entre verde y amarillento, que se advertía en las galerías, aunque más vivo, y llena de setas monstruosas.

La caverna de las setas

Al decir que aquellas setas eran monstruosas, no doy aún una idea exacta de su tamaño. Bajo las medianas podían estar de pie los tres, y las mayores eran tan altas como una casita de campo y llegaban casi al techo de la caverna. El suelo era duro, seco y completamente llano, y los enormes mangos de las setas parecían una selva de gigantescos bolos, que se extendiera en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. La rosada parte inferior de los sombreros de aquellos hongos, parecía un surtido de sombrillas de fantasía, abiertas sobre sus cabezas. Eran las setas, naturalmente, lo que producía aquel olor a queso que había observado Gorbo al asomarse a la pequeña puerta. (No se trataba exactamente de olor a queso, pero lo recordaba bastante).

Gorbo se mostró entonces, en cierto modo, como un snerg con recursos. Dijo, que, al fin y al cabo, las setas eran setas y constituían un excelente desayuno, y que harían muy bien en comer algo, ocurriese lo que ocurriese después. Esto animó extraordinariamente a Sylvia, que ayudó a recoger del suelo pies de hongo secos, de los que hicieron un montón. Gorbo sacó su pedernal y su eslabón del zurrón que llevaba —raramente solía salir sin su hatillo de instrumentos y otras cosas, como tampoco olvidaba el arco y las flechas—, y pronto hubieron encendido una buena lumbre (a los que objeten que los pies de seta no son combustibles, les diré que aquéllos lo eran). Con ayuda de su pala tan útil, Gorbo logró cocer una serie de apetitosos pies de seta, que elogiaron muchísimo.



Observaron que los hongos de menor tamaño eran los más sabrosos, y fue precisamente al buscar ejemplares de los que apenas alcanzaban la altura de una mesa para cocer algunos más, cuando hicieron un descubrimiento inesperado. Observaron que a algunas de las setas les faltaban grandes trozos semicirculares, arrancados a mordiscos. La boca que diera aquellos mordiscos

tendría palmo y medio como mínimo, y sus dientes debían ser fenomenales. Sobrecogidos de espanto, miraron los tres a su alrededor. Poco después oyeron como el pisar apagado de unos enormes pies y un ronroneo satisfecho, como de un gigantesco gato.

Gorbo se apresuró a empujar tras de sí a los dos niños y puso en el arco una flecha (los arcos de los snergs son más bien pequeños, pero sus flechas pueden atravesar, a poca distancia, una madera del grueso de dos pulgadas). Entonces, con gran espanto de los tres, apareció a su vista un animal al que sólo puedo describir diciendo que parecía una morsa de cuatro patas que anduviese apoyándose únicamente en las traseras. Le cubría un pelo luciente, color de enebro y sus ojos eran extremadamente movedizos. La boca de aquel monstruo era tal como la habían imaginado al descubrir los grandes mordiscos en las setas y tenía unos enormes y lacios bigotes. Cosa extraña: aquella bestia era un marsupial, es decir, poseía una bolsa en el vientre, pero ningún pequeñuelo asomaba por ella, como suele ocurrir con los canguros y otros didelfos. Su bolsa parecía estar llena de grandes trozos de seta, y andaba incorporado porque era aquél el único modo de llevarlos sin que se le cayesen. Avanzó con paso incierto y desmañado hasta uno de los hongos más corpulentos, acercó a él la nariz, lanzó un horrible ronquido para expresar su contento, le arrancó luego un gran trozo de un mordisco e inclinó cuidadosamente la cabeza, disponiéndose a guardarlo en su bolsa. En aquel momento, precisamente en ese momento, Sylvia dio un agudo chillido.

No iré yo a criticarla, pues tal vez, de encontrarme en aquel sitio, hubiera chillado también. Pero el efecto fue asombroso. El animal volvió suavemente la cabeza y se quedó mirándolos, con las patas delanteras en alto, como lleno de espanto y maravilla. Abrió la enorme boca, pero con expresión inofensiva, y de sus costados se deslizaron diversos trozos de seta. Luego, lanzando como un sollozo ensordecedor, el animal volvió la espalda y partió al trote de sus cuatro patas, esparciendo a su paso los trozos de seta que había metido en la bolsa.

El eco de los pasos precipitados y de los extraños sollozos se perdió por fin en la lejanía y reinó de nuevo el silencio. Gorbo volvió a guardarse la flecha en el carcaj, diciendo: «¡Valiente cobardón!» (expresión que había oído con frecuencia a los muchachos). Volvieron, pues, junto a la hoguera y comieron algo más, muy aliviados al descubrir que los habitantes de aquella extraña región, a juzgar por el que acababa de desaparecer, distaban mucho de ser feroces.

Joe era el que se sentía con mayores energías. Había descubierto como una especie de senda, más o menos recta, entre los hongos y dijo que sería buena idea seguirla. Así lo hicieron, avanzando hasta que se cansaron de ver los espesos y blanquecinos pies de seta, y un buen ratito más. ¿No es algo singular que la naturaleza se haya mostrado allí tan pródiga en setas, y que, en cambio, sean en Inglaterra tan raras, que los cansados maridos, a instancias de sus esposas, hayan de levantarse sin haber consagrado al sueño las horas suficientes, sólo por salir en busca de unos míseros ejemplares?

El sendero terminaba en la pared de roca viva: habían alcanzado el otro extremo de la caverna. Sylvia volvió a repetir su poesía, y el *fuera* correspondió a la izquierda, y así avanzaron en aquella dirección. Pero esta vez no tardaron en ver premiado su esfuerzo, pues descubrieron un banco de piedra, ante el cual había una mesa, de piedra también, ambos primorosamente esculpidos.

¿Qué significaban allí aquellos objetos? ¿Qué extraña raza olvidada se había aplicado a labrar en la dura roca un banco y una mesa, esculpiendo luego en ellos singulares figuras y alisándolos

cuidadosamente? Los tres contemplaron con atención los relieves: a lo que parecía, querían representar conejos incorporados. ¿Que significarían?

—Eso me anima mucho —observó Gorbo—. Me estoy dando cuenta de que no soy ya el mayor de los necios. Cuando pienso que hay quien se tomó la molestia de labrar ese banco y esa mesa tan complicados, esculpiendo en ellos conejitos, al parecer con el único objeto de comer setas en esta lúgubre cueva, abrigo aún cierta esperanza por lo que toca a mi inteligencia.

—Pero si no te tenemos por necio, Gorbo —dijo Sylvia melosamente.

—Ya lo sé, Sylvia —repuso Gorbo con un suspiro.

—Pero es que aún no me visteis en mis mejores bobadas.

—¡No lejos de aquí ha de haber forzosamente alguna salida! —exclamó Joe—, claro que no habrán puesto esa mesa al lado mismo de la entrada, ¿no os parece?

—Claro que no, Joe —dijo Gorbo—. A menos que los que lo hicieron fuesen aún más cortos que yo.

Joe había acertado: a muy escasa distancia de aquel lugar, encontraron una nueva galería. Era tan angosta como la que antes habían recorrido e igualmente lisa, pero con la diferencia de que subía en una suave pendiente. Fueron subiendo, subiendo, hasta cansarse de aquella interminable monotonía, y por fin tuvieron que sentarse pues Sylvia empezaba a sentirse muy fatigada.



Cuando emprendieron de nuevo la marcha, Gorbo tomó en brazos a Sylvia.

—Este maldito túnel es capaz de tener cinco millas —dijo, y empezó a andar con la niña en brazos, pero había dado apenas unos veinte pasos, cuando volvió a dejarla en el suelo.

—Nos están tomando el pelo constantemente —observó con amargura.

Habían llegado a un pequeño espacio llano como una especie de habitación. Partían de allí dos pasadizos, y a cada lado había un banco de piedra, primorosamente labrado, con un relieve que parecía la figura de un cerdo.

—Cerdos: ya lo veis —observó Gorbo—. Supongo que será su propio retrato.

Sylvia volvió a recitar la poesía, y tomaron el pasadizo de la derecha. Su trazado formaba grandes curvas y terminaba inesperadamente; pero esta vez, para gran alborozo de los tres

viajeros, iba a dar a una puertecilla con planchas de hierro oxidado, muy parecida a la que tuvieron la mala fortuna de descubrir bajo los árboles grises. Lanzaron un grito de júbilo, pues era evidente que su singular viaje tocaba a su fin (por lo menos en su etapa subterránea).

Gorbo empujó la puerta, pero permaneció cerrada. Redobló luego su energía, y tampoco se abrió. Apoyó entonces el hombro en ella y empujó con todas sus fuerzas, pero la puerta se obstinaba en no abrirse.

—¡He de salir con la mía! —gritó—. Afortunadamente, hay sitio sobrado para tomar impulso.

Y diciendo esto, emprendió la carrera desde bastante lejos y se lanzó contra la puerta con un terrible choque. Pero lo mismo hubiera podido lanzarse contra la catedral de Westminster. Se sentó, pues, en el suelo y contempló melancólicamente a los niños, que le correspondieron con una mirada de desaliento.

No les quedaba, al parecer, otro remedio que probar el pasadizo de la izquierda. Volvieron, pues, sobre sus pasos y lo siguieron en sus interminables vueltas y zigzags, hasta llegar a una pequeña estancia vacía, en cuyos muros había unos relieves que, según toda evidencia, querían representar cabras.

—Cabras, esta vez —dijo agriamente Gorbo—. ¡Vaya, vaya! A lo que parece, no soy yo quien se lleva la palma.

Se sentaron los tres en el suelo y les asaltaron amargos pensamientos, ya que la aventura empezaba a presentar muy mal cariz. Sylvia oprimía en sus brazos al cachorro, presa del mayor desaliento. Por fin, Gorbo se levantó y dijo que intentaría de nuevo abrir la puerta, aunque para ello hubiera de romperse el espinazo.

Examinó primero la puerta con suma atención. A la vaga fosforescencia verdacea que irradiaban las paredes, pudo ver enormes goznes y planchas de hierro: ciertamente, era una puerta en extremo maciza, dado su tamaño. Se agachó y aplicó el ojo a una rendija que se advertía a un lado de la puerta.

—¡Veo luz! —exclamó, muy excitado—. ¡Por fin podremos salir! Ved cómo esta vez me salgo con la mía.

Corrió desde una buena distancia y se lanzó contra la puerta con un choque terrible. Como el resultado fue nulo, repitió la hazaña otra vez y no ahorró un tercer intento. Se requiere un buen cúmulo de batacazos para lastimar a un snerg, pero, a pesar de todo, Sylvia temió que el buen Gorbo traspasara los límites de la prudencia.

—¡No lo hagas más, Gorbo! —exclamó—. Vas a lastimarte de verdad.

—Merecido lo tengo —dijo Gorbo—. Sí, me corresponde la palma. —Y tras estas palabras, volvió a sentarse y ocultó el rostro entre las manos.

—Tal vez... —empezó diciendo Sylvia.

Pero se detuvo y permaneció pensativa.

—Tal vez ¿qué? —preguntó Joe.

—Nada. Es sólo una idea que se me ocurre. Tal vez... Sí, voy a probarlo.

Se levantó y, acercándose a la puerta, empuñó una pieza de hierro labrado, algo más saliente que las demás. Luego tiró de ella con toda la fuerza de su manecita.

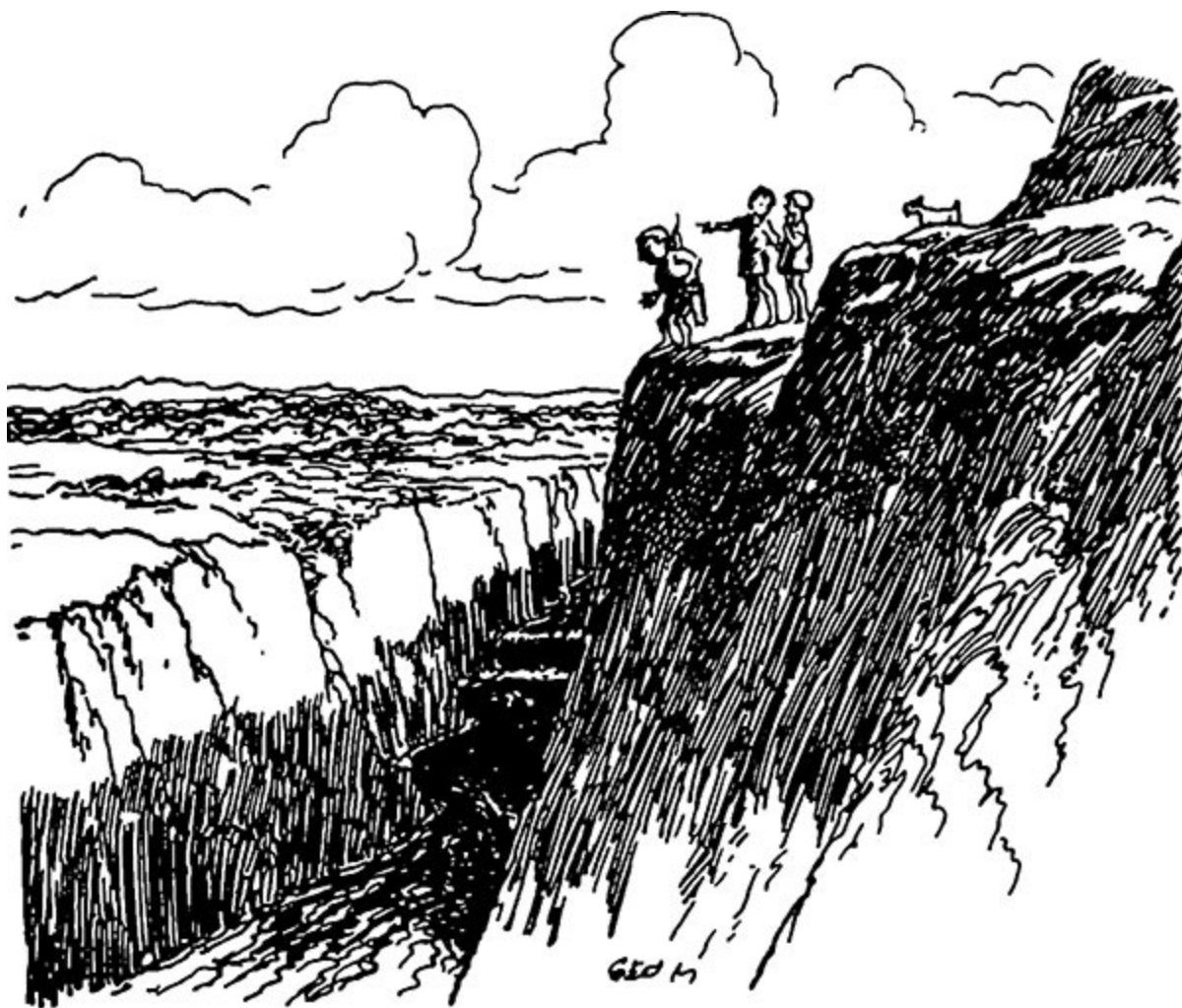
La puerta se abrió hacia dentro con gran suavidad, y un chorro de luz penetró en la estancia.

Gorbo levantó la vista y después empezó a darse golpes en la cabeza.

—No te preocupes —dijo Sylvia, acercándose a él y acariciándole el pelo con ternura—. ¡Pobrecito Gorbo!

La otra orilla del río

La primera mirada que lanzó Gorbo al salir a la tibia luz del sol, le dio a entender (según habrá deducido el lector al pasar la vista por el título que encabeza el presente capítulo) que estaban en la otra orilla del río.



Esto era una novedad mucho más importante para él que para Sylvia o Joe. Para los niños significaba el acceso a la luz, la liberación de aquellas tinieblas subterráneas y posiblemente el prelude de nuevas aventuras (y así fue, en realidad). Pero para Gorbo implicaba nuevas dificultades y peligros y el temor a lo desconocido. El río ancho y caudaloso, que corría allá en las profundidades, entre escarpadas orillas, había sido una eficaz barrera que separaba a los snergs de un país donde reinaba el horror, un país de terribles leyendas de dragones y otros feroces monstruos, de kelpos y gigantes y de un despiadado Rey que oprimía tiránicamente a su pueblo. No es, pues, de extrañar, que Gorbo lanzara una melancólica mirada hacia los verdes bosques de la

otra orilla y que deseara como nunca —sobre todo a causa de los niños— haber nacido menor duro de mollera.

—No resulta tan bonito en esta orilla —observó Sylvia contemplando el monótono panorama, en el que, aquí y allá, aparecían manchas de hierbajos y grupos de árboles cubiertos de espinas—. Pero da alegría haber salido de aquel sitio tan lúgubre.

—¡Ya lo creo si la da! —asintió Joe, muy contento, pues a su edad el presente se saborea con especial deleite—. Estoy contentísimo de que hayamos llegado aquí. Tal vez ahora nos ocurran verdaderas aventuras.

—Mucho me lo temo —dijo Gorbo.

Avanzaron un poco y, habiendo llegado a la cumbre de un altozano, vieron frente a ellos una torre circular, de piedra gris, a cosa de media milla de distancia. La rodeaba un alto muro y su aspecto era en extremo solitario y sombrío. Gorbo permaneció un buen rato contemplándola.

—Sí —dijo al fin—. Ésa es la torre del viejo Golithos. Lo veo en el exterior, haciendo algo en el muro. Lo reconozco por la barba.

—Siendo así —observó Joe con mucha lógica—, es preciso que nos larguemos. ¡Corramos, pues, Sylvia!

—No; no hay por qué correr —dijo Gorbo—; no existe ningún peligro. Golithos es ahora completamente inofensivo, pues se convirtió. Será mejor que vayamos a preguntarle el camino para pasar a la otra orilla. No tengas miedo, Sylvia, pues oí contar que ahora tiene un corazón muy bondadoso. Hay quien asegura que su bondad raya casi en la tontería.

Si bien no se sentían muy tranquilos (¿qué niño lo estaría ante la idea de visitar a un ogro?), les impresionó favorablemente la confianza de Gorbo, y, dándole la mano y llevando Joe al cachorrillo, avanzaron hacia la torre.

Golithos, el ogro

Un hombre gigantesco, de más de dos metros de estatura, trabajaba con un montón de mortero y algunas piedras enormes reparando un trozo de la muralla. Al acercarse los tres, volvió la cabeza y los vio; dio entonces varias palmadas para que se desprendiese el mortero de sus manos, se las frotó luego en el pelo y se quedó esperando a los recién llegados con una sonrisa amable, pero de hombre sin energía. Tenía un ancho rostro, cuya expresión era más bien estúpida, un pelo áspero y una barba poco poblada, que parecía hecha con trozos de manta económica de piel de chivo. Llevaba la raída indumentaria que suele atribuirse a los ogros en los cuentos. Pero es tal vez algo inadecuado llamarle ogro, pues, como había dicho Gorbo, se había convertido. Llevaba ya muchos años sin que un solo niño hubiese entrado en su boca y ahora se alimentaba de coles, hojas de nabo, pepinos, pequeñas manzanas ácidas y otros manjares ligeros.

—¡Ajajá! —dijo mientras subían hacia la torre—. Sed todos muy bienvenidos. Hace ya mucho tiempo que no recibo ninguna visita agradable. ¿Cómo está usted, mi doncellita? ¿Y usted, mi

hombrecito? ¿Y tú, mi querido snerg? Vamos a ver: ¿tenía ya el placer de conoceros? —Y diciendo esto, les estrechó muy cordialmente la mano.

—No creo que nos hubieses visto nunca —contestó Gorbo—. Verás —añadió delicadamente—: yo era aún muy chiquito cuando... cuando... es decir, cuando te mudaste de casa.

—Exactamente —dijo Golithos, poniéndose colorado—. Bueno. Entrad y considerad que estáis en vuestro propio hogar.

No hubo más remedio que entrar, si bien Gorbo no pretendía hacer visitas matinales, sino únicamente preguntar el camino para cruzar de nuevo el río. Cuando estuvieron dentro, Golithos cerró la pesada puerta, y dio una vuelta a la llave.

—Me pongo muy nervioso si dejas la puerta abierta —explicó—. Pero seguidme, y os prepararé comida. Debéis estar cansados y hambrientos, tras vuestro largo viaje, cualquiera que sea el país de donde vengáis.

—Mira —dijo Gorbo—: no quisiéramos darte mucha molestia. Lo único que nos interesa es saber el camino para cruzar el río.

—Cruzar el río —contestó Golithos, inclinándose y apoyando afablemente una mano en el hombro del snerg— es más fácil de lo que te imaginas. Mucho más. En realidad, creo que no exagero al afirmar que, por fácil que lo imagines, lo será más todavía.

—Pues lo celebro —dijo Gorbo.

—Naturalmente. Pero entrad y descansad como si estuvierais en vuestra propia casa.

—Muchas gracias; pero de momento, sólo me gustaría saber el camino.

—¿Qué camino? —preguntó Golithos, algo perplejo.

—Pues el que cruza el río.

—¡Oh, sí! Claro. ¿Qué es lo que estaba diciendo? Bueno, pues es facilísimo. Lo único que tendréis que hacer es... Pero cada cosa a su tiempo. Entrad y descansad como si estuvierais en vuestra propia casa.

Por una rampa muy inclinada los condujo hasta una puerta que se abría en la torre y entraron luego en una gran estancia circular que ocupaba todo el piso. Era bastante espaciosa, pero resultaba la habitación más incómoda que pueda imaginarse. A un lado había una enorme cama de madera y en el centro, una mesa y una silla, enormes y macizas también. Y aquello era todo el ajuar, como no contéis los objetos y trastos más variados que se veían por el suelo: trajes viejos, instrumentos de labranza y ollas, sartenes, sacos y barriles. Unos peldaños de madera conducían a una puerta que se abría en el techo, y en el suelo había otro escotillón, con un enorme anillo para levantarlo, que, al parecer, era la entrada de la bodega. La estancia tenía únicamente una ventana, con verdes cristales redondos, bastante opacos.

—Ésta es mi cocina-comedor —dijo Golithos con orgullo—, y también duermo aquí (lo que allí veis es mi cama), de modo que esto es además el dormitorio. Hacedme el favor de tomar asiento... es decir, que tome uno la silla y os sentáis en el suelo los demás. Pero, sea como sea, descansad como si estuvierais en vuestra propia casa.

—Muchas gracias —dijo Gorbo—. Pero ¿y el camino para cruzar el río?

—¿El río? —preguntó Golithos, como si no lo hubiese entendido bien.

—Sí, el río que hay aquí cerca. Quiero decir todo aquello tan mojado. Nos conviene cruzarlo

otra vez.

—Indudablemente. No habéis de preocuparos por eso pues es algo muy sencillo. Ya os indicaré el modo mas fácil de hacerlo. Pero primero ocupémonos de la cena.

Tomó una sartén y un cuchillo y bajó la rampa muy de prisa y desmañadamente.

—Oí decir que se ha vuelto muy lento de entendederas desde que mudó de vida —dijo Gorbo tras reflexionar un momento—, pero veo que está peor de lo que esperaba. Me entran ganas de contradecirle un poquito, cosa que no me suele ocurrir.

—Pero va a damos algo que comer —observó Joe.

—Sí, Joe. Pero no creo que resulte muy sustancioso. Desde que mudó de vida, come sólo cosas insulsas. Ahí viene.

Golithos entró como un moscardón gigantesco, chocando con todo, enredándose los pies con las cosas del suelo, dejando caer las verduras que llevaba y agachándose a recogerlas, con lo cual le caían algunas más.

—Voy a daros el alimento más nutritivo que existe —dijo, cortando lechuga y sonriendo inexpresivamente—. Siempre creí que nada hay tan rico como una buena lechuga fresca y la cebolla sin cocer, sobre todo si están bien saladitas.

Una cena con Golithos

Puso al momento una gran fuente en la mesa y tomó luego dos toneles vacíos, sobre los que colocó una tabla, improvisando así un asiento para los niños. Sylvia, en voz muy baja, indicó a Gorbo —quien había estado contemplando a su anfitrión con expresión de disgusto— que *Tigre* estaba enflaqueciendo otra vez.

—Oye, Golithos —dijo Gorbo—: ¿podrías darle a ese perrito algo que comer?

Golithos se rascó la cabeza.

—Veamos —contestó—. Supongo que no comerá ensalada.

—Naturalmente. Es un perro, no un saltamontes. ¿No tienes un poco de pan?

—Puede ser que guarde algunos pedazos en un saco, pero no se dónde. Ahora no como apenas pan, ¿sabéis? Considero que da mucho ardor a la sangre. Pero entretanto, comamos en buena paz. ¿Quieres la silla o prefieres quedarte en pie?

—Dame la silla, hazme el favor —dijo Gorbo, repantigándose. Y añadió—: Lo que haces, Golithos, es algo extraordinariamente delicado y cortés, pero a esos pequeños les convendrá algo más sustancioso que tu comida.

—No hay carne aquí —dijo apresuradamente Golithos—. No conviene.

—Bien. Pero vi una vaca ahí fuera. ¿Por qué no les das un poco de leche?

—¿Leche? Sí. Pero ¿crees tú que les sentará bien? Es una bebida algo fuerte.

Gorbo dio una enérgica palmada en la mesa.

—Ya estás saliendo al trote y me ordeñas inmediatamente esa vieja vaca —ordenó a grandes

voces—. Esos niños necesitan leche. No pueden vivir sólo con saliva y lechuga.

Golithos pareció terriblemente acobardado.

—Sí, ya voy, ya voy —dijo—. No te enfades.

Y salió desmañadamente rampa abajo.

—Me costó lo mío hacerle salir —dijo Gorbo—. Antaño fue un malvado, un viejo bribón, pero entonces era mucho más listo... y aun diré que resultaba un tipo algo interesante, si no se muestra uno muy riguroso. Pero creo que ese régimen vegetariano le ha debilitado el cerebro.

Gorbo sentía muy intensamente su responsabilidad en aquel asunto, pues se decía que si no hubiera nacido necio, no habría metido a los niños en aquel enredo, y su temperamento bonachón parecía haber cambiado de súbito con respecto al gigante. Al cabo de un minuto, saltó de la enorme silla, corrió hasta la ventana y asomó la cabeza.

—¡Golithos! —gritó con voz imperativa—. ¿Qué esperas?

Golithos apareció, muy confuso, con un jarro de leche en la mano.

—¿He de ponerle agua? —preguntó.

—Dámela —ordenó Gorbo, tomando el jarro. Lanzó una mirada a la desordenada mesa y descubrió dos tazones de barro.

—Lávalos —dijo, entregándolos a Golithos por encima del hombro—. ¡No te digo yo! Están que dan asco.

Por lo menos la leche estaba rica y caliente y los niños se sintieron con ella muy reconfortados. Dieron un pequeño bol a *Tigre*, que la relamió sin dejar una gota, y se durmió luego sobre un saco. Todos atacaron entonces la ensalada, y entretanto Golithos permanecía de pie junto a la mesa, instándoles a que se sirvieran más cada vez que se interrumpían. Gorbo tomó su porción con evidente desgana y a veces contemplaba despectivamente el bocado que iba a tragar (he de precisar que comían con los dedos, pues aquel desagradable ajuar carecía de tenedores). Al cabo de un rato, inició el diálogo, como corresponde a las personas bien educadas.



—¿Te va bien por aquí, Golithos? —preguntó.

—Muy bien; gracias. ¡Oh, sí! Claro que es un sitio muy solitario, pues la gente parece que me evita. Pero me queda así mucho tiempo para pensar en mis culpas pasadas.

—¡Ah! Mucho deben de ocuparte. ¿Y gozas de buena salud, Golithos?

—¡Psé! Me voy defendiendo. A veces me molesta algo el estómago.

—¿Sólo a veces? Es raro. ¿Y duermes bien, Golithos?

—Bastante bien; gracias. De vez en cuando tengo alguna pesadilla.

—Es natural... ¿Y no nos das más comida que ésa, Golithos?

—Mucho me temo que no me queda nada más... ¡Oh! ¡Sí! Podré daros aún un pepinillo crudo.

—Guárdatelo, Golithos. —Gorbo estiró brazos y piernas, dio un bostezo y se volvió hacia los niños—. Bueno, Sylvia: ¿qué te parece esta guarida?

Sylvia lanzó una mirada al rostro inexpresivo de quien fue antaño devorador de niños, y sintió lástima.

—¡Oh! Es muy agradable contestó, aunque me temo que no lo dijo muy sinceramente—. ¿Verdad, Joe?

—Mucho —dijo Joe.

Y luego, poniendo las manos junto a la boca, escupió un poquitín, pues sus maneras dejaban mucho que desear. Su anfitrión parecía estar muy avergonzado.

—Imaginaos lo bien que debe de estarse aquí en un día de lluvia —siguió diciendo Gorbo—. Y oye, Golithos, ¿cómo va este país?

—No sé gran cosa acerca de él, porque apenas salgo, pero oí decir que andan muy mal las

cosas. No muy lejos, ¿sabéis?, hay los dominios del Rey Kiul, que tiene un genio muy desagradable.

—Sí; ya oí hablar de él. ¿Y qué es lo que hace?

—Pues persigue a la gente. Es un verdadero excéntrico. Y según me contaron se trata de una gente que merece ser perseguida. Pero no sé gran cosa de ellos, porque apenas los veo. Y cuando se acercan, me encierro en casa, hasta que se han marchado. La Tía Meldrum me visita alguna vez y me cuenta lo que pasa.

—¿Quién es la Tía Meldrum?

—Pues una bruja; eso es lo que es. Dice que las cosas no irán bien hasta que no destronen al Rey Kiul, y siempre está intentando convencerme para que me encargue yo de esa tarea. Pero, sea por lo que fuere, no me siento muy dispuesto a los ejercicios violentos desde que mudé de vida.

—Vas perdiendo tus ímpetus, Golithos. Pero ¿por qué no intenta otro echar a ese Rey?

—Será porque tendrán miedo. Es muy arriesgado, ¿sabéis? La Tía Meldrum dice que tres cuartas partes de su castillo son mazmorras, y que hace trabajar continuamente a seis verdugos, salvo los sábados por la tarde y los domingos.

—Es tal como me lo contaron —dijo Gorbo, lanzando una ansiosa mirada a Sylvia y a Joe, que bebían las palabras de Golithos—. Pero ánimo, Sylvia; pronto saldremos de este país. Y ahora, Golithos ¿nos dirás lo del camino para cruzar el río?

Golithos da explicaciones

El gigante cogió del brazo a Gorbo y lo llevó hasta la ventana.

—¿Ves aquel árbol? —preguntó, señalando un corpulento pino que se alzaba a lo lejos.

—Sí, Golithos.

—Pues bien: ese árbol está muy cerca del río, y te lo señalé porque sería inútil que intentaseis cruzar el río por aquel sitio. Y, en realidad, también lo sería intentar cruzarlo por cualquier otra parte, ¿me entiendes?

—No, no te entiendo. Yo podría también decirte cincuenta modos distintos de *no cruzar* el río. ¡Despierta un poco, Golithos!

—Me estás poniendo nervioso. Si sigues así, se me irán de la cabeza todas las ideas. La cosa ¿sabes? consiste en que *no se cruza* el río. Pero, ello no obstante, resulta sencillísimo llegar a la otra orilla, si sabe uno el modo. ¿Me entiendes ahora?

—Siempre me tuve yo por necio de nacimiento, Golithos, pero, desde que te encontré, me siento muy orgulloso de mí mismo.

—No me hables así, por favor, que me pones malo. Escucha bien: lo que tenéis que hacer es pasar *por debajo* del río. Encontraréis una puertecilla...

—Ya esperaba eso. Has tardado mucho en decirlo, Golithos. Lo cierto es que ya vinimos aquí siguiendo el camino que dices, pero la pequeña puerta se cerró herméticamente en cuanto

cruzamos el umbral. Y hay otra puerta allende el río. ¿Cómo las abriremos?

—La cosa es muy fácil, pero en este momento no recuerdo muy bien cómo se hace... ¡No te enojés, por favor! No es nada complicado; se trata sólo de unos pequeños encantamientos sin importancia: trazáis un círculo en el suelo y lo dividís en seis partes... o tal vez en dieciséis, no recuerdo bien. Y luego traéis unas pocas cosillas encantadas... treinta y ocho en total, según creo. Recuerdo que una de ellas es la uña del pie del séptimo hijo de un padre que sea a su vez el séptimo de los hermanos, nacidos ambos en viernes. Y luego recitáis la fórmula de un libro... ¡Oh! Si sigues mirándome de ese modo, me pondrás tan nervioso que olvidaré lo demás.

—Oye, Golithos —dijo Gorbo—, ¿crees que la Tía Meldrum es más lista que tú?

—¡Oh, sí! Mucho más. Ella sabe el modo de abrir la puerta.

—¿Sí? Pues ¿dónde podríamos encontrarla?

—Es posible que llegue de un momento a otro. Suele visitarme, ¿sabéis?, porque la divierto (por lo menos así lo dice ella), y si os quedáis uno o dos días más, no hay duda que os encontrará aquí. Puedo ofreceros una hermosa habitación en el piso de arriba. Amontonaré a un lado los nabos y os daré paja limpia para dormir. De buena gana cedería mi cama a los pequeños, pero me temo que el jergón esté algo duro: creo que algunos adobes habrán ido a parar dentro. Todos los años, en noviembre, suelo rehacer el jergón y el año pasado en aquella época hacía yo ciertos remiendos en la torre, y como en la tela del jergón hay agujeros...

—No te apures, Golithos, aceptaremos tu habitación del piso alto. Ya puedes, pues, ir a quitar los nabos.

La estancia de arriba

La estancia de arriba era mucho peor que la de la planta baja, y ya es decir bastante. Sólo había en ella nabos y sacos de cemento, que Golithos retiró desmañadamente a un lado, mientras Gorbo, sentado en el alféizar, le estaba contemplando.

—¡Bueno! —dijo Golithos—. ¡Ahí tenéis una buena cama!

Gorbo se limitó a lanzar un gruñido sin decir nada, y durante un buen rato reinó el silencio.

—Son unos niños encantadores —observó Golithos, procurando mostrarse amable e interesante.

—Sí —dijo secamente Gorbo.

—Llevaba muchísimo tiempo sin ver a ninguno. En mis malos días de antaño veía a muchos, como tú sabes, pero, después de cambiar de vida, creí mejor permanecer alejado de ellos una buena temporada.

—Excelente idea.

—Lo fue, ¿verdad? Pero, como te decía, esos que van contigo son monísimos, sobre todo la chiquilla. En los malos tiempos de antaño, ¿sabes? —prosiguió animadamente—, corría entre nosotros un proverbio: «Cabello claro, carne tierna»... pero supongo que esto no debe de



—Ni poco ni mucho.

—Naturalmente. Pero te aseguro que esos pequeñines me gustan un horror. La niña es preciosa, y ambos están muy bien formados. No es que estén gordos precisamente. Mejor diría

desarrollados, llenitos, ¿me entiendes?

Gorbo abandonó el alféizar y empezó a bajar con toda calma por la escalera de cuerda.

—Limpia bien ese cuarto —ordenó al marcharse.

Dócilmente, Golithos siguió llevando cosas de acá para allá, y canturreaba, mientras, una tonadilla en que se hablaba de una rosa enamorada y de la mariposa de sus ensueños, que desapareció un día para siempre.

Las dudas de Gorbo

Al llegar a este punto de nuestra historia, el discreto lector se dirá tal vez que en el carácter de Gorbo se había producido un cambio. El sentimiento de la responsabilidad, mezclado con el arrepentimiento, había descubierto en él insospechadas cualidades y, si bien hasta cierto punto, iba perdiendo su natural inclinación a hacerse agradable a la gente con su lenguaje conciliador y su espíritu servicial, ganaba, por otra parte, facilidad para las decisiones rápidas, desenvoltura verbal y en capacidad para el monólogo, que en el teatro se suele representar por los «apartes».

Encontró a los dos niños en el banal de las coles, intentando divertirse con *Tigre*, pero apenas sin lograrlo, pues empezaban ya a cansarse de aquel sitio tan lúgubre. Sus alrededores eran horribles: sólo había ortigas vulgarísimas, hierbajos y piedras, y un alto muro (por el que paseaban legiones de caracoles) que lo tapaba todo, salvo el cielo. Sylvia tomó entonces el cachorro para enseñárselo a la vaca, que era lo único simpático que había allí y vivía en un maltrecho cobertizo, no lejos del huerto. Gorbo, pues, pudo hablar a solas con Joe.

—Joe —dijo—, no querría darle miedo a Sylvia, pero tú eres un hombre como yo. Me parece que no es éste sitio a propósito para permanecer en él mucho tiempo. En primer lugar, nos aburriríamos tanto que nos pondríamos neurasténicos, y luego he de confesarte que empiezo a tener mis dudas acerca del viejo Golithos.

—¡Cáspita! —exclamó Joe, sorprendido de verdad.

—Sí, empiezo a temer que no está tan convertido como parece. Naturalmente, a lo mejor son sólo imaginaciones mías, pero no quiero exponerme a ningún riesgo, de modo que tú y Sylvia no os habéis de alejar de mí. Hemos de permanecer aquí un poquito más, pues está claro que el gigante nunca sabrá explicarnos cómo se abren aquellas puertecitas. Es posible que de un momento a otro llegue la vieja bruja, y obtendré de ella el secreto. Le daré mi vaso de cuerno para que me lo diga; es la única cosa de valor que traigo, y como tiene los bordes de plata, tal vez lo aceptará. Pero si no le basta, me temo que Sylvia tendrá que ofrecerle su collar de coral. Ignoro qué honorarios cobran las brujas, pero casi aseguraría que las dos cosas juntas serán más que suficientes.

—Pero ¿no será muy peligroso permanecer aquí? —preguntó Joe, pues aquello se estaba convirtiendo en una aventura mucho más apasionante de lo que hubiera deseado.

—No mucho, porque no os perderé nunca de vista y llevo siempre el arco bajo el brazo.

Naturalmente, estaríamos completamente tranquilos si le atravesase con una flecha su vieja y peluda garganta, pero no me apetece hacerlo mientras no se hayan confirmado mis sospechas. No te apures, Joe. Y, sobre todo, no se lo cuentes a Sylvia.



Pasó aquel día. Su cena fue frugal: unas ronchas de nabo crudo y la leche que sobró del banquete del mediodía. Le dieron una tercera parte de aquella leche a *Tigre*, para ablandar con ella unos mendrugos muy secos que Golithos encontró. Pero *Tigre* no se apuró mucho, pues le interesaba la cantidad más que la calidad, y en su pequeño abdomen aparecieron de nuevo curvas muy marcadas.

La tentación de Golithos

Pasó la noche sin sorpresas. Los dos niños durmieron como ángeles en su lecho de paja; Gorbo se había acostado sobre la trampa del suelo, de modo que se sintieron bastante seguros. Pero al llegar la mañana, se observó más de un indicio de que se acercaban serios motivos de inquietud, como los que en otros tiempos ocasionara Golithos.

El gigante tomó del brazo a Gorbo y se lo llevó aparte.

—En atención a mí —le dijo—, ¿procurarás que esos pequeñines no se aparten nunca de tu lado?

—Claro que voy a procurarlo —contestó Gorbo apartándose de Golithos—, pero no será precisamente en atención a ti. ¿Qué juegucito es ése?

—Ningún juegucito. Se trata de algo más serio. Tengo un miedo terrible, ¿sabes?, de que pueda volver a las andadas. La visión de esos pequeñines tan entraditos en carnes es una tentación grandísima para mí, y necesito que me ayudes a vencerla. No quiero que te vayas precisamente, pues si se desvanece la tentación, no tendré ya el mérito de haberla vencido... y confío y espero que lo lograré. Anoche, ¿sabes?, me acometió el deseo de echarles un vistazo mientras dormían,

pero no pude levantar la trampa. Parecía haber encima algo pesado.

—Lo había —dijo Gorbo.



—Me lo temí. Y luego, ¿sabes?, volví a bajar y me senté y me quedé pensando en ellos y, al cabo de un rato, sin darme cuenta ya estaba afilando un cuchillo. Me dio un vuelco el corazón. Has de prometerme que me ayudarás a resistir esas tentaciones.

—¡Oh, ya lo creo! —contestó Gorbo.

Gritó a Sylvia y a Joe que bajasen, llevando consigo a *Tigre* y luego bajó con ellos la rampa encaminándose hacia la puerta exterior.

—Ven a abrir esa puerta, Golithos —le ordenó.

—¡Oh! Supongo que no os habrán entrado ganas de dejarme —exclamó Golithos—. Tendré un verdadero disgusto si me plantáis así.

Gorbo sacó una flecha de su carcaj y la ajustó al arco.

—Más disgusto vas a tener —dijo— si no se abre esa puerta; pues, antes que haya contado hasta diez, se habrán hundido tres flechitas en tu cabeza de bobo.

Golithos corrió hacia la puerta y la abrió antes que Gorbo hubiese contado hasta seis. Al pasar junto a él los niños, con un encogimiento involuntario, se inclinó hacia a ellos el gigante y les tendió la mano.

—Adiós, pequeños —dijo—. ¿No queréis estrechar la mano a un viejo convertido? ¡Oh! Es una acción fea de verdad.

Gorbo volvió a ajustar la flecha al arco y permaneció un momento contemplándole.

—No dejes los berros —le dijo con sarcasmo—. Berros y agua pura. Y una roncha de remolacha para Navidad. Ése ha de ser tu régimen.

—Me ofendes —dijo Golithos irguiéndose cuanto le permitía su talla (de más de dos metros). Y al decir estas palabras, no dejaba de haber cierta dignidad en su entonación.

—¡Hala! ¡Adentro! —le gritó Gorbo, volviendo a ajustar la flecha—. No estoy muy seguro de que no te...

Pero Golithos había vuelto a entrar a toda prisa. Cerró con estrépito la puerta y le dio vuelta a la llave. Los tres siguieron un sendero empedrado que conducía a un montículo. Miraron hacia atrás y vieron a Golithos que asomaba la cabeza por encima del muro. A lo que podían juzgar desde aquella distancia, una ávida mirada centelleaba en sus ojos.

Allende la torre

Cuando hubieron llegado al otro lado del montículo y desapareció de su vista la torre, Gorbo se detuvo para quitarse el gorrito y tirarse un poco de los pelos. Luego besó a ambos niños, lleno de arrepentimiento, y los niños le dieron cuantas expresiones de consuelo se les ocurrieron en aquel instante.

—La cuestión inmediata —dijo luego Gorbo, levantándose— es la cuestión de lo que debemos hacer inmediatamente. Si yo supiera dónde vive la vieja Tía Meldrum, iríamos allí en seguida. Pero lo ignoro, y sería inútil volverse atrás para preguntárselo a Golithos, pues le quité el escaso juicio que le quedaba.

—Tal vez encontremos a alguien, si seguimos andando —sugirió Sylvia—, y podremos preguntarle dónde vive la vieja.

—Sí, adelante —dijo Joe—. Me gustaría encontrar a una bruja. Hemos tenido una aventura espléndida, y tal vez nos aguarde otra. ¡Imagínate, Sylvia! Somos los dos únicos niños del mundo que han estado en el castillo de un ogro... quiero decir los dos únicos que han logrado salir de él. ¡Qué envidia van a tener los demás chicos de la Colonia!

—Sí, Joe; pero preferiría volver con ellos. Lo que nos pasa se está pareciendo demasiado a los cuentos de Nora.

Siguieron andando, andando, por una llanura en la que había de vez en cuando grupos de árboles, pero sin otra cosa de interés, hasta llegar a una especie de carretera, por la que siguieron avanzando durante un par de horas. De pronto, vieron llegar a un jinete por el llano. Lo raro era que tanto el caballero como su montura resplandecían maravillosamente a la luz del sol.

Los tres se detuvieron a contemplarle, llenos de asombro.

—¡Es un caballero andante! —exclamó Joe—. ¡Mira, Sylvia: mira su armadura resplandeciente y su larguísima lanza! Juraría que se trata de un arma ligera y muy afilada. (En la poesía *No temo a mi enemigo*, que solía cantar la señorita Watkyns en los conciertos de los sábados por la tarde, se hablaba de una lanza «ligera y afilada»).

—Y confío que tendrá el corazón puro —añadió Sylvia, con cierta ansiedad. (La señorita Folijambe solía recitar el poema de *Sir Galahad*, el del «corazón puro»).

Gorbo no dijo nada, pero tiró de la cuerda del arco, para comprobar que respondía bien.

El caballero andante

El hombre detuvo su caballo, al llegar a cierta distancia de los tres viajeros, y se quedó esperándolos. Ambos niños se sintieron bastante descorazonados cuando estuvieron cerca de él, pues no se adaptaba del todo a la pintura de los caballeros andantes que habían leído en los libros. Es cierto que lucía una resplandeciente armadura y empuñaba una lanza más larga que una pica de barquero, pero a todas luces su cota de malla no se había hecho a su medida. Traía atada la coraza por detrás, con una especie de cordones de zapato, pero no cerraba bien e iba dejando al descubierto la ropa. Sus grebas, o sea las piezas de la armadura con que se cubría las piernas le hubieran sentado bien a un hombre más corpulento y al moverse el caballero, resultaban en exceso sonoras. Tampoco el yelmo correspondía a su cabeza y vacilaba constantemente. Su penacho, aunque no era feo, había de ser algo menor para producir un buen efecto. El caballo era corpulento, blanco y peludo y llevaba en su frente como una especie de salsera acabada en punta.

Al llegar los viajeros junto a él, levantó la visera de su yelmo y les contempló con una mirada algo altiva. Por lo que alcanzaban a ver de su rostro, tenía los ojos pequeños y una larga nariz, y era bastante mofletudo.

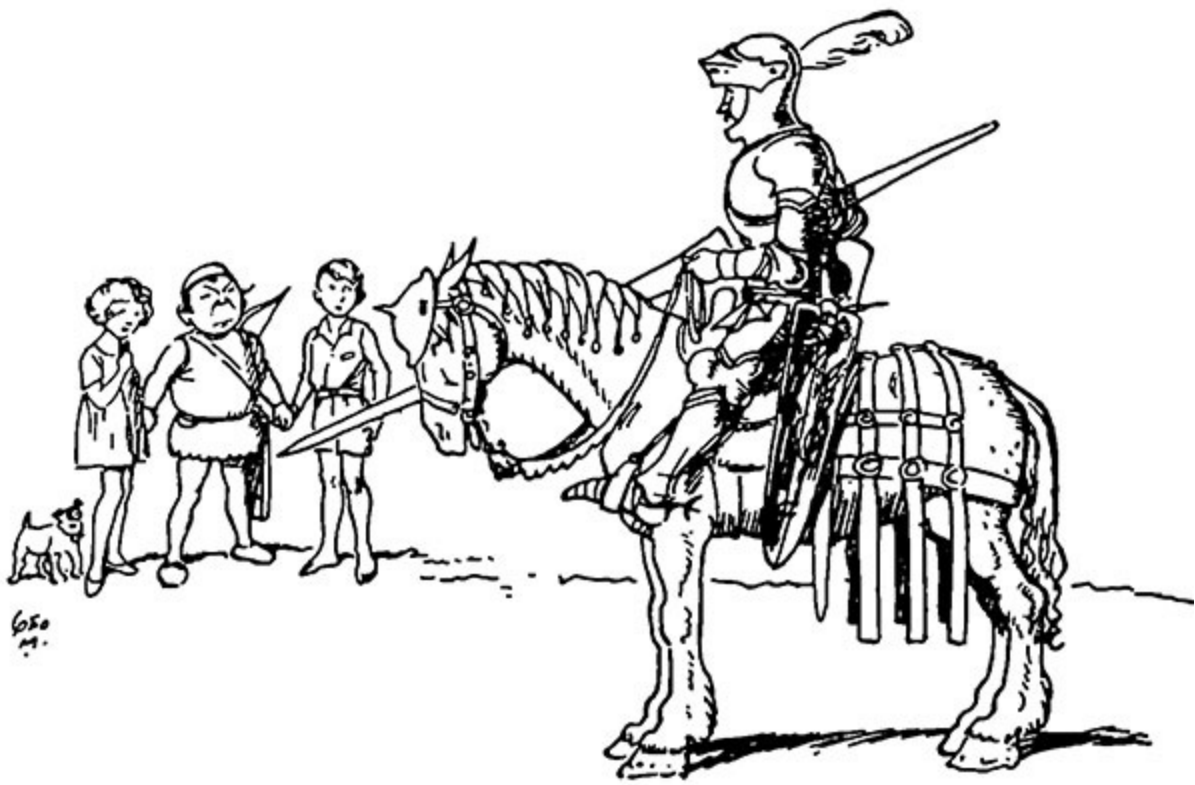
—¿Quiénes sois? —les preguntó con empaque—. ¿Y de dónde venís...? —pero su voz se quebró de pronto pues le había caído la visera al modo de una trampa y bregaba para levantarla otra vez. Por fin logró dejar de nuevo su boca al descubierto—. Como iba diciendo —prosiguió—: ¿de dónde venís inesperadamente por las rutas del Rey, dos niños y un enano?

—¿A quién llamas enano? —dijo agriamente Gorbo—. Lo serás tú, en todo caso.

El caballero le lanzó por toda respuesta una larga mirada despectiva, que hubiera durado aún mucho más, de no habersele caído de nuevo la visera.

—¡Ah! ¿Tienes mal genio? —dijo secamente el caballero cuando pudo levantar la visera otra vez—. Bueno, no le haremos caso... Decidme: ¿sabéis de algún entuerto que deba deshacerse? Pues quien os habla es *Sir Percival*, que juró defender a las doncellas, dar muerte a los gigantes, a los crueles y malvados, rescatar a... —pero se interrumpió de nuevo para levantar la visera del yelmo—. Como iba diciendo, juré rescatar a los oprimidos, deshacer entuertos y... en una palabra, enderezar cuantas cosas no anden como debieran.

—Mostráis con ello una extrema delicadeza —dijo Gorbo—. Siendo así, tal vez tendríais la bondad de decirnos qué camino hemos de tomar para dirigirnos a la casa de la bruja...



—¿Qué bruja? —le interrumpió *Sir Percival*.

—La Tía Meldrum. Si tuvierais la amabilidad...

—¡Ah! Se la tiene por una bruja peligrosa. Vive en los Bosques Negros donde revolotean grandes murciélagos negros, sin más compañía que sus grandes gatos negros y en las noches de luna recoge hierbas para preparar brebajes malolientes con los que perjudicar a las gentes honradas. Lo que significa que no iré allí con vosotros.

—¿Quién os pidió que vinierais? —dijo *Gorbo*—. Lo que quiero es sólo saber el camino.

—Siendo así, podéis seguirme, pues voy precisamente a un sitio que está a una o dos millas de distancia de los Bosques Negros. Y si por el camino alguien intenta molestaros, allí estaré yo para salir en vuestra defensa.

—Será magnífico —dijo *Gorbo*—. Mil gracias. Pero ¿y esos niños? ¿No podríais dejarles sitio en la montura, uno delante y otro detrás?

—¡Hum! —El caballero permaneció un buen rato pensativo—. Mucho me gustaría complaceros y con más razón habiendo jurado hacer buenas obras, pero ¿creéis que no haré un poco el ridículo?

—En absoluto —dijo *Gorbo*—. En realidad, estaréis hecho un encanto. Ven, *Sylvia*, que te ayudaré a montar.

Antes de que *Sir Percival* pudiera formular nuevas objeciones, se encontró con que ya habían levantado a *Sylvia* y colocado delante de él. La silla era ancha y mullida, de modo que quedaba un asiento muy cómodo para la niña.

—Agárrate a esa correa —dijo *Gorbo*— y andarás segura. Ahora te toca a ti, *Joe*.

Joe, como buen muchacho de circo, tomó impulso y se plantó de un salto en la grupa del caballo, donde se sentó a su gusto.

—¿No os parece —dijo algo molesto *Sir Percival* que os estáis tomando excesivas libertades?

—¿Decíais...? —contestó Gorbo, que estaba en aquel momento improvisando para Sylvia unos estribos con correas sobrantes de la silla.

—Decía: ¿no os estaréis tomando excesivas libertades?

—En absoluto. ¿Vas cómoda, Sylvia?

—Sí, es perfecto —contestó la niña.

—¿Y tú, Joe?

—Como en la misma gloria. Eso sí que es toda una aventura.

—Supongo que no os molestará... —preguntó Gorbo cortésmente.

—¡Oh, no! —contestó *Sir Percival* con amarga ironía, pues no podía empuñar la lanza como era debido y para alcanzar las riendas había de rodear a Sylvia con los brazos—. ¿Cómo podría incomodarnos una bagatela así? —Pero se le volvió a caer la visera y el caballero echó rayos y centellas, si bien la armadura le apagaba bastante la voz. Por fin, la niña logró fijar diestramente un bastoncillo entre la visera y el yelmo.

¡Ajajá! —exclamó, dándole una palmada en su mejilla cubierta de acero—. Ahora se sostendrá como debe. Pero lo que os conviene es una buena cadenilla. —Con el infalible instinto de la niñez, Sylvia había descubierto no sólo que *Sir Percival* poseía un corazón puro, sino que estaba, además, algo chalado.

Esta delicadeza de la niña calmó la tal vez excusable irritación del caballero andante, que le correspondió con una sonrisa.

—Si llegaren enemigos —le explicó ella—, sólo tendréis que quitar esa ramilla, y ya estaréis dispuesto para el combate.

Al oír esta palabra, *Sir Percival* se animó.

—Si algún villano te maltratase, ¡oh doncellita del pelo de oro! —dijo con orgullo—, te mostraré cuán insigne paladín es *Sir Percival* en el manejo de las armas. Al oír mi nombre, los malvados tiemblan de pies a cabeza.

—Eso sí que no lo creo —dijo Sylvia, echándose a reír.

La chiquilla estaba probando con aquel formidable caballero los mismos procedimientos que habían inducido a Joe a flagrantes locuras y desobediencias, a las que se debía la situación en que se hallaban los niños. Era una locuela incorregible.

—¿Podríais encontrar sitio para ese cachorro? —dijo Gorbo, levantando a *Tigre*.

—No —contestó *Sir Percival* con inquebrantable decisión—. No admito cachorros.

Soltó luego las riendas, y el enorme caballo blanco emprendió la marcha a buen paso.

La empresa de *Sir Percival*

Sir Percival parecía haberse resignado ya a su posición incómoda y (he de confesarlo) a la grotesca apariencia que le daba el llevar a un niño delante y a otro detrás en la silla, y se le veía muy dispuesto a contarles cosas. Dijo que había salido en busca de aventuras porque se había

enamorado de una dama, quien le aseguró que si iba a correr mundo, a guisa de caballero andante, por espacio de un año y vencía a un número prudencial de caballeros y malvados, y mataba además a algunos dragones u otros monstruos, le dirigiría unas palabras, si bien no le indicó precisamente lo que le diría. Hasta aquel momento, a nadie había podido vencer, ya que no encontró a quien quisiera aceptar combate; y en cuanto a los dragones, estaba seguro de que habían abandonado el país. Cierta molinero le aseguró que sabía dónde había uno, pero resultó que aquel mentecato se refería a su propia mujer, que solía salir en su busca hecha una furia, y, al parecer, con sobrada razón. Pero *Sir Percival* abrigaba ahora grandes esperanzas, pues se dirigía a un castillo que sería seguramente muy prometedor —aunque ignoraba quién era su dueño—, pues en un castillo hay siempre caballeros, y los caballeros suelen desvivirse por los combates. Esto llenó de júbilo a Gorbo, quien se dijo que en un castillo siempre habría algo que comer, y los niños se entusiasmaron cuando les comunicó su esperanza, pues el sol estaba ya muy alto y no habían probado bocado desde los nabos de la cena.

Al poco rato llegaron a una región de hermosos bosques, y el cambio resultaba muy agradable después de la árida llanura. Habían divisado, asomándose entre las cimas de los árboles, unas torres almenadas, y algo después se detenían junto a la muralla de un pequeño castillo, de limpio y cómodo aspecto, en torno al cual no se levantaba ningún otro edificio. Nadie parecía haber allí, ni en el interior ni afuera, y se respiraba un aire apacible, una calma llena de sol. Colgado a la puerta exterior, había un gran cuerno de caza, como el de la Torre Sombría a la que fue a parar Childe Roland.

El castillo misterioso

—Voy a hacer sonar ese cuerno —dijo *Sir Percival* a Gorbo—. Y si quieres hacerme el favor de simular que eres mi escudero, te lo agradeceré en el alma.

—Sí, lo seré desde ahora —dijo Gorbo, entusiasmado. Ayudó a apearse a Sylvia, para que no se encontrara en medio si sobrevenía súbitamente una refriega—. Les diré... (bájate ya, Joe)... les diré que presentáis combate a seis adversarios a la vez...

—Por favor, no te precipites —le interrumpió el caballero—. Lo que has de hacer es decirles que soy el famoso *Sir Percival*, etcétera, etcétera. O sea, darles idea de que soy el terror de los caballeros, que no conozco el miedo, y todo lo demás. En realidad, no me propongo ofender a nadie, si ello puede evitarse; y si algún caballero prefiere darse por vencido sin lucha, sea así enhorabuena y evítese de este modo el inútil derramamiento de sangre. ¿Me entiendes?

—Sí. Lo que conviene es hablar con cierta energía. Y ahora haced sonar el cuerno, y que se oiga bien.

Sir Percival sopló, aplicando los labios al extremo delgado del cuerno, y del otro extremo salió una nota larga y melancólica. Hubo un buen rato de silencio, y al fin oyeron acercarse a la puerta unos pasos apagados.

—No hay nada por hoy; muchas gracias —dijo desde dentro una voz cascada y trémula.

—¡Abre, villano! —gritó airadamente *Sir Percival*—. ¿Qué descortesía es ésa: hacer que aguarde a tu puerta un campeón? Abre, te digo, o creeré que los caballeros del castillo temen mi presencia.

—¡Dios os guarde, señor! —contestó la voz trémula—. Pero aquí no hay ningún caballero, ni uno solo, y únicamente estamos doña Margarita y yo, cuidando del castillo durante la ausencia de la familia, que salió a visitar a unos primos. Y bastante nos hubiera gustado que se nos llevaran, pues un cambio de aires nos sentaría muy bien, ya que llevamos tanto tiempo en este castillo que nos fastidia su forma, y nada digamos de la maldita humedad que se ha metido en los huesos de la pobre doña Margarita, hasta el punto de que ha de andar siempre encorvada...

—¡Oídmeme! —interrumpió Gorbo, aplicando la boca al ojo de la cerradura y haciendo bocina con las manos—. Aquí está el valeroso *Sir Percival*, quien ha dado muerte a tantos caballeros que ya perdió la cuenta, y eso sin hablar de dragones y otros monstruos. Y yo soy su bizarro escudero Gorbo, famoso por su hambre canina. Y van con nosotros dos niños y un cachorro, que llevan también gran apetito, y se trata de saber si te portarás como es debido, dándonos de comer, o nos obligarás a reducir este castillo a un montón de escombros.

—No os enojéis, buen escudero —contestó la voz—. Abriré la puerta y os franquearé la entrada, pues ordenó mi dueño que diese comida y bebida a los viajeros que lo necesitasen, sobre todo a los que pudiesen perjudicar su fortaleza si se les negaba esa merced.

Se abrió la puerta, y, con gran sorpresa de los recién llegados, apareció ante ellos, no un viejo y encorvado sirviente, sino un vivaracho doncel, ataviado con el luciente y fantástico traje de los bufones, con una pierna de las calzas roja y la otra amarilla, y que, a juzgar por su inmoderada risa, se divertía de lo lindo.

—¡Ah, ah! —gritó alegremente, dando un salto y pegándole a *Sir Percival* en la nariz con una vejiga que llevaba atada al extremo de un bastón—. ¿No te engañé, cara de calabaza? Tienes aún la boca abierta y los ojos llenos de asombro, de modo que te pareces bastante (salvando las distancias) a un besugo hervido. ¡Ríete ya de una vez, mole de hierro mal ajustado —añadió, dándole de nuevo con la vejiga—, y confiesa que ha sido una burla exquisita!



El enojo de *Sir Percival*

Sir Percival volvió de su asombro y se dispuso a hacer lo único que en aquellas circunstancias parecía adecuado. Levantó la lanza para derribar con ella al alegre doncel.

—¿No te da vergüenza? —El joven se había apartado a un lado diestramente y se agachaba apretando a Joe y a Sylvia contra sí—. ¿Serás capaz de herir a un niño?

—¡Desvergonzado insecto! —gritó *Sir Percival*—. Deja ya a esos pequeños para que pueda apalearte.

—¡Atiende a lo que te digo! —berreó el otro, postrándose en el suelo—. No hay nadie más en el castillo y sólo yo sé dónde está la despensa. Sin mi ayuda, tendréis que marcharos con la misma hambre.

—Eso ya es otra cosa —dijo *Sir Percival*, bajando la lanza.

—¡Ya lo creo! —gritó *Gorbo*—. ¡No hiráis a ese desgraciado!

El bufón dio un salto, ágil como una pelota, y echó los brazos al cuello de *Gorbo*.

—Con este beso —dijo, aplicándole delicadamente los labios a la coronilla—, te juro eterna amistad.

—Guíanos, bribón —dijo *Sir Percival*—. Te perdono, con la condición de que nos conduzcas sin demora a la despensa.

El bufón se volvió rápidamente hacia los dos niños.

—¿Veis aquella puerta? —preguntó, señalando una puertecilla que se abría en el cuerpo principal del castillo—. Os doy medio camino de ventaja, y a ver quién llega primero. ¿Estáis dispuestos? ¡A las tres!

Se lanzaron *Sylvia* y *Joe* como una flecha, y cuando llegaron a la mitad del camino, el bufón dio un agudo chillido y voló tras ellos, alcanzándolos en la misma puerta.

La cocina del castillo

—¡Espléndida carrera! —exclamó el bufón, tomando de la mano a ambos niños y llevándolos a una cocina espaciosa y cómoda. Luego se volvió y miró ansiosamente hacia la parte alta de la puerta—. No, no queda tiempo para preparar una trampa de pájaro bobo. Andad, poneos los delantales.

Sylvia y *Joe*, muy entusiasmados ante aquellos alegres acontecimientos, lucían al poco rato delantales y gorros de cocinero, que improvisaron con servilletas blancas, y andaban muy atareados ayudando a su nuevo amigo. Éste cortó buenos trozos de jamón y puso al fuego dos grandes sartenes, mientras los niños ponían taburetes alrededor de una mesa enorme que había en el centro de la cocina, y disponían en ella los platos, tazones y demás.

—¿Creéis que con cuarenta huevos habrá bastante? —preguntó el doncel.

—Creo que serán más que suficientes —contestó *Sylvia*, haciendo un pequeño cálculo mental—. Tocarán a ocho por persona.

—Siendo así, pondré cincuenta —dijo el singular personaje, rompiéndolos en un abrir y cerrar de ojos y vertiéndolos en las sartenes.

Un fragor de hierros al exterior de la cocina indicó que *Sir Percival* se acercaba; él y *Gorbo* se habían ocupado entretanto del caballo, al que dieron un buen pienso de heno. Al entrar el caballero en la cocina, se volvió el bufón con un huevo en la mano e hizo ademán de tirárselo a la cabeza.

Pero vaciló un momento, y acabó por echarlo a la sartén.

—No me atrevo —dijo a Joe—. ¡Sería un huevo perdido!

Al llegar, Gorbo se detuvo y empezó a aspirar con delicia el aire cargado de apetitosas emanaciones. Se acercó luego al bufón y le dijo:

—Agáchate.

Cuando éste le hubo obedecido, Gorbo le besó en la coronilla.

—También yo te juro eterna amistad —le dijo—, ¿y qué bebida vas a damos?

—Tengo —contestó el bufón, saltando por encima de la mesa hasta llegar a la rudimentaria alacena que había en un rincón— leche para los niños y cerveza para los mayores. Haz el favor de brindar conmigo —añadió, llenando dos tazones.

Mientras los dos alegres personajes hacían chocar sus tazones y charlaban animadamente, Sylvia, de pie en un taburete que había acercado al fogón, echaba mantequilla derretida a los huevos para darles un sabor más exquisito y Joe, subido a otro escabel, iba ensartando los trozos de jamón y los dejaba en una fuente caliente. Se sentían muy felices, pues aquélla era una aventura de las mejores, con alimento abundante y ocurrencias divertidas. El castillo, a juzgar por la cocina, era también una mansión excelente, limpia y bien cuidada, y representaba un cambio muy agradable tras la inhospitalaria torre donde habían pasado la noche.

El almuerzo

Dieron a *Sir Percival* un taburete que había en una de las mesas y asignaron el otro a Sylvia (para que pudiese servir la comida, pues era la única dama presente). Los huevos con jamón resultaron exquisitos, y comieron además asado con mantequilla y una compota de ciruela negra. El bufón insistió mucho para que la probaran, pues dijo que la había preparado él mismo. A *Tigre* le dieron una buena ración de cada plato y andaba muy atareado recuperando sus curvas.

—Dime —dijo al fin *Sir Percival*, entrando en materia—, ¿a quién pertenece este castillo?

—Pertenece a mi dueño —contestó el bufón—. Es un tal Gunthorn, barón de terrible genio y bastante falto de escrúpulos, que es algo así como la maldición de estas comarcas. Lo sabré bien yo, que soy su bufón (me llamo Baldry). Muchos caballeros han venido a retarle, pero todos se fueron.

—¡Oh! ¿Adonde se fueron? —preguntó *Sir Percival*.

—No muy lejos, señor. Hay un camposanto a unos doscientos pasos de esos muros, y allí reposan en paz, sin que le falte a ninguno su losa. ¿Querréis acercarme el plato para que os sirva más jamón y otro par de huevos?

—No, gracias —contestó *Sir Percival*—. Parece como si hubiese perdido el apetito. ¿Y dónde se encuentra en estos momentos el barón Gunthorn?

—Pues, señor, puede ser que se halle a muchas leguas de aquí, y...



—Si permitís que mude de idea —le interrumpió animadamente *Sir Percival*—, os rogaría que me sirvierais otro pedazo de jamón.

—Y, por otra parte —prosiguió *Baldry*, pasándole la fuente—, es posible que se presente de un momento a otro. Salió esta mañana en busca de un caballero andante, llevándose consigo a sus hombres de armas, su cocinero y sus sirvientes, según es en él singular costumbre. Me confió la custodia de esta fortaleza, sabiendo que no hay hombre que ose poner en ella el pie, tal es la fama de la crueldad de su dueño. Y tiene también otra extraña costumbre: la de estar atisbando por la puerta trasera del castillo, para observar si le cuidan bien la casa durante su ausencia. Pero, buen caballero, ¿por qué no coméis?

Sir Percival apartó su plato y permaneció sumido en profundas reflexiones.

—¿Y qué hará, si os encuentra dando hospitalidad a unos desconocidos durante su ausencia?

—¡Ah, señor! —contestó *Baldry* gravemente—. Os ruego que, mientras sea posible, hablemos de cosas alegres. Si me encontrase... pero excusadme un momento, me pareció oír algún rumor.

Un momento terrible

Se levantó de un salto y permaneció un rato escuchando ansiosamente. Se lanzó luego hacia una puerta que había en uno de los ángulos de la cocina, la abrió rápidamente y desapareció por una escalera de caracol.

Un momento después oyeron un resonar lejano de armaduras y la voz áspera y fuerte de un hombre encolerizado. Las voces se acercaban cada vez más y se oían los enormes pies bajando por los peldaños de piedra. *Gorbo* echó mano del arco y empujó a los dos niños hacia la puerta. *Sir*

Percival bregaba por bajar la visera de su yelmo, y sus esfuerzos no resultaban nada silenciosos.

—¡Por Dios, señor! —decía la voz de Baldry—. Si quisierais oír las razones que me indujeron...

—¡Nada de razones! —interrumpió la voz estentórea—. Si encuentro en mi cocina a huéspedes no invitados, los desuello primero y les corto luego la cabeza...

Se abrió de pronto la puerta y apareció Baldry solo, sonriendo dulcemente y haciendo chocar entre sí unas tapaderas, con las que imitaba el avanzar de unos pies cubiertos con cota de malla.

—Sentaos, os lo ruego —dijo, soltando la carcajada—. ¿No fue una guasa encantadora?

—¡Ah! Un bromazo divertidísimo —dijo *Sir Percival*, quitándose el yelmo con violencia y mostrando un rostro pálido y enojado—. Eres un sirviente de lo más alegre que imaginarse pueda. Pero no acierto a comprender cómo logras pasar tanto tiempo sin que te entreguen al verdugo.

Nuevas dificultades

—¡Mirad! —exclamó Baldry de pronto, señalando por la puerta abierta.

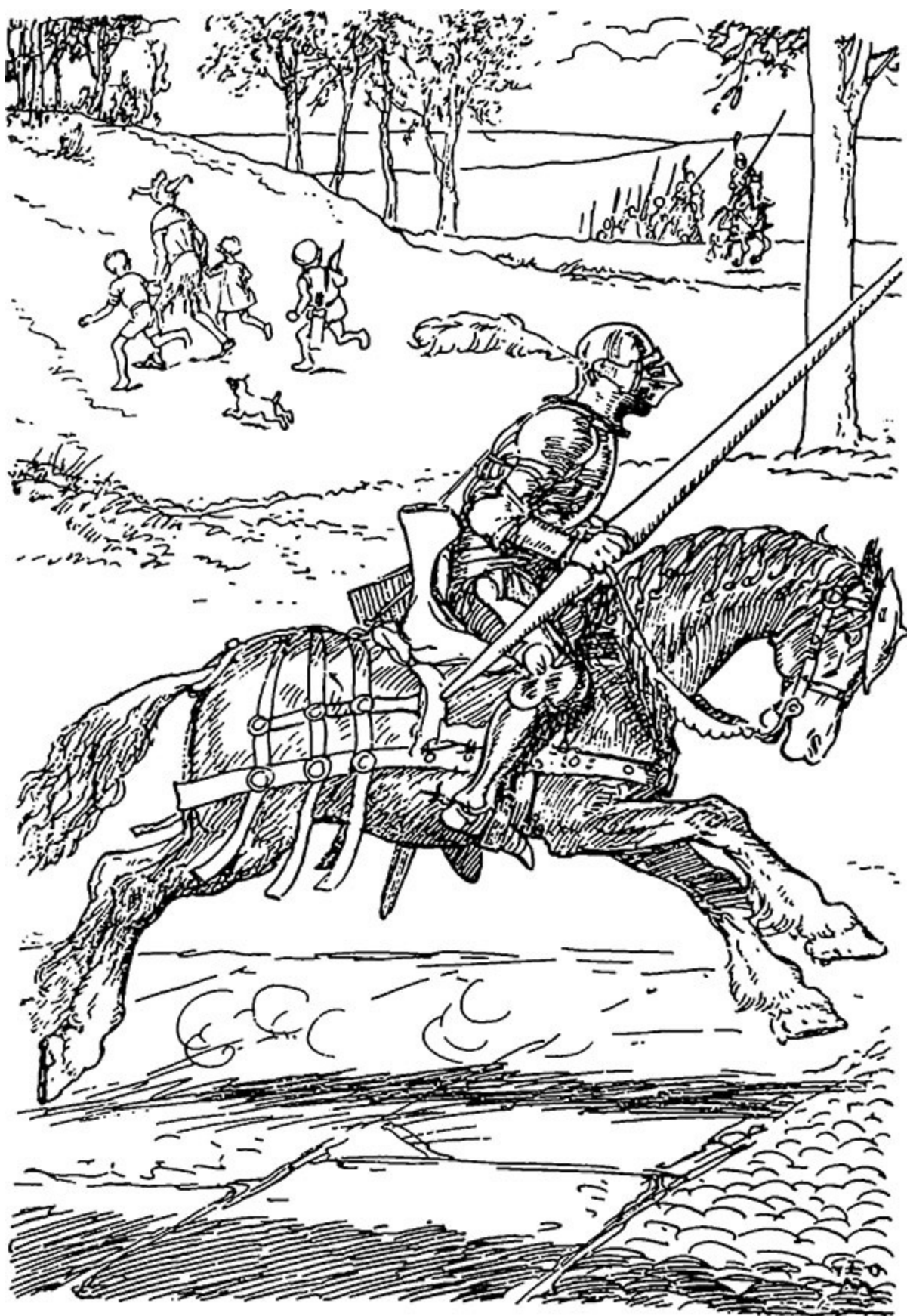
A un extremo del patio se veía la entrada de la muralla exterior, que quedó también abierta, y por ella se divisaba en perspectiva la blanca senda que cruzaba el bosque. A corta distancia, avanzaban por ella unos jinetes.

—Eso sí que no es guasa —prosiguió Baldry—, pues ahí llega de verdad el barón sin entrañas. ¡Huyamos, huyamos en seguida!

—Ya estoy huyendo —dijo Gorbo, agarrando la mano de Sylvia—. Pero ¿por qué has de marcharte tú, si eres de la casa?

—¡Ay de mí! No había visto nunca el castillo ni sabía siquiera que existiese cuando llegué a él esta mañana —dijo Baldry con tristeza—. Vagabundeaba por esas rutas y por azar vi la puerta abierta y no descubrí a nadie en el castillo. Acababa de entrar y estaba tomando un bocado, cuando llegó ese valeroso caballero atronando en la puerta y haciendo sonar el cuerno. ¡Pero todo irá bien! —exclamó alborozadamente, dando un salto en el aire—. ¡Él nos protegerá! Venid, pequeños, y busquemos un buen sitio para contemplar el espectáculo. ¡Veremos ahora chocar los corceles y quebrarse las lanzas! ¡Oh! ¡Qué maravilla!

—No os entusiasméis prematuramente —dijo con voz agria *Sir Percival*, que había por fin logrado fijar su visera y conducía su caballo hacia la entrada exterior—. No tengo intención alguna de aprovecharme de mi posición ventajosa para acometer a ese Gunthorn. Con toda certeza, él estará fatigado del viaje, y no es hazaña de honor vencer a un hombre que no esté en la plenitud de sus energías. Sería ello una acción de cobardes— y diciendo todo esto, se tambaleaba, intentando montar.



—Pero buen caballero —suplicó Baldry con lastimera voz—. ¿Por qué nos priváis de ese gusto? Ahí tenéis a mi amigo Gorbo, que se desvive por los torneos. ¡Y ved también el rostro ávido de los niños! Venid, señor; ahí está el cuerno colgado. ¡Bastará que sopléis una vez y picando espuelas acudirá Gunthorn a satisfacer vuestros deseos!

—Conozco yo mi oficio mejor que tú —dijo secamente *Sir Percival*—. Apártate a un lado, rufián; nunca me inducirás a tomar ventaja de un hombre cansado... Pero ¿qué estás haciendo? —

gimió, al ver que Baldry, dando un salto, había empuñado el cuerno y arrancaba de él una llamada que el eco repetía.

Un momento después vieron destacarse del grupo de jinetes a uno de ellos que avanzó al galope hacia los viajeros, empuñando una lanza de las más largas, de un modo que revelaba fuerza y destreza. *Sir Percival* masculló lo que parecía un juramento (si bien confío que no lo fuera), y haciendo un esfuerzo desesperado logró sentarse en su montura. Empezó un irregular y sonoro galope, dirigiéndose hacia los árboles, y Gorbo, Baldry, Sylvia, Joe y el perrito huyeron en dirección opuesta.

Las cuitas de Baldry

Oyeron gritos lejanos, como de gente enojada, lo que, naturalmente, les animó a seguir huyendo a buen paso. Gorbo y Baldry, brincando como liebres, no dejaban de la mano a los niños, y pronto se hubieron adentrado en los bosques silenciosos, a salvo ya de toda persecución. Se echaron a descansar en un repecho cubierto de musgo y se tomaron las cosas con mayor calma.

—Fue un almuerzo espléndido —dijo Baldry para iniciar el diálogo con buen pie.

—Ya lo creo —asintió Gorbo—. Pero ¿qué va a decir ese Gunthorn cuando se entere de que te mostraste generoso como si fueras el propio dueño?

—No lo sé. Y lo más raro del caso es que no me importa nada lo que diga. Además, no se llama Gunthorn... por lo menos supongo que no es ése su nombre. Así lo bauticé yo, sin más ni más.

—Es muy adecuado para un supuesto barón —dijo Sylvia.

—¿Verdad que sí? —dijo Baldry, muy halagado por la observación de la niña—. Evoca a un hombre sin entrañas. Como veis, sé combinar las cosas bastante bien.

—Lo celebro —dijo Gorbo—, pues tal vez logres encontrar la manera de sacarnos de este enredo. ¿Sabes tú el camino para cruzar el río?

—No, no lo sé. Y, además, tampoco conozco a nadie que lo sepa, ni a nadie que conozca a alguien que lo sepa. Ojalá no fuera así, pues entonces me gustaría irme con vosotros y ver la vida. En esta región está uno aburridísimo; la gente carece aquí del sentido del humor y eso complica para mí las cosas —añadió con expresión melancólica—. Siempre me interpretan mal.

—No te apures, hombre —dijo Sylvia, a quien gustaba mucho el bufón.

—El loco mundo —prosiguió él, asomándole casi las lágrimas—, creyó siempre que el oficio de bufón consiste sólo en la risa; pero bien poco sospecha que puede latir un corazón dolorido bajo lo que yo llamaría alborozo superficial.

Sylvia le dio una cariñosa palmadita en la mano.

—Pero, por otra parte —prosiguió en tono más animado—, también puede ser que esa pena no exista. Por lo menos, no la hay en mi caso, aunque me haya sobrevenido últimamente un leve contratiempo. Sólo ayer ¿sabéis? era yo bufón mayor del Rey, y ahora me veis errante, no

contando sino con tres amigos. Pero debiera decir cuatro, pues incluyo al cachorro también.

—¿Te echaron? —preguntó Joe.

—No, no fue eso precisamente, pues me anticipé yo. Y, no obstante —prosiguió volviendo a sus melancólicas reflexiones—, lo que hice fue de una sutileza singular, y debiera haber gustado. ¿Quién hubiera imaginado tan obtuso al Rey? Pero eso es precisamente lo peor de los tiranos: nunca sabe uno cómo van a tomarse las cosas.

—Cuéntanos lo que ocurrió —dijo Gorbo—, que eso hará más llevadera tu pena.

—Pues fue sólo una pequeña idea mía para animar la vida de la Corte, que a veces tiende a hacerse aburrida e insoportable. Es costumbre del Rey, ¿sabéis?, recorrer sin compañía las calles la víspera de su cumpleaños, para mostrarse a sus súbditos y hacerles ver que, cuando conviene, sabe también prescindir de las ceremonias oficiales. Ello sirve, además, para refrescarles la memoria, en lo que a regalos se refiere.

—¿Y qué hace? —preguntó Sylvia.

—Pues se limita a pasear, con la corona puesta y llevando sus mejores trajes. Y de vez en cuando, dirige la palabra a la gente —claro que con cierto empaque— y da palmaditas en la cabeza a los niños, preguntando a sus madres qué edad tienen y si se les pegaron las anginas, y otras cosas así.

—Pues parece un Rey muy amable —observó Sylvia.

—Espera un poco —dijo Baldry con intención—. Sólo le preocupan las anginas una vez al año. Pero, volviendo a mi triste historia: había ideado un proyecto para que aquella salida del Rey resultase algo más animada. Si bien soy joven y estoy delgado y no oscurece aún el pelo mi mentón, y el Rey es de media edad y muy entrado en carnes y posee una larga barba, me rellené tanto con paja y me pinté y me puse crines, que, al salir a la calle, ataviado con pieles y oropeles y ciñendo una corona de latón, no hubo nadie que no tomara al bufón por el monarca.

—¡Pues es espléndido! —exclamó Gorbo.

—¡Ya lo creo! Pero escuchad. En vez de andar con el paso lento y solemne que suele usar el Rey, avancé animadamente, interpretando una danza inventada por mí, a la que llamo «El fauno juguetón». Hay en ella mucho gesto fantástico y un buen trabajo de piernas. Llevaba en la mano derecha un jarro de cerveza de los mayores, y con la izquierda sostenía el vestido, para moverme con mayor libertad. Y al tiempo que lanzaba agudos gritos de júbilo, salí brincando entre los asombrados ciudadanos.

—¿Y se reían? —preguntó Joe.

—Unos pocos, los de ingenio más aguzado, llegaron a reírse; pero lo que predominó fue un estúpido asombro. Redoblé mis esfuerzos. De pronto, cuando terminaba precisamente una serie de piruetas andando hacia atrás, topé de manos a boca con el Rey. Había tal enojo en su rostro, que volví la espalda y eché a correr, pero tuve la mala fortuna de tropezar con el manto y caerme. A los pocos momentos me alcanzaban los guardias y a toda prisa me metían en una mazmorra.

—¡Qué bárbaros! —exclamó Sylvia.

—Sí, Sylvia, lo eran. Y cuando supe por mi padrino, el carcelero, que el Rey estaba que echaba chispas y había mandado llamar a su verdugo mayor, me pareció que era aquél un momento muy adecuado para abandonar su servicio. Por fortuna, junto a la ventana de mi prisión, que estaba en

una torre, pasaba una tubería de desagüe y tras borrar de mi cara todo rastro de colores reales, me deslicé por la tubería. Llegué al suelo sin más contratiempo que unos rasguños en las rodillas y en los dedos, y eché a correr. Vale mil veces más ir errante por el mundo que estar aguardando la venganza de un tirano. Por eso me encuentro aquí, con mis amiguitos, en el verde bosque. Y no me desagrada, os lo aseguro.



—¿Es *muy* cruel, el Rey? —preguntó Sylvia ansiosamente.

—¡Sí lo es...! Pero prefiero no entrar en detalles, porque os atemorizaría inútilmente.

—Nos habían contado que las cosas no andan muy bien por esta parte del río —dijo Gorbo— y Golithos lo confirmó.

—¡Ah, sí! El bonachón de Golithos. Ya me dijisteis que habíais pasado una noche en su casa. No lo conozco, pero pensaba hacerle una visita.

—No lo hagas —dijo Gorbo—, te aburrirías muchísimo... además, en su casa no tiene otra comida que la que apetece a los conejos.

—Ni una palabra más —concluyó Baldry—. Bueno, y ¿adonde vamos ahora?

—Pues yo intentaría encontrar a la Tía Meldrum. Tal vez pueda decirnos el camino para regresar a casa.

—¡La buena de la Tía Meldrum! —exclamó Baldry—, sí, vayamos en su busca. Vive allá en los Bosques Negros, que deben de estar no sé dónde, pero más o menos por ahí. Siempre deseé conocer a esa buena anciana y voy a tener ahora el placer de hacerle una visita.

—¿Es simpática? —preguntó Sylvia, a la que había tranquilizado bastante el entusiasmo de Baldry.

—No diré tanto, Sylvia. Es una bruja y tiene fama de echar el pulgón a los sembrados y de

perjudicar a la gente. Se gana muy bien la vida vendiendo maldiciones y ninguna persona con algo de juicio tendría interés en acercársele. Pero también es posible que posea sus buenas cualidades. ¡Vayamos en seguida!

—Oye, compañero —dijo Gorbo—, todo esto está muy bien para ti y para mí. Pero ¿y Sylvia y Joe? Quédate tu y cuida de ellos y me llegaré yo a ver a la bruja. No hay ninguna necesidad de que vayamos todos.

—¡No, Gorbo! —gritó Sylvia—. Iremos donde vayas tú.

—¡Pues no faltaba más! —asintió Joe—. Y será bastante divertido conocer a una bruja de veras.

—Así lo creo yo —dijo Baldry—. Será divertido: ésa es la palabra. Vamos, Joe: busquemos los Bosques Negros. A ver quién llega primero a la cima de aquel árbol.

Echó a correr hacia un árbol enorme que se erguía a poca distancia y Joe corrió tras él. Pocos instantes después habían ambos desaparecido entre el follaje. Luego se oyeron en lo alto gritos de júbilo.

—¡Oh! ¡Qué bien se está aquí! —gritaba Joe—. Parece un columpio.

—¡Y los Bosques Negros! —exclamaba Baldry—. Millas y millas y millas de Bosques Negros. ¡Oh! ¡Sólo por ver eso vale la pena vivir! (Ciertamente, parecía de los que todo lo celebran). Baja, Joe, y les mostraremos el camino.

Se deslizaron por el tronco del árbol, y emprendieron la marcha hasta llegar a un sitio donde ya no había más árboles, sino una ancha faja de césped que bajaba en una suave pendiente. Y a cosa de media milla de distancia, había otros bosques, que se extendían, a derecha e izquierda, hasta donde les alcanzaba la vista. Serían indudablemente los Bosques Negros, pues no podía imaginarse nada más sombrío ni más lúgubre.

Los Bosques Negros

Siguieron andando y alcanzaron pronto el confín de los sombríos árboles del otro lado y entonces hubieron de decidir, naturalmente, qué dirección tomarían. Gorbo opinaba que lo mejor sería seguir avanzando en línea recta, con los ojos muy abiertos por si descubrían algo que pudiera ser la casa de una bruja. Pero Baldry propuso que se sentaran cómodamente en el suelo y gritasen de vez en cuando «¡Tía Meldrum!», esperando a que les oyera. Y, dada la inmensa extensión de los Bosques Negros, ambas sugerencias me parecen ridículas.

La inesperada aparición de un hombre que venía del bosque decidió la cuestión. Vestía jubón y calzones de lana, y en vez de sombrero, llevaba una capucha con cuello, como en los dibujos económicos de figuras de la Edad Media. Traía en la mano un paquetito envuelto en hojas de árbol. Por la expresión de su rostro, juzgaron que no era ningún hombre de bien. Se quedó un instante mirándoles y luego los increpó, muy enojado:

—¡Estamos bien! —exclamó—. No puede uno comprar una pequeña maldición, sin que le

vayan siguiendo una cuadrilla de fisgones. ¿Queréis que os la eche a vosotros?

—Cosas mejores esperamos de ti, amable viajero —dijo Baldry—. Sólo deseamos saber dónde vive la Tía Meldrum.

—¡Oh! Pues no dejéis este sendero. —El desconocido pareció respirar más tranquilo—. Pero no le quedan ya maldiciones, que me llevé yo la última. Recientemente ha habido un gran consumo de ellas.

—No. Sólo venimos a por un par de bendiciones —explicó Baldry, dando la mano a Sylvia y echando a correr por el sendero, seguido de los demás. El desconocido les gritó que, en tal caso, debían dirigirse a otra tienda, pero no se detuvieron a discutir, y al poco rato se encontraron ya en la sombra densa de aquellos fúnebres árboles, que ocultaban casi del todo el cielo. A ambos lados del camino se veían manchas de agua negra y cenagosa, pero se distinguía el sendero muy cuidado (lo que indicaba que la Tía Meldrum ganaba sus buenos doblones), y siguieron andando a buen paso. No había pájaros ni otras bestias alegres en aquel horrible lugar, pero pronto pudieron comprobar que abundaban los murciélagos.



Comparados con ellos, los que había en la región de los árboles entrelazados eran una monada. Los de los Bosques Negros medirían cerca de dos metros de punta a punta de sus alas y poseían unos picos enormes, por los que lanzaban ásperos gritos. Sylvia, a la que gustaban tan poco los murciélagos como los escarabajos, se tapó los ojos con el delantal (pues llevaba aún aquella prenda que se puso en el castillo) y se estremeció; pero era ya demasiado tarde para volverse atrás, por mucho que lo hubiese querido la niña. Se mantenía acurrucada bajo el brazo de Gorbo y pasado un tiempo empezó a acostumbrarse algo más a los murciélagos, pues, después de todo, se ceñían sólo a revolotear y a chillar, pero no mordían, y eso es lo importante.

Por fin, ya muy entrada la tarde y tras un viaje que resultó durísimo para los dos niños,

llegaron a un sitio donde los árboles no estaban tan espesos —por lo cual había allí más luz— y el terreno no era tan pantanoso. Siguieron avanzando por el mismo sendero durante media hora y apareció entonces ante ellos una casa en la que reconocieron en seguida el hogar de la Tía Meldrum, pues nadie sino una bruja hubiera elegido aquella mansión.

La casa de la Tía Meldrum

Había frente a la casa un pequeño espacio cubierto de hierba no muy lozana, pero por detrás y por sus lados la ceñían los árboles y la maleza. Era una casa que parecía casi toda ella techo: un sucio techo de paja que en algunos sitios llegaba cerca del suelo y se retorcía aquí y allí formando aleros sobre unas ventanas feas y estrechas, que parecían ojos. Si bien no era ni con mucho una casa grande, se diría que había en ella muchos aposentos secretos de inclinado piso, y en conjunto, su aspecto era lúgubre y repelente. Resultaba imposible imaginar en ella a viejecitos de plateado cabello dando limosna a los pobres. Sylvia experimentó esa desagradable impresión, y se detuvo un instante cuando estuvieron cerca de la casa; aun el mismo Joe no se mostró nada ansioso por entrar.

—Tal vez sería mejor que envolviéramos a *Tigre* en un manto —dijo Sylvia—. *Sir Percival* dijo que la Tía Meldrum tenía diversos gatos negros, y si a *Tigre* le pegaba por darles caza, era posible que su dueña se disgustara.

—Es verdad, Sylvia —asintió Gorbo—. Has tenido una buena idea, pues nos conviene que esté de buen humor.

Envolvieron y ataron cuidadosamente al cachorro en un manto, de modo que sólo pudiera asomar la nariz, y después Sylvia lo tomó en brazos. Luego Baldry —que se ofreció a llevar la voz cantante, pues no le faltaba agudeza— llamó suavemente a la puerta.

—¿Quién va? —dijo desde dentro una voz antipática.

—Soy yo, buena anciana; soy Baldry, el bufón mayor del Rey. Y me acompañan mi viejo amigo Gorbo y mis amiguitos Sylvia y Joe, y además, su perrito. Venimos de muy lejos, a ofreceros nuestros respetos.

—Tirad del cordón del pestillo y entrad.

Así lo hizo Baldry, y entraron todos en un aposento bastante bajo de techo, que parecía una cocina. Junto al hogar estaba en pie una anciana de elevada estatura, revolviendo el contenido de un puchero. Se volvió y les miró, y al ver su rostro, que era horrible en verdad, Sylvia no pudo reprimir un leve chillido.

—¡Ahí nos tenéis otra vez! —dijo Baldry, dando un gracioso salto y permaneciendo luego en una actitud con la que se proponía poner a todo el mundo de buen humor.

—¿Qué quieres decir con eso de «otra vez»? —preguntó la anciana, frunciendo el entrecejo—. Hasta ahora nunca estuvisteis aquí.

—Pues, buena señora, quiero decir... quiero decir: «¡Ahí estamos ya, y venga alegría!» o algo

por el estilo. Es una expresión que solemos usar a menudo los bufones —añadió sin mucha gracia, y la vieja les dio de nuevo la espalda y siguió revolviendo el puchero.

—Eso es lo que quieres decir ¿eh? —La vieja probó con toda calma una cucharada de sopa—. Ya entiendo. ¿Y el Rey se ríe cuando lo dices?

—Sí... alguna vez.

—¡Ah! —exclamó ella—. Ya oí decir que no anda muy bien de la cabeza.

Aquello resultaba un recibimiento no muy satisfactorio, y los cuatro se sentían bastante molestos, de pie en medio de la cocina, en tanto la mujer seguía dándoles la espalda y atendiendo a su puchero como si tal cosa. El aposento estaba muy oscuro, pues sólo se abría en uno de sus extremos una ventanita, sombreada por el alero de paja, y afuera, debido a la espesura del bosque tampoco sobraba la luz. Pero de vez en cuando, se animaba súbitamente la lumbre y a su resplandor descubrían cosas muy adecuadas para rodear a una bruja: manojos de hierbas, al parecer venenosas, un cocodrilo disecado, que pendía de las vigas, y otras cosas parecidas. No debía haberse preocupado la pobre Sylvia previniendo el peligro de que *Tigre* diera caza a los gatos de la bruja, pues ocurrió precisamente todo lo contrario. Seis o siete gatos de los mayores y más negros que hayan lucido cola, surgieron sigilosamente de los rincones y empezaron a restregar sus cuerpos contra la niña, de modo que apenas podía tenerse en pie, en tanto daban horribles maullidos, fijos sus ojos en la servilleta donde se ocultaba *Tigre*, que no cesaba de temblar.

Tras unos minutos, se volvió la vieja, se sentó en un taburete y se quedó mirándolos.

—¿Eres tú la que ahora mismo diste un chillido? —preguntó a Sylvia.

—Sí... señora Meldrum —contestó la niña con voz apagada.

—Será mejor que no vuelvas a hacerlo. Y ahora decidme, alguno de vosotros, ¿qué es lo que queréis?

—Sólo deseamos saber el modo de cruzar de nuevo el río, señora —dijo Gorbo cortésmente.

—¡Ah! Eres un snerg, ya veo. ¿Cómo estáis por allá?

Gorbo le refirió brevemente las consecuencias de su estupidez, y la Tía Meldrum nada dijo, pero se oyó su risilla ahogada.

—¿Y qué me daréis si os lo digo? —preguntó después de un rato.

Gorbo sacó su cuerno bordeado de plata y lo dejó sobre la mesa.

—Si quisierais aceptar ese regalo que me hicieron el día de mi bautizo, señora...

—¿Qué más?

—Nada me queda ya que sea realmente de valor, señora. Pero Sylvia tiene un collarcito de coral...

—A ver tu collar de coral, Sylvia —dijo la Tía Meldrum.

Sylvia se lo quitó y lo dio a Gorbo, quien a su vez lo entregó a la mujer. Le lanzó ella una mirada despectiva y lo tiró sobre la mesa.

—¿Qué más?

—Eso es cuanto tenemos, señora... salvo los vestidos.

Echó ella un rápido vistazo a la indumentaria de los recién llegados y después, alargando un brazo, tentó las faldas de Sylvia, tras lo cual resopló despectivamente.

—Esas bagatelas —dijo indicando con la cabeza el cuerno y el collar— sólo representan la décima parte de lo que quiero yo por revelaros el camino.

Se hizo un penoso silencio. Aun el mismo Baldry parecía cariacontecido, sin su alegría habitual. Bien había manifestado su vivo deseo de conocer a la bruja, pero ahora no parecía divertirse nada. La verdad es que se sentían acobardados ante la vieja.

—Hazme reír —dijo ella de pronto, volviéndose hacia el bufón.

Más angustias de Baldry

—Ya... ya... ¿Queréis que os haga reír, buena anciana? —dijo Baldry—. ¡Oh, sí! Naturalmente. Os gustaría...

—Quiero pasar un buen rato —le interrumpió la bruja airadamente, golpeando la mesa con el puño—. ¿No es ése tu oficio? ¡Anda! No te estés ahí parado como una momia. Di cosas divertidas.

—Lo intentaré, señora —dijo Baldry, animándose—. Tal vez os gustaran unas graciosas adivinanzas con ingenio. Si es así, ¿qué diferencia hay entre una grosella verde...? —¡No, eso no! —gritó la Tía Meldrum.

—¡Oh! ¿Preferiríais una canción alegre?

—Tampoco.

—Pues... tal vez... tal vez os guste un cuento divertido.

—Venga ese cuento —asintió ella, tras un momento de reflexión.

—Pues hubo una vez, señora —empezó diciendo Baldry con gran esfuerzo—, un honrado recaudador de los impuestos del Rey...

—No lo creo.

—Es que aquél era realmente honrado —insistió Baldry.

—Pues ¿por qué no dijiste que se trataba de un excéntrico? Prosigue.

—Aquel recaudador de impuestos se dirigía a su casa, montado en un asno, terminada ya la tarea del día, y encontró a tres mendigos, que le pidieron limosna...



—Bueno: eso es lo que suelen hacer siempre, ¿verdad? ¿Le ves tú la gracia?

—No tiene mucha, por ahora —contestó Baldry—, pero luego está mejor.

—Pues sigue, hombre. ¿Qué esperas?

—Y he aquí, buena señora, que siendo caritativo a la vez que honrado, le dio un penique al primer mendigo, al segundo un trozo de salchicha y al tercero una rebanada de pan. Pero el primer mendigo, que había comido hasta saciarse hacía cosa de media hora...

—Perdona que te interrumpa —dijo la Tía Meldrum—, pero no me interesa ya oír más. Dices tú que se trata de un cuento divertido, ¿verdad?

—Así suele considerarse —contestó hoscamente Baldry.

—Pues a mí —concluyó la vieja— me parece tan divertido como un ataque de bilis.

Quienes conocen por experiencia (y he de confesar que me cuento yo entre ellos) cuán penoso resulta ver que los esfuerzos que uno hace para resultar gracioso son recibidos con frías miradas incomprensivas o con sonrisas tras las cuales se adivina una lástima disfrazada de buen humor apreciarán toda la angustia de Baldry ante aquella despiadada rudeza. Permanecía en pie, contemplando con ojos llenos de tristeza a la terrible anciana, tan ensimismado en su desesperación, que ni siquiera advertía los esfuerzos que hacía Sylvia para consolarle, dándole en la mano cariñosas palmaditas. Su oficio consistía en hacer reír, en propagar el buen humor, en provocar durante las comidas estruendosas carcajadas que resonaban de extremo a extremo de la mesa... y he aquí que se veía hecho un vagabundo, un desterrado, por el fracaso de la última agudeza que intentara para divertir al Rey, y ahora sus esfuerzos volvían a resultar inútiles. ¿Es que perdía ya su gracia, su don de cautivar? Eso es lo que le preocupaba.

Cambio de tono

La Tía Meldrum se levantó y se volvió a sus guisos, dejándolos de pie, con Sylvia hundida aún hasta las rodillas en un mar de gatos negros.

—Oídmeme, señora —dijo Gorbo, tras un penoso silencio—, Golithos me dijo que vos tendríais la bondad...

—¿Golithos? —La anciana se volvió rápidamente—. Así que visteis a Golithos, ¿verdad?

—Sí, señora; pasamos una noche en su casa, y nos dijo que esperaríamos allí vuestra llegada.

—Pues, entonces, ¿por qué os marchasteis?

—Bueno... pues... porque... porque... —Gorbo pensó que tal vez, si la vieja estaba en buenas relaciones con Golithos, no le gustaría demasiado la oferta que hiciera al gigante de atravesarle la cabeza con tres flechas.

La Tía Meldrum volvió a su taburete y permaneció sumida en hondas reflexiones, ahora mirando a Gorbo, ahora a los niños. De pronto, hizo chasquear la lengua con tal fuerza que todos dieron un salto. Luego brincó ella misma ágilmente y dio una palmada en la espalda de Sylvia y le dijo que se sentara.

—Y tomad también asiento vosotros —añadió— ¿por qué permanecéis de pie? Como veis, no faltan taburetes. Además, debéis tener hambre; pronto estará dispuesta la cena. No quiero que os marchéis diciendo que la vieja Tía Meldrum os escatimó la comida.

Si bien no comprendían ese cambio de tono, lo aplaudieron mucho. Gorbo dejó en un rincón su hatillo, su arco y su carcaj y se procuró un barreño con agua para que los niños pudiesen asearse. Tras lavar su peine, se lo dio a Sylvia para que se arreglase el pelo, y luego lo utilizó Joe a su vez. Siguiendo el consejo de la Tía Meldrum, metieron a *Tigre* en un cesto muy primitivo, que colgaron de un gancho en el techo, y allí permaneció lamentándose un buen rato, mientras los terribles gatos negros se paseaban de acá para allá, fijando en él sus relucientes ojos verdes y olfateando con la cabeza en alto, como si *Tigre* hubiera sido para ellos un manjar apetecible.

Cena con una bruja

Al poco rato la Tía Meldrum empezó a poner platos en la mesa, y sirvió a cada cual dos grandes cucharones de liebre estofada con patatas, zanahorias, cebollas y guisantes, que olía a gloria, y les dijo que comiesen. Puso también una botella de vino —algo fuerte, pero no malo— para la gente mayor y un poco de agua para los niños. La Tía Meldrum se mostraba ahora muy amable y cortés: cuando Joe manchó la mesa con su estofado, la anciana le dijo que no se apurase, pues era natural que aquellas cosas ocurriesen. Baldry volvió a animarse, gracias a la excelente comida, al buen vino y al cambio de humor de la bruja, y contó un par de historietas que fueron muy bien acogidas por los presentes y provocaron especialmente la risa de la Tía Meldrum.

Terminada la cena, dieron los restos a los gatos, que tiraban de la carne y gruñían como leones, y también le tocó su ración a *Tigre*, aunque no se movió del cesto. Los niños se ofrecieron para lavar los platos, y pronto ellos y Baldry andaban muy atareados en el exterior de la casa, con un

pequeño cubo de agua y unos trapos de cocina, secando marmitas, platos y cubiertos.

—Y ahora hablemos —dijo la Tía Meldrum a Gorbo—. Os interesa cruzar de nuevo el río, ¿verdad? Pues contad con mi ayuda. Y lo que es más, por mi trabajo, me contentaré con ese cuerno y con el collarcito que parece atacado de sarampión.

—¡Oh, mil gracias, señora! —exclamó Gorbo, lleno de gratitud.

—Siempre me gustó servir, mientras esté en mi mano. Pero tendrás que ayudarme un poquito. No me queda ni una sola mandrágora, y necesito seis o siete para el hechizo, de modo que tendrás que cogérmelas esta noche, pues sólo pueden recogerse a la luz de la luna. Están a cosa de un par de millas de aquí.

—Os traeré unas angarillas llenas —dijo Gorbo, que ignoraba lo que fuesen mandragoras—. Indicadme el sitio y...

—No te precipites —dijo secamente la vieja—. Las mandragoras no crecen como las campanillas. Es muy probable que tengas que pasarte la noche entera buscándolas. Son pequeñas raíces que tienen forma de persona, pero las hay auténticas y las hay falsas. Habrá unas diez mil falsas por una buena.

—¡Oh! Pues ¿cómo voy a conocerlas? —preguntó Gorbo.

—Al arrancarlas, las auténticas chillan.

—¡Oh! —No gustaba nada a Gorbo la idea de pasarse toda la noche sin compañía, a la luz de la luna, en aquellos lúgubres bosques, arrancando unas cosas que chillaban. Pero no le quedaba otro remedio—. Muy bien, señora —dijo—. ¿Y qué haré con Sylvia y Joe?

—Podrán quedarse conmigo. El dicharachero podrá también permanecer en casa y atenderlos. Tu tarea consistirá en regresar mañana con seis mandrágoras vivarachas, por lo menos. Crecen en un lugar bastante pantanoso, pero no has de apurarte. Si se te acercan unas cosas y te miran, no te preocupes, pero procura no hablar, pues vale más guardar silencio.

—¿Qué cosas? —preguntó Gorbo.

—Pues sobre todo, unas cosas bastante parecidas a las personas, pero con grandes orejas y unas bocas llenas de baba. Y toma también un palo para ahuyentar a los murciélagos. Por regla general son inofensivos, pero también se dio el caso de que picaran, si está uno distraído, y sobre todo si permanece uno agachado buscando algo. Como ya anochece, es preferible que te marches en seguida. Ahí tienes el cesto. Yo iré contigo y te enseñaré el lugar.

Gorbo sintió un escalofrío, y tomó el cesto sin mucho entusiasmo.

—¡Nada de caras largas! —exclamó la anciana con súbito enojo—. Si te pones así, no voy a hacer nada por vosotros.

—No quise poner mala cara, señora —dijo Gorbo—. Voy en seguida. ¿Cuidaréis... cuidaréis de los pequeños, verdad?

El pobre vacilaba antes de decidirse a dejarlos toda la noche; es cierto que se habían jurado con Baldry eterna amistad, pero Gorbo dudaba que el bufón tuviera suficiente poder para protegerlos. Y, con todo, no le quedaba otra solución.

—Esa cara ya está mejor —dijo la Tía Meldrum—. Sí, cuidaré de ellos como una madre. Ven y te mostraré el sitio donde dormirán; así te quedarás más tranquilo.

El cuarto vacío

La Tía Meldrum llamó a los demás, tomó una vela y se dirigió hacia una puerta que se abría en el rincón más oscuro de la cocina, donde empezaban unos estrechos peldaños que conducían a un sombrío pasadizo del piso superior. A ambos lados del pasadizo había dos o tres puertas, pero no se veía en él ventana alguna y habían de andar con mucha cautela, pues el suelo era muy desigual: aquí tenían que bajar dos escalones y más allá subían otros tres. Por fin doblaba el pasadizo en una esquina de la casa y había allí otra puerta que daba a otra angosta escalerilla, por la que se subía a un espacioso aposento, lleno, al parecer, de manojos de hierbas que pendían de las vigas, y en el que se abría sólo una pequeña ventana muy cerca del techo. La vieja corrió hacia una puerta que había a un extremo del aposento, la cerró con violencia y le dio vuelta a la llave, como si hubiera allí algo que no le interesase que saliera, y luego les condujo hacia otra puerta que había al otro extremo y les invitó a entrar.

Penetraron en una pequeña estancia, sombría como toda aquella horrible casa, con sólo un ventanuco medio oculto por las enredaderas y la paja del techo. No había en ella más muebles que una cama de cuatro tablones y dos peldaños de madera que se utilizaban para subir a ella, pues era muy alta. Desde la ventana sólo veían las lúgubres cimas de los árboles borrándose en el crepúsculo, y la luna asomando entre nubes de tempestad.

Sylvia permanecía en pie, llevando a *Tigre* en un brazo y oprimiendo fuertemente la mano de Gorbo. Baldry balanceaba, como perplejo, el bastón con la vejiga, que era lo único que poseía, además de su vestido. Nadie parecía animoso, salvo la vieja Tía Meldrum, que estaba como unas pascuas.

—Ahora, mis pichones, a acostaros en seguida —dijo—. Con la luna que entra por la ventana, tendréis sobrada luz. Ese dicharachero podrá acostarse en la cocina y el snerg vendrá a dar un paseíto conmigo.

—¿Nos vas a dejar solos, Gorbo? —preguntó Sylvia en voz queda.

—Sí, Sylvia —contestó él, ciñéndola con sus brazos— pero regresaré muy pronto. Es indispensable que ayude a la Tía Meldrum a recoger unas cosas, para que podamos cruzar el río y regresar a casita. Haced, pues, lo que os dice, y descansad.

—¡Anda! ¡A dormir en seguida! —gritó impaciente la Tía Meldrum—. No voy a estarme aquí toda la noche. ¡A la cama, los dos!

Al parecer, no podía hacerse otra cosa. Se quitó Sylvia el calzado —sus «silenciosos»— y miró alrededor suyo, buscando un gorrito de noche, pero no lo vio; y a un furioso alarido que lanzó la vieja al ver que no se daban prisa, los niños se metieron en cama de un salto. Les arropo Gorbo con un remendado edredón, les besó con el corazón oprimido y colocó al cachorrillo a los pies del lecho; luego salió en pos de los demás.

—Ahí tienes tu cama —dijo la Tía Meldrum a Baldry, indicándole un gran arcón lleno de paja que había en un extremo de la cocina—. Hazte un ovillo ahí dentro, y a dormir. A ver si sueñas con algo divertido, para contármelo mañana.

—Está lleno de gatos —dijo Baldry con disgusto, mirando hacia el interior del arcón.

—¡Ahuyéntalos, pues, zoquete! —le gritó la Tía Meldrum.



Baldry suspiró y empezó a echar a los gatos. Gruñeron todos y dieron furiosos bufidos, y uno de ellos llegó a morderle ligeramente en el pulgar. Gorbo le murmuró que velase por los niños y, tras recoger su arco, el cesto y lo demás, salió en pos de la vieja.

Lo que ocurrió aquella noche

Aunque parezca extraño, los niños tardaron poco en dormirse. Estaban muy fatigados y la cama resultaba bastante cómoda, y Joe que, como dije, era el eterno optimista, había tranquilizado a Sylvia, asegurándole que todo acabaría bien, aunque aquélla fuera una casa realmente asquerosa.

Pero de pronto Joe se despertó, sobresaltado, de su profundo sueño. Le pareció haber oído un ruido muy fuerte. Se sentó y miró en torno suyo, preguntándose de dónde saldría. Luego recordó la forma de la pequeña ventana, por la que penetraba ahora a raudales una plateada luz. El claro de luna se posaba levemente en los rizos de Sylvia, dormida como un ángel junto a él, con el cachorro hecho un ovillo y muy pegado a su nuca.

Joe se echó de nuevo, y empezaba a sumirse otra vez en delicioso sueño, cuando le despertó otro ruido y esta vez abandonó la cama de un salto, pues había en la ventana una oscura sombra y el postigo estaba del todo abierto.

—¡Joe! —oyó que decían en voz baja—. Soy yo, soy tu amigo Baldry. ¡No hagas ruido, por Dios!

—¿Qué ocurre? —murmuró Joe, deslizándose hacia la ventana.

—Cosas desagradables. Despierta a Sylvia y dile que te siga sin hacer ruido. —Baldry, mientras, entraba cuidadosamente por la ventana—. Hemos de marcharnos en seguida.

Joe era un muchacho prudente (en cierto sentido) y no perdió tiempo en preguntas, sino que zarandeó levemente a Sylvia y le tapó luego la boca con la mano, murmurándole que no hablase. Ella se frotó los ojos y se quedó mirando a Baldry. Luego se despertó completamente.

—Sí, Joe —dijo sin temblar demasiado—. Seré valiente.

Saltó de la cama y se calzó los «silenciosos» (era una locuela, es verdad, pero en ciertas ocasiones también sabía mostrar un innegable temple). Baldry se agachó y ciñó a ambos niños con los brazos, de modo que podía hablarles muy bajito.

—Ha venido un hombre con la Tía Meldrum. Es un gigante y están hablando abajo los dos. Estoy seguro de que es el propio Golithos.

—¡Cáspita! —exclamó Joe, dando un brinco.

—Sí; es un hombretón, con el pelo muy largo y una barbilla y una enorme cara de bobo, tal como me contasteis. Entraron por alguna puerta disimulada, acaso porque no les interesaba despertarme, y se sentaron a charlar en un aposento de la parte trasera de la casa.



Me deslicé, pues, y espié por una rendija y le vi muy claramente, Joe. Es horrible. Y la vieja estaba hecha una furia y le llamaba patán cobarde, diciendo que si no lo hacía, no probaría de ellos ni un bocado.

—¿Qué quería decir? —preguntó Joe.

—Pues no sé lo que pretendía de aquel hombre la vieja Pero, en cuanto a lo del bocado, creo

yo que se refería a Sylvia y a ti.

—¡Huyamos! —dijo Joe.

En un par de minutos hubieron rasgado las sábanas y anudado las tiras. Ataron a Sylvia por los sobacos con aquella sogas improvisada y la bajaron suavemente por la ventana, llevando en brazos, muy apretado, a *Tigre*. Mientras, Joe descendía por una robusta enredadera que crecía en el muro y que sirvió a Baldry para trepar. Apenas hubo Joe llegado al suelo, la pierna roja y la pierna amarilla del bufón aparecieron en la ventana y pocos segundos después estaba junto a los niños.

—Vamos —les dijo, tomándolos de la mano y echando a correr hacia la espesura—, habrá bastante luz de luna para distinguir el sendero. Sea como sea, nos es indispensable huir de aquí a toda prisa.



—Pero ¿y Gorbo? —preguntó Joe, deteniéndose de pronto—. ¿Qué va a decir, si no nos encuentra?

—Sí; ¡no podemos abandonar a Gorbo! —exclamó Sylvia—. ¡Oh! ¿Qué hacemos?

—Hemos de huir a toda costa —dijo Baldry—. Golithos ha venido en busca vuestra; eso es evidente. Y yo no me tengo por muy útil para luchar; no poseo más arma que mi bastoncito. Pero Gorbo es un hombrecillo robusto y con fibra guerrera, y tiene, además, su arco y sus flechas. Él bien sabrá defenderse; y al ver que hemos huido, acudirá en nuestra busca, no lo dudéis. Nos ocultaremos ahora en esos malditos bosques y esperaremos su llegada.

Lo que proponía Baldry parecía bastante razonable. Echaron, pues, a correr otra vez, pero, si bien el claro de luna era bastante intenso al dar en el sendero, a trechos se oscurecía, y Baldry había de adelantarse a menudo para descubrir el camino. Avanzaban con dificultad, corriendo a veces, pero con mayor frecuencia arrastrándose, siempre con el temor de oír acercarse a su espalda la terrible pareja, gritando que se detuvieran. Pero tan voluntariosa era Sylvia, que no exhalaba ni el más leve murmullo, aun cuando sentía su corazón oprimido por el miedo.

Por fin observaron que a la luz de la luna le sucedía el grisáceo resplandor del alba y se

sintieron llenos de júbilo y gratitud, pues lo que de noche es terrible parece casi inofensivo al llegar el día. Y aunque la luz era muy débil, les permitía distinguir más fácilmente el sendero, pues por brillante que sea el claro de luna, proyecta siempre negras sombras, mientras que la luz del día ilumina de otro modo las cosas.

—¿Crees que van a perseguirnos? —preguntó Joe, pues con algo de luz y aumentada la rapidez de los pasos, consideraba la situación más soportable.

—No —contestó Baldry—; no creo que nos persigan inmediatamente. La vieja Tía Meldrum anda demasiado ocupada berreando y a Golithos no le falta trabajo con su cena.

—¿Y qué come? —preguntó Joe, ocurriéndosele de pronto una idea—. ¿Ensalada?

—No, Joe. Trajo en su zurrón una buena cantidad de grandes huesos de buey y les daba buenos mordiscos mientras escuchaba a la bruja.

—¡Oh! ¡Habrá matado aquella vaca tan simpática! —exclamó Sylvia.

Y aunque había soportado con buen ánimo todos los terrores, prorrumpió en un amargo llanto ante la desgracia del paciente animal que se había mostrado tan dócil con ellos y que les dio su leche el día que la necesitaron.

La verde avenida

Cuando llegaron por fin al extremo de los Bosques Negros, el sol asomaba ya por las cimas de los árboles y todo era delicioso y acogedor. Cruzaron de una carrera la ancha faja herbosa que los separaba del amable y luminoso bosque que se extendía al otro lado, y al poco rato descansaban bajo el ramaje de unos robles corpulentos, lejos ya de la casa horrible y de los bosques de aquelarre.

Baldry dijo que sería mejor permanecer donde estaban y otear desde allí por si veían a Gorbo, quien a buen seguro saldría en su busca en cuanto regresara y viese que habían huido. Naturalmente, si se acercasen primero Golithos y la bruja, tendrían que ocultarse mejor, por lo que Baldry buscó alrededor suyo y encontró un helecho donde hubieran podido ocultarse cómodamente cincuenta personas; allí podrían meterse de un salto a la menor alarma.

Y sintiéndose ya algo más tranquilos, derivó su charla hacia cosas de comer y beber, pues nada hay como el ejercicio y el miedo para despertarle a uno el apetito. Sylvia dijo que resultaría delicioso saborear una taza de té caliente, con abundante leche, y Baldry, que pertenecía a los tiempos medievales, preguntó si sabían algo mejor que un buen jarro de cerveza calentita y convenientemente especiada. Eso llevó a tratar del jamón frito, de huevos guisados de diversas maneras y de asado con mantequilla abundante. Y el resultado fue que se les despertó un hambre canina.

Baldry se devanaba los sesos, intentando dar con un medio de procurarse el desayuno, cuando de pronto oyeron un ruido de armaduras y un sonoro galope. Levantando la vista, vieron un grupo de diez o doce hombres de armas, avanzando por la verde avenida con gran pompa y brillar de

acero y un bello galopar de corceles de raza. Baldry los miró fijamente y dioluego un brinco, lleno de júbilo.

—Esos pavos reales —dijo— son los mismos que ayer se llegaron al castillo y pusieron en fuga al miedoso Percy. Pero no nos vieron, ya que huimos muy de prisa. Veamos, pues, si pueden darnos algo. Los hombres de armas suelen llevar consigo algunas provisiones (fiambre de pescado, salchicha o cosas así), y generalmente, cuando la mañana está azul, se muestran bondadosos. Y si en vez de comida nos favorecen con unas monedas, podremos adquirir el desayuno en alguna parte... suponiendo que existan casas en ese agreste lugar.

—¡Excelente idea! —exclamó Joe, poniéndose en pie de un salto—. Vamos, Sylvia.

—No, esperad un momento —dijo Baldry—; la cosa ha de prepararse como es debido. Para lograr lo que nos proponemos, hemos de llamar su atención con alguna rareza. ¡Ya lo tengo! Tú vas delante, Joe, dando volteretas; eso hará que se detengan y se pregunten qué ocurre. Luego sigue Sylvia, y los saluda con una pequeña reverencia y una amable sonrisa, con lo que se logrará ponerlos de buen humor. Y finalmente aparezco yo, andando cabeza abajo, y eso asegurará el éxito y hará que se muestren generosos. Pero ante todo hemos de arreglarnos bien.

Los dos niños se entusiasmaron, y Sylvia preguntó al bufón si tenía un peine. Como no lo tenía, la niña compuso sus rizos con los dedos y se arrodilló luego junto a un charco del bosque para cerciorarse de que estaba guapa. (Al fin y al cabo, tenía mucho de su mamá). Joe se alisó la camisa y se apretó el cinturón, y Baldry ensayó una expresión de atrayente alborozo.

Se acercaron los jinetes a buen paso, y nuestros héroes pudieron contemplar el rostro del que los acaudillaba: un hombre de aspecto decidido, cuya ajustada y brillante armadura y cuyas espuelas de oro delataban a un caballero en plena prosperidad. Cabalgaba con la visera levantada, hablando con uno que, a juzgar por sus sencillas espuelas y su armadura sin adornos, no sería más que simple escudero. En la calma matinal, sus voces llegaban claramente al pequeño grupo que les esperaba.

—Ciertamente, buen Baldwin —decía el caballero—, se dan ahora bien pocas ocasiones para las aventuras honestas, en este país. Pero ayer por la mañana abrigué la esperanza de medir las armas con el botarate de *Sir Percival*, que ha tenido la osadía de poner sus ojos de langosta en mi dama y se jacta de que ella le ha enviado a correr aventuras para dar lustre a su nombre. Pero el maldito huyó como una liebre, con lo que se vino abajo mi esperanza... y lástima fue, pues le hubiera dado su merecido.

—Muy cierto, señor —dijo el escudero—; y es probable que doña Gwendolina le invitara a correr mundo sólo por evitar sus asiduidades. Por lo menos así se murmuraba hace poco en la puerta de la despensa.

—Mi dama posee singular sagacidad, y tal vez le dio su respuesta de tal guisa, que ese bellaco apolillado la interpretó de modo que ha de acarrearle la ruina... o por lo menos una pérdida considerable de tiempo. Pero ¿qué mojiganga es ésa, mi buen Baldwin?

Era Joe que se acercaba, dando ágiles volteretas; el caballero detuvo su montura y se quedó mirándole. Joe saltó entonces hacia él y se abrazó a su pierna cubierta de cota de malla, como se lo indicara Baldry, y a grandes voces le pidió limosna.

—¡Suelta ya mi pierna, bellaco! —gritó el caballero—. ¡Habrás visto!... Pero ¿quién más

anda por ahí?

Era Sylvia, que avanzaba hacia ellos con paso menudito y a poco le saludó con una graciosa reverencia, dedicándole la más encantadora de sus sonrisas.

—¡Por el pomo de mi espada! ¡Qué preciosa niña! ¿Verdad Baldwin?

—¡Ah, señor! Tiene el pelo como el trigo candeal y los ojos claros y alegres, y sus mejillas darían envidia a las rosas de mayo. Hermosa doncellita... y nada tímida, ¡os lo aseguro!

—¡Ah, bobo! —dijo Sylvia, simulando avergonzarse—. No te creo una palabra. (Ese modo de conducirse era en ella naturalísimo).

—Hija mía —dijo el caballero con afable sonrisa—, por tu cara bonita guardo yo aquí una moneda de plata de las mayores —y diciendo esto, se quitó el guantelete y buscó en un pequeño bolsillo de acero que había en su muslera (un singular bolsillo, que se cerraba por medio de un fuelle). Estoy seguro de tenerla... ¡Ah! ¡Aquí está por fin!— se inclinó y puso la moneda en la menudita palma de la niña, dándole luego en la mejilla una cariñosa palmada—. Y si tenéis hambre, mi buen escudero lleva medio capón, y regordete, que le prestaron... Pero ¿quién más viene ahí?



Era, naturalmente, Baldry, que avanzaba cabeza abajo, en tanto cantaba la vieja tonadilla: «Cuando el bosque verdea, y el ave se recrea», lo que, habréis de confesarlo, era toda una hazaña para emprenderla antes del desayuno. Al llegar frente al caballero, se puso en posición normal, dio un brinco... y se quedó luego mirándole con los ojos desorbitados.

—¡Redomado bribón! —rugió el caballero, agarrándole por el cuello con férreo puño—. ¡Por fin dimos caza al que osó burlarse escandalosamente de Su Majestad! ¡Ea! ¡Prendedme a ese bellaco y no lo soltéis hasta tenerle seguro en las mazmorras reales!

Cautivos

El desmayo y la confusión de Joe y Sylvia fueron indescriptibles al sobrevenir aquella desgraciada mudanza de su fortuna. En vano suplicaron al caballero que les dejara a Baldry, y cuando protestaron de su conducta al arrebatárles a su compañero y protector, dejándolos solos en el bosque, se limitó el caballero a contestar que eran inútiles sus exclamaciones, ya que ellos le seguirían también. Poco diré de la indignación de los niños ante el nuevo abuso: Joe, obedeciendo al primer impulso de su ira, le llamó al caballero «Mala peste», y Sylvia le pegó en el guantelete, suplicándole que no se mostrara tan bárbaro. Baste decir que todo fue en vano y que, pese a su pataleo, les pusieron en la silla de dos corpulentos hombres de armas, mientras ordenaban a Baldry que montara en una cabalgadura de refresco.

Aunque parezca extraño, ahora que habían prendido a Baldry y la cosa no tenía ya remedio, él lo tomó con más filosofía de lo que pudiera esperarse. Montó en el caballo, según le habían ordenado, pero con grandes voces dijo que protestaba, y se sentó de cara a la grupa; y cuando el escudero Baldwin le reprendió severamente por su locura, él se excusó en términos tan irónicos, que los hombres de armas tuvieron que volver la cabeza para ocultar una sonrisa. Animado por el éxito, se puso a cantar desafortunadamente, pero entonces intervino el caballero que acaudillaba el grupo, ordenando que le taparan la boca con un pañuelo. Se puso después al frente de sus hombres, dio orden de marcha, y los jinetes dieron media vuelta y volvieron a cruzar la verde avenida.

Era, ciertamente, un triste resultado de la locura y desobediencia de los niños: verse alejados de su fiel amigo Gorbo —en el que tanto confiaban, después de la mudanza que le había trocado en compañero prudente y valeroso—, para convertirse en cautivos de un Rey extremadamente cruel, según rezaba la fama.

Y mientras los jinetes cabalgaban emparejados, la vieja Tía Meldrum llegaba, jadeante, al lindero de los Bosques Negros, y los contemplaba, usando su mano como visera y murmurando maldiciones terribles.

TERCERA PARTE

Lo que ocurría en casa

Al llegar a este punto de nuestra historia, será conveniente regresar al País de los Snergs y contar lo que hacían el Rey Merse II y su amigo Vanderdecken.

En su larga conversación llegaron a la conclusión de que los niños y Gorbo, por algún azar inexplicable, debieron de haber pasado a la otra orilla del río y andarían errantes por aquella ignota región, donde ni siquiera ningún snerg había penetrado y que, en realidad, ninguno de ellos deseaba visitar. No quedaba, pues, otro recurso que idear algún medio de seguirlos y rescatarlos por la fuerza, aunque nadie podía decir con seguridad que peligros les rodearían.

Vanderdecken lo había estado pensando mucho rato y preguntó si, dado que el río en algún punto había de alcanzar el mar, no podrían ir costeando hasta su desembocadura. Pero el Rey Merse le dijo que no sólo la salida del río estaba en extremo apartada, sino que en el terreno que mediaba hasta ella abundaban los abismos y los acantilados inaccesibles, o bien cubría aquella comarca una maleza espesísima, impenetrable, que llegaba hasta la playa (la cual estaba llena de bancos de arena), y que emplearían una buena semana viajando sin tregua para llegar a la mitad del camino —o sea, a la región donde empezaría las dificultades serias de verdad—, por todo lo cual se abandonó la idea de Vanderdecken.

Después preguntó el holandés si el curso del río se estrechaba en alguna parte y le dijeron que en cierto punto, a cosa de una legua de la ciudad, había menos distancia entre los acantilados. Pero su enorme altura anulaba esta ventaja y eran, además, muy escarpados, a modo de murallas inclinadas hacia el río, que se despeñaba allá abajo, sumido casi en la oscuridad, tal era la profundidad por donde sus aguas discurrían.



Pero Vanderdecken pidió al Rey que le indicara, dando unos pasos, la distancia aproximada que tendría que cruzarse en aquel punto, y, una vez lo hubo hecho el monarca, asintió el holandés con la cabeza, satisfecho. Preguntó luego si crecían árboles en la otra orilla, y al afirmarle el Rey que los había abundantes en ambas orillas, muy pegados al borde de los acantilados, dijo Vanderdecken: «Pues será como beberse un vaso de *Schnapps*» y, por asociación de ideas, hizo entrar al Rey y le invitó a un trago de su bebida predilecta. Tras algo más de charla, convinieron que se reunirían en la ciudad a la mañana siguiente, según ya he relatado.

El ingenio de Vanderdecken

Además de sus armas y sus cosas, los holandeses llevaban consigo una parte del aparejo de la nave. He aquí en qué consistía ese bagaje marítimo:

1 larga soga (cuerda sobrante para las velas altas); 1 rollo de cuerda delgada; 1 áncora pequeña (que pertenecía a la chalupa); 1 gruesa barra de hierro (barra de reserva de la pompa de cubierta); 1 fuerte red de cuerda (que se utilizaba para izar las cosas desde la bodega); 2 sierras; 3 hachas; 4 azuelas; 1 barrena de dos pulgadas; 1 martillo grande y 1 bolsa de clavos y otras cosillas.

Al llegar a la parte estrecha del río, Vanderdecken anduvo de acá para allá con su piloto, inspeccionándolo todo minuciosamente. Por fin, se detuvo y dijo:

—Trabajaremos aquí.

El acantilado de la otra orilla no estaba a gran distancia (estaría tal vez a unos cincuenta metros), y había muchos árboles que crecían junto al borde, tal como dijera el Rey. En las profundidades, se veían blancas manchas: el río, convertido allí en torrente, se cubría de espuma y rugía en la oscuridad. Abatieron luego un árbol alto y joven, bastante dobladizo, y le cortaron las ramas. Se cortaron también los lados del tronco, de modo que quedó reducido a un grueso tablón; los Snergs trabajaban con gran furia, y el aire estaba lleno de virutas. Y luego...

Pero, pensándolo mejor, no considero aconsejable dar una descripción detallada del aparato que Vanderdecken construyó. Eso sería convertir una narración de aventuras (con moraleja) en un manual de mecánica.

Baste decir que, con el rudo trabajo de todos, obtuvo una imitación bastante buena de lo que los romanos llamaban *balista*, que tan útil resultó para hacer entrar en razón a los pueblos sitiados, lanzándoles toneladas de piedras. Eso demuestra las ventajas de una buena educación en Humanidades.

Pero aquel aparato, en vez de piedras, iba a lanzar un ánora (atada a una cuerda cuidadosamente enrollada) al otro lado del río. El otro extremo de la soga fue atado a un árbol, y ya sólo faltaba cortar otra cuerda para disparar aquel infalible artefacto.

Cómo cruzaron el río

Vanderdecken inspeccionó el aparato una vez terminado y, tras advertir a unos snergs en exceso entusiastas para que se retirasen algo más, sacó de su faltriquera el cuchillo de monte. Hizo un corte muy hábil, que dividió la cuerda; se oyó un ruido sibilante y ensordecedor, que tumbó a algunos de los snergs menos entrados en carnes, y el ánora voló a través del río como un pájaro desmañado, desenrollándose la cuerda en el aire tras ella, y fue a chocar contra los árboles de la orilla opuesta. Los snergs lanzaron un grito de júbilo, pero no los holandeses, pues eran muy flemáticos. En vez de gritar, se agarraron a la cuerda y empezaron a tirar de ella. En menos de un minuto, se habían puesto a ayudarlos doce pares de manos más, y tiraban todos al compás de la canción *Quince marinos*. La soga se puso al fin tirante, pero al poco rato resbaló. Volvieron a tirar y se puso otra vez tirante; resbaló de nuevo y vuelta a tirar otra vez. Ahora estaba ya muy firme al otro lado, pues todas las manos tiraban y la cuerda se puso más recta que un mástil. Dieron con ella varias vueltas a un árbol y la ataron cuidadosamente, y un momento después se colgaba de ella un Snerg y cruzaba el río, dando rápidos saltos.

Desapareció entre el follaje (era el primer Snerg que alcanzaba la otra orilla, por lo que obtuvo, en su día, una condecoración). Al poco rato se acercó corriendo hasta el borde mismo del acantilado y a grandes voces dijo que todo iba bien: el ánora se había sujetado firmemente, ciñendo con cada brazo un tronco no muy grueso pero de suficiente resistencia. El trabajo había terminado sin tropiezos. Aquella soga era un camino hacia el ignorado país, camino que bastaba a

los marineros y resultaba excelente para los snergs, más hábiles en trepar que gato escaldado.

Vanderdecken manifestó su satisfacción ante el éxito del artefacto, pues si la idea del ánora hubiese fracasado, hubiera sido necesario proteger con mucha paja el cuerpo de un snerg y lanzarlo a través del río con una cuerda atada, para que pudiese asegurar el ánora al alcanzarla otra orilla. Aquel lobo de mar era, en verdad, un hombre de recursos.

Atardecía ya, pues la construcción del aparato los había ocupado la mayor parte del día, y no había tiempo que perder si querían cruzar todos el río antes del anochecer. La sogá no sería más recia que el mango de una escoba, por lo que decidieron que pasarían guardando entre sí prudente distancia, para no poner su resistencia a prueba, pero se les aconsejó además que cruzaran el río sin entretenerse. Pasaron en primer término Vanderdecken y el Rey y luego todos los demás — treinta y tres marineros holandeses y doscientos un snergs (ese uno era el corneta)—, llevando todos ellos sus armas y su zurrón muy bien atados, pues la posición del viaje era, naturalmente, cabeza abajo. Había oscurecido ya completamente cuando el último hubo cruzado a la otra orilla y pronto brillaron en la noche las alegres hogueras del campamento, y cada cual preparó su cama con helecho desmenuzado. Apostaron los centinelas a distancias regulares y fueron declarados obligatorios los cascos de acero y las corazas. Y luego, tras una breve cena, se entregaron al descanso los que aquella noche no habían de velar.

En marcha

Sonó la trompeta una hora antes de amanecer, y al rayar el alba habían ya tomado un ligero desayuno y estaban dispuestos para la marcha. El Rey Merse, que parecía tener algo de las habilidades de Napoleón, ya había dejado instrucciones detalladas a los cincuenta snergs que, por aquella noche, permanecieron en la orilla opuesta, sin moverse, por tanto, de su país. Se dividirían en dos grupos, uno para cada lado, y el de la orilla del país enemigo había de cavar una profunda trinchera semicircular y construir una elevada muralla en la misma forma, para defender el punto donde estaba clavada el ánora. Los dos grupos cambiarían de posición cada tres días. Y mientras no vieran regresar al Cuerpo Expedicionario, enviarían diariamente un mensajero a la ciudad, para comunicar que no había novedades, mensaje que un correo especial habría de transmitir a la señorita Watkyns. Es terrible pensar que todo aquel trajín era ocasionado por la locura y la desobediencia de dos mocosos como Sylvia y Joe.

Las fuerzas partieron en dirección a un montículo, desde donde podrían practicar un reconocimiento. Cuatro ágiles snergs formaban la vanguardia a cosa de un cuarto de milla, y tras ellos avanzaba el grueso de las fuerzas, a cuatro de fondo, precedidos por Vanderdecken y el Rey. El primero calzaba grandes botas de agua, cuya parte alta tendría la anchura de un cubo; cubría su cabeza con un gorro marino de piel, y llevaba un largo mosquete de terrible aspecto. El Rey lucía una coraza adornada con aplicaciones de diversos metales; llevaba casco de acero y una espada de probado temple. Empuñaba un hacha de guerra de las de doble filo y, en conjunto, parecía un

elemento muy útil, pese a su escasa estatura. Los snergs que se quedaron atrás contemplaron la marcha de los expedicionarios hacia el país desconocido, hasta que desaparecieron completamente entre los árboles y dejaron de oírse las fuertes pisadas de las botas altas de los holandeses.

El primer día de marcha

Muy entrada ya la tarde, las Fuerzas Expedicionarias se detuvieron en una loma y contemplaron con interés un grupo de torres que se alzaba a cierta distancia. Era aquélla la primera mansión que veían tras una larga marcha.

En la exploración preliminar que hicieran por la mañana, sólo descubrieron una región de llanuras suavemente onduladas, con manchas de espeso bosque acá y allá, en la que, al parecer, no habitaba nadie, por lo que fue preciso discutir qué dirección seguirían. Vanderdecken observó que, ignorando el rumbo adecuado, lo mejor sería fijar uno al azar y seguirlo tenazmente, pues, si bien pudiera alejarlos de los extraviados, lo mismo podría decirse de cualquier otro rumbo que tomaran, y a un sitio u otro habían de ir. Se decidieron, pues, por la dirección sudoeste y anduvieron sin detenerse durante muchas horas, asombrados de no encontrar indígenas, ni caminos, ni casas. Tampoco aparecía ningún vestigio de dragones o unicornios, ni de la demás fauna feroz, que, según se rumoreaba, existía allende el río.



Lo más feroz que vieron fue un enorme conejo, provisto de fuertes garras; pero se limitó a ponerles muy mala cara y echó en seguida a correr.

Cambiaron de rumbo tras el descanso del mediodía, pues Vanderdecken opinaba que, no habiendo encontrado nada que pudiera guiarlos en su búsqueda, lo mejor sería avanzar en zigzag. Y así llegaron, por fin, a la cumbre de aquella loma y divisaron las lejanas torres, medio ocultas en la espesura. Fijaron, pues, el rumbo y bajaron después de la colina y se adentraron en el bosque. Dos horas más de marcha, y llegaban ya a la pequeña y sólida fortaleza en la que, dos días antes, los extraviados que andaban buscando se solazaron como en su propio hogar.

Otra vez el castillo misterioso

El Rey Merse no gustaba de hacer las cosas a la buena de Dios. Envió primero a unas cuantas parejas de snergs de reconocimiento, según aconseja la buena técnica, y el grueso de las fuerzas siguió detrás. Los que formaban la vanguardia comunicaron que el castillo, aunque de aspecto próspero, no era, al parecer, teatro de intensas actividades. Salvo el humo que despedía una chimenea —la cual, según creían y esperaban, correspondía al hogar de la cocina—, no se advertía en aquella mansión ningún signo de vida.

Los holandeses montaron sus mosquetes, los snergs prepararon sus flechas, y avanzaron todos y se detuvieron ante la puerta de la muralla exterior. Después el Rey Merse ordenó a su trompetero que hiciese sonar el cuerno colgado afuera.

He de consignar que, para ahorrar tiempo y provisiones, habían decidido tratar aquel país como si fuera territorio enemigo, mientras no se demostrara lo contrario.

El trompetero tocó (no sin destreza) el equivalente snerg de «Vente a la puerta de la cocina», y tras un breve intervalo, se asomó un rostro a la muralla. Era un rostro mofletudo y de cierto empaque en su expresión, que inspiró a los recién llegados una antipatía instintiva, aunque tal vez algo injusta.

—Señores, ¿qué queréis? —dijo el desconocido, mirándolos despectivamente.

—Sería largo de contar —contestó el Rey Merse—, pero, de momento, lo que nos interesa es entrar y comer algo. Lo demás, ya os lo contaremos luego.

—No es posible —dijo el desconocido—, pues está ausente mi señor, y me dio órdenes rigurosas de no admitir a nadie, mientras no fuese para algo necesario.

—El comer lo es bastante —insistió el Rey—. Vamos, compañero, no nos hagáis esperar más.

—Creo que tendréis que buscar comida en otra parte —repuso el mofletudo—. Al parecer, este castillo va haciéndose popular entre los caminantes. Hace sólo dos días, unos bellacos penetraron aquí, aprovechándose de una breve ausencia mía, y se comieron unas cuantas docenas de huevos y un jamón entero, dejando que lavara yo los platos. Os aconsejo, pues, que sigáis vuestro camino antes de que me enoje.

El Rey Merse, que no era partidario de perder el tiempo en inútiles discusiones, se volvió hacia sus hombres.

—Echadme esa puerta abajo —ordenó.

—¡No os lo toméis tan a pecho! —gritó el desconocido, cambiando súbitamente de tono—. Os abriré, pero he de advertiros que mi señor es terrible, cuando está enojado.

Se abrió la puerta y apareció un hombre corpulento, que vestía una larga túnica. Colgaba sobre su pecho una cadena y en la mano llevaba un bastón de mando: a todas luces era el mayordomo del castillo.

—¡Ah! ¡Terrible de verdad! —prosiguió—. Si regresa y os encuentra aquí... ¡Bueno! Si no queréis escucharme, allá vosotros —concluyó muy molesto, pues el Rey y Vanderdecken se dirigían, al frente de sus hombres, hacia la ancha escalinata por la que se subía a la puerta principal del edificio, que estaba abierta.

Una vez dentro, se encontraron en un cómodo vestíbulo, amueblado con largas mesas y

taburetes, y a cuyo extremo había una tarima con una mesa primorosamente labrada y algunos sillones esculpidos.

—Y ahora, buen hombre —dijo el Rey, tras quitarse el casco y sentarse cómodamente—, decidnos: ¿a quién pertenece este castillo?

—Al famoso *Sir Bevis*, señor de las Tierras Fronterizas del Rey —contestó el mayordomo, que le había seguido, juzgando por fin que aquél era un caso que exigía tacto y discreción—. Es él quien guarda a este país contra cualquier ataque imprevisto de los feroces y crueles snergs, que viven al otro lado del río profundo. Y ahora debo preguntaros yo quiénes sois y por qué...

—Decidme si habéis visto por ahí a dos niños que iban de camino o si oísteis hablar de ellos. Había de acompañarlos un hombre aproximadamente de mi estatura.



—No vi a ningún enano... digo, a ningún hombre de vuestra estatura. Pero esta mañana precisamente he visto a dos niños.

—¿Dónde? —preguntó el Rey, levantándose de un salto.

—En los bosques, cogiendo fresas. Pero tal vez sea impropio llamarlos niños, pues el menor tiene dieciséis años y es un corpulento mozalbete para su edad, y el otro tendrá unos dos años más y ya le apunta la barba. Son hijos de mi amigo Hugo, el molinero, y buenos vagos le han salido los dos, según le he advertido con frecuencia a Hugo, aconsejándole que pruebe con ellos el efecto de una firme vara de abedul, pues si un muchacho...

—No penséis más en ellos —interrumpió el Rey, volviendo a sentarse—. Y ahora, buen hombre, decidme dónde vive vuestro monarca y si está muy lejos de aquí.

—Su Majestad el Rey Kiul reside (como debiera saber todo el mundo) en Banrive, que está a un día de marcha. Y ahora debo insistir...

—Pues pasaremos aquí la noche y emprenderemos la marcha mañana en cuanto amanezca. De momento, comeremos algo.

—No, noble señor, eso no puede ser. Si mi dueño...

—Necesitamos —dijo el Rey— algún plato de buena carne como base. El cerdo no iría mal, y como resulta muy sabroso con judías, vengan judías también.

—Y cerveza —añadió Vanderdecken.

—Naturalmente, no puede faltar la cerveza. A moverse, pues, que queremos comer de prisa y descansar luego. Y a propósito de descanso: ¿dónde está el dormitorio de vuestro señor?

—Éste es —dijo el mayordomo, abriendo una puerta y mostrándoles un espacioso aposento con dos camas cubiertas con un dosel—. Pero no debiera permitirlos usar las mejores camas de mi señor, pues si...

—Tomad vos ésta —dijo el Rey a Vanderdecken, señalándole la mayor—. Parece muy cómoda.

—No —contestó cortésmente Vanderdecken—; dormiréis vos en ella.

—Os lo digo sinceramente; me sería grato que la utilizarais vos —insistió el Rey.

—Pues, a cara o cruz —propuso Vanderdecken, sacando una pieza de medio florín.

—¡Cara! —dijo el Rey.

—¡Cruz! —gritó Vanderdecken, mostrando la moneda—. Lo siento, camarada. —Se tendió en la cama (con las botas puestas) para ver cómo estaría—. ¡Qué blanda! Por lo menos, dormiremos hoy como príncipes.

Salieron después y dieron instrucciones a sus hombres. Fueron unos en busca de paja para sus lechos, otros se llegaron a la cocina y, siguiendo las indicaciones del cocinero de Vanderdecken —cuya sopa había sido causa de todas aquellas aventuras—, prepararon algunos platos exquisitos (el cocinero sobresalía especialmente por cierto pastel de pescado) y sacaron del tonel varios galones de cerveza fuerte, que constituiría grato complemento de los guisos. El mayordomo iba siguiéndolos, con pluma, cuerno de tinta y un pergamino, y tomaba nota de cuanto consumían, cargando unos precios que, a su juicio, eran los más elevados que solían pagarse en las hosterías. Como se ve, era una persona fiel, pero bastante corto de miras.

Terminada la cena, apostaron centinelas en la muralla, y los demás se acostaron en la paja. El Rey y Vanderdecken se retiraron a su dormitorio, tras dar orden de que los llamasen una hora antes de despuntar el día.

—¡Se está que ni en la gloria! —exclamó Vanderdecken, hundiendo la cabeza en la mullida almohada de pluma—. Y a propósito: ojalá encontremos pronto a esos pequeños.

—Sí —asintió el Rey—. Pues si no es así, esas regiones conocerán los horrores de la guerra, la muerte a sangre y fuego, y quisiera evitarlo, por poco que sea posible.

Cómo recogió Gorbo las mandrágoras

Cuando al fin Gorbo decidió dar por terminada su desagradable tarea de buscar mandrágoras, ya apuntaba el alba. Le dolía mucho la espalda, pues había permanecido agachado y tirando de las raíces, casi sin descanso, la noche entera —lúgubre noche—. Se sentó un rato en un leño y trató de aliviar su espinazo, pero sin dejar de echar, de vez en cuando, inquietas miradas hacia atrás.

¡Qué nohecita, Dios mío! No sólo las mandrágoras auténticas resultaron rarísimas —tras horas y horas de búsqueda, logró sólo recoger media docena que le pareciesen buenas de verdad—, sino que tuvo que aguantar las inquietantes molestias de aquel sitio. Dejando aparte lo de los murciélagos, que bastante guerra le dieron, estuvo siempre pendiente de los extraños seres que parecían espiarle desde la negra sombra de los árboles de en torno. Eran unos seres casi de forma humana, pero con rostros menudos y feroces, grandes orejas puntiagudas y bocas llenas de baba, que mascullaban palabras ininteligibles y le señalaban con el dedo a la vaga luz de la luna. Había también un ser pálido y regordete, que si no era un diablo chino se le parecía mucho, y que se había sentado bajo una mata de acebo, y le estuvo mirando fijamente horas y horas, prorrumpiendo de vez en cuando en estridentes risotadas.

Gorbo no era nada supersticioso en el sentido corriente de la palabra, pero aquella noche le había dejado bastante nervioso, si se me permite la expresión, sobre todo por habersele advertido que no hablase mientras estuviese consagrado a aquella tarea; decir algo hubiera aliviado mucho su inquietud. Lo cierto es que si, cuando estaba sentado en el leño, unos dedos helados le hubiesen tocado el cogote, a buen seguro hubiera dado un brinco considerable, de lo que no he de criticarle pues, en su caso, yo hubiera hecho lo mismo.



Pero, sea como fuere, tenía ya seis mandrágoras en el cesto y la noche había pasado. Se levantó y por el incierto sendero regresó a casa de la Tía Meldrum, con la esperanza de que, en

buena parte, sus desagradables aventuras terminaban ya, pues la bruja podría ocuparse de los hechizos y de cuanto fuera menester para que pudiesen ellos abrir las misteriosas puertecillas. Claro que deberían aún cruzar de nuevo el bosque de los árboles entrelazados; pero confiaba que esta vez no le resultara tan difícil, pues en los dos o tres últimos días había adquirido mucho sentido común y lo aplicaría debidamente. Si lograban pasar a la otra orilla —se decía—, pronto daría con el medio de devolver a los niños, sanos y salvos, a su hogar.

Llamó a Sylvia y a Joe al acercarse a la casa, pero nadie le contestó, ni pudo oír los menudos pies de los niños corriendo a darle la bienvenida. Se apresuró hacia la puerta de la cocina y la abrió de un empujón, pero allí tampoco había nadie. Volvió a dar voces con ansiedad y vio al fin que se abría la puerta que había junto al hogar y salía Golithos, quien al cruzar el umbral hubo de agacharse mucho.

—¡Hola! —le dijo con aire ceñudo—. ¿Qué quieres?

—¿Dónde están los niños? —preguntó Gorbo al volver en sí de su asombro.

—¿Los niños? ¿Y cómo voy a saberlo yo? Mi oficio no es el de niñera.

Gorbo dejó caer su cesto y le dio vuelta al arco que llevaba colgado a la espalda, para tenerle más a mano.

—¡Oh! ¡Deja en paz ese maldito arco! —exclamó Golithos, mudando de tono—. Siempre me estás poniendo nervioso con el trasto ese. Los niños se marcharon durante la noche con el dicharachero, eso dice la Tía Meldrum, y yo no se dónde estarán. ¿Cómo había de saberlo?

—Y ¿adonde se ha ido ella? —dijo Gorbo, tras un momento de indescriptible ansiedad—. ¡Contesta en seguida!

—La vieja corrió en busca de los pequeños. ¡Pero baja el arco de una vez! ¿Tendré yo la culpa?

Gorbo, con el rostro contraído por la desesperación, miraba al otro fijamente. ¿Qué habría ocurrido? Por más que se estrujara el cerebro, no acertaba a formular ninguna hipótesis.

—Siéntate y descansa —dijo Golithos, que tomó a su vez asiento en una banqueta, junto a la lumbre—. Confío que volverá pronto.

Gorbo se sentó al cabo de un momento y se quedó pensativo, fijos los ojos en las llamas. Golithos le miraba de vez en cuando tímidamente, pero los dos estuvieron en silencio. Y así permanecieron, hasta que se oyó afuera un paso vivo y Gorbo pareció sobresaltarse.

La puerta se abrió con estrépito y apareció la Tía Meldrum, terriblemente huesuda, fea y airada, con su capa y su puntiagudo sombrero.

—¡Ah! ¿Volviste por fin?

—Sí, señora. Pero ¿dónde están Sylvia y Joe?

—Se marcharon... ¡los locuelos!

—Pero ¿adonde? —gritó Gorbo.

—¡No seas mal educado! —le gritó a su vez la vieja—. A mí no me chilla nadie.

—No, señora, no lo haré —dijo el pobre Gorbo—. Pero ¿por favor, adonde se fueron los niños?

—Esta noche estarán en poder del Rey Kiul. Ellos y el dicharachero. Corrí en pos de los tres cuando vi que se habían fugado, pero ya era tarde. El dicharachero iba montado en un caballo, con la boca tapada (lo que comprueba que quienes le prendieron son gente juiciosa), y esos locos

chiquillos iban cada cuál en la silla de un jinete. Tal vez a estas horas se habrán arrepentido de su fuga.

—¿Hacia qué lado fueron? —gritó Gorbo, dirigiéndose hacia la puerta—. Les daré alcance...

—¿Lo crees tú? Si te imaginas que podrás dar alcance a unos jinetes que te llevan ya dos horas de ventaja, o que, aunque lo consiguieras, ganarías algo con ello, eres, en verdad, mucho más necio de lo que pareces... que ya es mucho decir.

—Pero... ¿por qué se fugaron? —preguntó Gorbo, al que acometió de pronto una nueva duda.

—¡Qué sé yo! Estaba yo charlando con ese montón de nervios viejos —dijo la Tía Meldrum, señalando a Golithos—, que vino a visitarme, como buen vecino que es, cuando se me ocurrió la idea de ir a echarles un vistazo, por si les faltase algo. Y una vez arriba, vi que el cuarto estaba vacío y la ventana abierta. El dicharachero se había marchado también. Salí, pues, en su busca, pero cuando los vi, era ya demasiado tarde. El Rey Kiul los pilló. Supongo que el dicharachero les aconsejaría la fuga, pues es lo bastante botarate para cualquier locura. Pero si de veras te interesa salvarlos, te diré el único medio.

—¡Oh! ¡Gracias, señora! —exclamó Gorbo.

—Primero he de desayunar. —Se quitó la capa y empezó a ir de acá para allá, con gran ruido de ollas y sartenes—. No voy yo a morirme de hambre por esos mocosos.

—Si no me hubiese pasado la noche entera recogiendo esas mandrágoras —dijo Gorbo, tirándose de los pelos— no los hubiera perdido. ¡Oh! ¡A fin de cuentas, soy el mayor de los necios!

—Muy cerca de eso andarás, en todo caso. —La Tía Meldrum había suspendido su labor y recogió el cesto de Gorbo—. ¿A eso le llamas tú mandrágoras?

—Sí, señora —contestó Gorbo, humildemente—. Me pareció que chillaban un poquitín cuando las arrancaba.

—¡Vulgares chirivías de pantano! —dijo la Tía Meldrum sarcásticamente, tirándolas por la puerta abierta—. ¿Sólo de eso eres capaz? ¡Valiente ayuda!

Volvió la espalda y siguió ocupándose de sus guisos.

Gorbo se sentó de nuevo y hundió el rostro entre las manos. Desgracia tras desgracia. No sólo había perdido a los niños, sino que el triste suceso ocurrió mientras él consagraba una noche nada agradable a la búsqueda de unas pocas chirivías comunes, que no tenían ningún valor (*avacabolis communis*). Se decía que no valía la pena vivir.

—¡Anímate, hombre! —dijo la vieja, tras unos minutos de silencio—. Te indicaré el medio de salvarlos, ya te lo dije; confía en la vieja Tía Meldrum. Y, entretanto, mejor será que comas un poquitín.

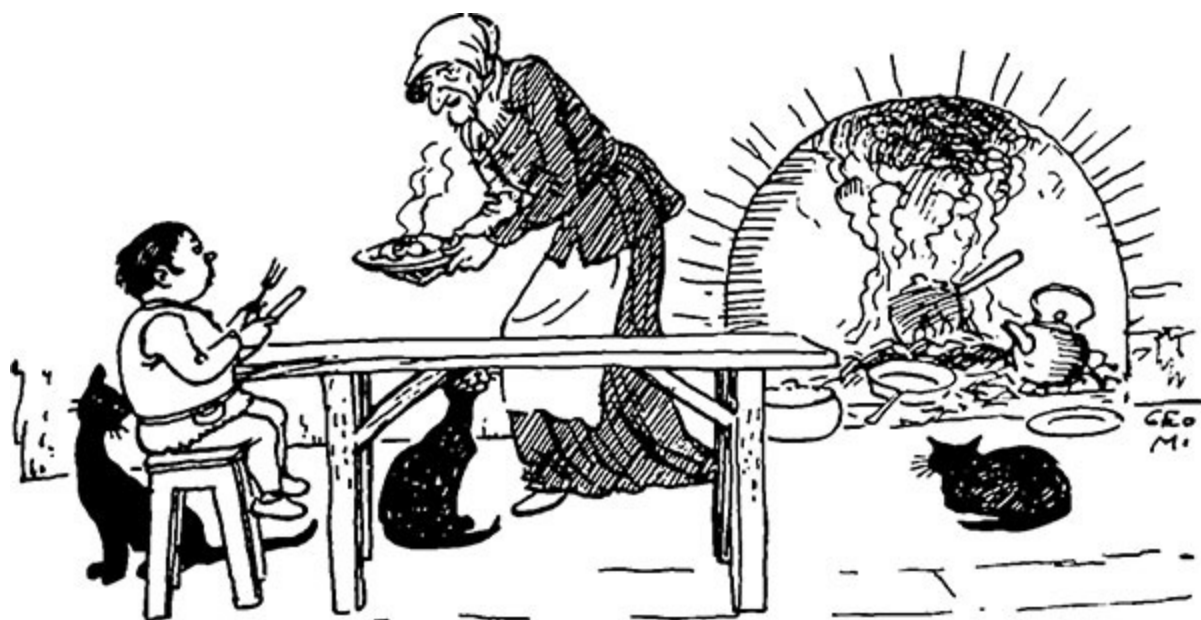
Le sirvió un enorme plato de riñones, salchichas pequeñas y jamón, a los que acompañaba una tortilla. El exquisito olor de todo ello, unido a la promesa de ayuda que le hiciera la bruja animó un poco el corazón de Gorbo, quien acercó su taburete a la mesa y comió con íntima gratitud. Los riñones estaban riquísimos, y la tortilla era obra de un verdadero artista. La Tía Meldrum sería malvada y cruel, fea y temida de todo el mundo, pero poseía una cualidad que redime incluso a un carácter de los más viles; sabía guisar.

—Golithos come sólo hierbas y cosas parecidas —comentó con risa diabólica—; así, él podrá

acabarse ese poco de col cruda. Buen apetito, Golithos.

Golithos acercó su taburete a la mesa con disgusto y empezó a pellizcar la col, comiendo con evidente desgana. De vez en cuando, lanzaba nostálgicas miradas a la mezcla frita, pero era grande el temor que le inspiraba la Tía Meldrum, y siguió guardando silencio.

La bruja, mientras sacaba del tonel un jarro de espumosa cerveza, le dijo a Golithos que en la cisterna del patio encontraría todo el agua que le pudiese apetecer.



Terminado el desayuno, la vieja se sentó y permaneció un rato pensativa, mirando a veces a Golithos. Era evidente que quería quitarle de en medio, y suele ser siempre materia delicada el hacerle comprender a una tercera persona, que está, como dicen los franceses, *de trop*. Pero la Tía Meldrum se salió con la suya.

—Golithos —dijo de pronto—. Quítate de ahí. Sal y quédate junto a la raíz de aquel árbol cortado, para que yo pueda ver que no nos escuchas.

Golithos se levantó y cruzó con pasos torpes el umbral. Cuando llegó donde la bruja le ordenara, permaneció allí, mirando ceñudamente en torno suyo.

Cómo engañaron a Gorbo

—Es de lo más corto de miras que vi en mi vida —observó la Tía Meldrum—. No es que tú seas gran cosa, pero eres mucho más listo que él. Y ahora atiende bien a lo que voy a decirte. Esos niños se hallan en un gravísimo peligro, en peligro de muerte... Pero haz el favor de no interrumpirme, o dejaré que lo arregles tú solo. Tú no sabes nada del Rey Kiul, a quien yo conozco desde hace un buen rato. Si te contara sólo la mitad de lo que ha hecho, se te pondrían de punta esas cerdas que te cubren la cabeza, y me abstendré de hacerlo, pues no estarías muy atractivo. Pero te aseguro que es la fiera más terrible y cruel que haya empuñado cetro. Y el único medio de salvar a esos niños de una espantosa fatalidad (por lo menos habrán de cortarles la cabeza como

extranjeros espías) es que des muerte al Rey. No cuento para nada con la ayuda de aquel dicharachero: a fin de cuentas, siempre opta por huir.

—Pero... pero, señora —dijo Gorbo, lleno de horror—: ¡sin duda no existe quien se atreva a matar a dos inofensivos niñitos! ¡Eso no hay quien lo haga!

La vieja soltó una despectiva carcajada.

—¡Ay, inocente! —exclamó—. El Rey hace esas cosas sólo por divertirse. Ha dicho más de una vez que le encanta ver saltar una cabecita, como una flor que se desprende del tallo. Naturalmente no has oído nada de lo que ocurrió en la clase de párvulos de la Escuela Dominical. Pero no entremos en detalles desagradables: lo importante es que alguien debe acabar con él. He intentado que se encargara de esa misión Golithos, pero tiene menos energías que un conejo, y ya estoy harta de discutir. ¿Lo harás tú, pues? Recuerda que es éste el único medio de salvar a aquellas pobres criaturas.

—Sí, señora, lo haré —contestó Gorbo, levantándose de un salto—. Enseñadme vos el camino, y veré lo que pueda hacer con mi arco y mis flechas.

—Nada de arco ni flechas. En primer lugar, no te sería posible burlar la guardia y acercarte al Rey lo suficiente para poder disparar. Hay sólo un medio de hacerlo, y tienes muchísima suerte de contar con una bruja llena de experiencia, que pueda mostrártelo.

—Lo haré del modo que vos digáis, señora, con tal que pueda hacerlo inmediatamente.

—¡Así me gustan los hombres! —exclamó con satisfacción la bruja—. Espera un poco.

La vieja salió, y Gorbo se sentó con el corazón lleno de espanto y tristeza ¡He aquí el terrible resultado de su necedad! ¡Pensar que aquellos inocentes estaban en poder de un tirano, al que entusiasmaba ver saltar las cabecitas cortadas... pensar que, si no los hubiese inducido a visitar los árboles grises, ya haría tiempo que estarían, sanos y salvos, en su hogar... darse cuenta de que su nombre sería objeto de eterna maldición entre los snergs, pues le recordarían como al loco que condujo a dos niñitos al cautiverio y a la muerte! No es de extrañar que Gorbo bajase la cabeza, que gimiera lleno de angustia y llorara como un niño.

La Tía Meldrum volvió a entrar, con un paquetito bajo el brazo.

—Ahora, mar de lágrimas —le dijo—, siéntate y fíjate bien en lo que voy a decirte, pues conviene que no te equivoques.

—Sí, señora —asintió Gorbo, sentándose y escuchando con la mayor atención.

—Primeramente, tendrás que penetrar sin ser visto en el palacio del Rey, y la única forma de conseguirlo es que cubras tu cabeza con un gorro que te haga invisible. Ahí está —añadió, mostrándole una prenda usadísima—. Tiene setecientos años, lo que explica que esté ya algo pasado de moda, pero su efecto surte admirablemente. Tómalo y pon sumo cuidado en no cubrirte con él mientras no sea necesario, pues su magia actúa una sola vez para cada persona. Si te lo pusieras ahora, te harías invisible en unos diez minutos. Luego su virtud, se habría ya desvanecido para ti irremisiblemente. ¿Me entiendes?

—Sí, señora. Queréis decir que sólo he de usarla para entrar en palacio.

—Diste en el clavo, Gorbo. Veo que progresas un poco. Y ahora, he aquí lo segundo—. Y diciendo esto, sacó un flexible bastón recién cortado y azotó el aire con él.

—Sí, señora. ¿Y qué debo hacer con eso?

—Esto —dijo la bruja con énfasis— es una *espada penetrante*. En cuanto golpeas con ese palo, se convierte en espada, y a quienquiera que le des con ella, le verás partido en dos mitades. Fue en tiempos propiedad de un primo de la Reina Mab, y la usó para resolver cierto asunto de familia. Pero recuerda que, blandida una vez, se vuelve palo de nuevo y su virtud se desvanece para siempre... es decir, en lo que respecta a ti.

—Sí, señora. Queréis decir que si golpeo al Rey con eso, le partiré en dos mitades.



—Eso es. Y será un espectáculo delicioso; lástima que yo no pueda estar allí. Pero una vez lo hayas hecho, se producirá un enorme revuelo, y será aconsejable que desaparezcas por una temporada. Cuando el tirano haya muerto, se alzará el pueblo y celebrará el suceso liberando a los pobres presos y demás, con lo que, naturalmente, se salvarán aquellos angelitos. Pero será mejor que tú pongas tierra de por medio.

—Sí, señora. Pero ¿cómo lo haré?

—Ahí tienes —dijo la Tía Meldrum, entregándole unas zapatillas en muy mal estado—, un *calzado veloz*. En cuanto hayas realizado tu hazaña, te lo calzas y huyes. Pero te aconsejo que no corras mucho, pues en un abrir y cerrar de ojos te encontrarías en Mesopotamia, o en mitad del océano o Dios sabe dónde. Bastarán unos pocos pasos vivos, y, aun así, tendrás que andar la mitad de la noche para volverte, pues ese calzado, como el gorrito y la espada, sólo surte efecto una vez. Cuando regreses, serás aclamado como un gran personaje, y te devolverán los niños sanos y salvos, y también recobrarás a tu amigo el bufón, si de verdad te interesa. Pues ahí lo tienes todo, y muy bien envuelto. Haz exactamente lo que te dije, y recuerda que, si te haces un lío, los espíritus de los niños no te dejarán en paz y se te aparecerán por la noche, con sus cabecitas bajo el brazo.

—¡Marcho en seguida! —exclamó Gorbo, tomando el paquete que contenía los maravillosos objetos, y también su arco y el hatillo con sus cosas, y dirigiéndose hacia la puerta—. Indicadme ahora el camino.

—Al salir del bosque, dobla hacia la izquierda y ve siguiendo la avenida verde un par de

millas. Entonces alcanzarás la carretera, que conduce directamente a la ciudad. ¡Buena suerte!

Gorbo le dio las gracias brevemente, pero con efusión, y partió como un rayo sendero abajo. La Tía Meldrum le vio desaparecer entre los árboles; entró de nuevo en su casa, se sentó en una banqueta y se echó a reír, hasta que el horrible alborozo agitó todo su cuerpo.

Un trato terrible

Tras gozar unos minutos de su burla secreta, le dijo a Golithos que se acercase. El ogro entró con aire muy ceñudo y se sentó frente a la bruja.

—¿Adonde has enviado ese snerg? —preguntó.

—¡Oh! —contestó ella, con una risita ahogada—. Eso no te importa. —Y tras un breve silencio, añadió—: Hablemos ahora de nuestros asuntos. ¿Aceptas o no mi oferta? Debo advertirte, por si no lo supieras, que yo no tengo mucha paciencia, y si sigues con tu testarudez, poseo mil medios para fastidiarte. Por algo tendré experiencia de brujería.

Golithos se rascó la cabeza con desagrado.

—Es muy peligroso —dijo al fin.

—Veo que te propones incomodarme. Dímelo de una vez: ¿matarás al Rey, si te entrego a los niños?

—Pero si todavía no los tienes.

—¡Bah! Volveré a tenerlos con suma facilidad, en cuanto me lo proponga... pero de ti depende que yo me tome esa molestia.

—Sí. Pero ¿por qué no convenciste a ese snerg para que lo haga él? Es lo bastante loco para una empresa así.

—Sí, es... algo peor que tú, en ciertos aspectos, y por eso quise quitarle de en medio. Pero el caso es que, mediante la magia negra, descubrí que si alguien ha de darle muerte al Rey, deberá ser precisamente un ogro, y tú eres el único que queda en esas regiones. Conque, ya ves tú.

—¡Ah! ¿Es eso cierto?... Y ¿no dice tu magia lo que le ocurrirá después al ogro?

—Sí; dice que luego vivirá para siempre feliz y en paz.

Golithos volvió a rascarse la cabeza. A pesar de la fe que le inspiraba la Tía Meldrum, abrigaba sus dudas acerca de lo que en aquellos momentos le aseguraba.

—Supongo que habré de hacerlo —masculló hoscamente—. Pero primero quiero tener seguros a los pequeños. Ante todo, te los traes aquí y me los guardas. Después haré lo conveniente.

La vieja le lanzó una mirada furibunda.

—¡Sí! Veo que lo que te propones es enojarme —exclamó—. Pero vas a ver lo que te hago...

—¡No! ¡Aguarda un poco! Si sólo pudiese *verlos*, ¿sabes?, eso me animaría mucho para hacer lo que he de hacer. Llevo tanto tiempo comiendo ensalada y cosas parecidas que no tengo, ni mucho menos, la energía de antes; y aunque últimamente me comí la vaca, eso no me da el vigor que me infundía mi alimento natural. Has de hacerte cargo de lo que digo. Es muy razonable.

La vieja se lo quedó mirando, entre iracunda y dudosa.

—¡Hum! —exclamó—. Eres el más blandengue de cuantos ogros traté en mi vida, y te aseguro que conocí a más de uno. ¿Querrás hacerme creer que si te los hubiese mostrado esta mañana, ya hubieras despachado al Rey?

—Sí —contestó él con energía—, eso es. Sólo un vistazo a aquellos niños tan entraditos en carnes (que prometiste entregarme con toda lealtad) y me hubiera entrado un deseo irresistible de hacer lo que hay que hacer —prosiguió patéticamente—. Has de reconocer que la tarea es algo difícil.

—¡Ni aquel dicharachero resulta tan insoportable como tú! —rugió la Tía Meldrum—. Bueno, pues, si te los traigo a los dos, ¿te marcharás en seguida, en cuanto les hayas echado un vistazo, y harás lo que yo quiero?

—¡Oh, sí! Sólo los contemplaré un rato y me marcharé en seguida. Naturalmente, si primero pudiese catar a uno de los dos, sólo para darme el valor que se requiere, por así decirlo...

—Pues, eso no lo harás. Los verás cuando los tenga aquí muy seguros, y te marcharás en seguida, si no quieres saber de qué soy capaz cuando estoy de veras enojada. ¿Trajiste el hacha?

—Sí; ahí la tengo. —Se dirigió hacia un rincón de la cocina y recogió una enorme hacha de guerra, que blandió sin esfuerzo alguno—. A más de un corpulento hombre de armas derribé con ella en otros tiempos.

—Cuando tenías fuerza, ¿verdad?

—Eso es. Pero ya me vuelve. Y si para la cena me sirves un buen cerdo asadito, aún me volverá más. Y en cuanto vea a aquellos angelitos que me están esperando, entonces sí que el vigor ya no me abandonará jamás.

Los ojos le daban vueltas en las cuencas y mostraba buena parte de su feroz dentadura, mientras manejaba el hacha, que un hombre corriente hubiera a duras penas levantado, con la misma facilidad que un cuchillo de carnicero.

—Sí —dijo la Tía Meldrum, tras contemplarle un momento—, pienso que así debe ser. Ya veo que necesitas algo que te dé fuerzas, pues estabas más blando que una jalea. Aguarda pues, a que vuelva con los niños y, entretanto, consérvate animoso pensando en ellos. Demasiado tiempo me costó ponerte así, Golithos —prosiguió soltando una feroz carcajada—, pero creo que al fin me salí con la mía. Tú obtendrás lo que te interesa, y yo lo que tanto apetezco... ¡la venganza!

Se levantó de un salto y empezó a dar vueltas por la cocina en una horrible danza, saltando con una agilidad que, a sus años, resultaba asombrosa. Golithos, cuya ferocidad largo tiempo adormecida despertaba por momentos, prorrumpió en largas y horribles carcajadas. Era una escena espantosa en verdad y es preferible pasar por ella como sobre ascuas.

El viaje de los cautivos

Es una suerte para los niños (y también para la gente mayor, si pudiesen lograrlo) no angustiarse

demasiado por el futuro desarrollo de una calamidad. Sylvia y Joe eran de los que no se angustiaban —sobre todo Joe—, y lo que les preocupaba especialmente mientras cabalgaban en la silla de sus guardianes era verse separados de su amigo Gorbo, quien, si tal vez no hubiera podido salvarlos de aquel suceso, por lo menos, con su presencia, les hubiera hecho más llevadero el camino. Pero verse conducidos como cautivos ante un monarca de quien habían oído contar terribles cosas, no les parecía un mal tan grande, pues eran riesgos que reservaba el futuro, y el futuro está siempre algo lejos.

No los trataban mal, y aun les permitían conversar con los hombres de armas mientras cabalgaban, pero hablando muy bajito, pues lo contrario hubiera faltado a la disciplina. Baldry iba a cierta distancia, de modo que no tuvieron ocasión de dirigirle la palabra. El que capitaneaba a los jinetes había permitido, después de un rato, que le quitaran la mordaza a condición de que dejara de hablar, y Baldry se pasaba el tiempo canturreando canciones sobre los crueles hados y otros temas melancólicos. A todas luces se había resignado a su destino.

El caballero al que obedecían aquellos hombres de armas —que, según les dijeron, se llamaba *Sir Gil*— dirigió a los niños ciertas preguntas sobre las circunstancias en que se juntaron con el bufón del Rey, pero, aun cuando ellos le dijeron la verdad y le hablaron de la bahía de Watkyns (de la que nada sabía el caballero), de los snergs (de quienes sólo poseía escasas referencias, y no muy buenas, por cierto), y de sus singulares aventuras, bien poco comprendió de todo aquello, y acabó por confesar que no había entendido nada, y que cerebros más lúcidos que el suyo cuidarían de desentrañar aquel misterio.

A medida que avanzaban, el país aparecía más poblado: había fincas, molinos de viento, etc., y de vez en cuando, un pequeño castillo o una granja rodeada de un foso. Se detuvieron media hora en una posada para que descansaran los caballos y pudieran desayunar los jinetes, y *Sir Gil* dijo al posadero que mandase la cuenta al Tesorero del Rey. A Sylvia y a Joe les sirvieron un plato de un pescado bastante parecido a la sardina, y un bol de leche, lo que los animó mucho. Baldry interrumpió su melancólico canturreo para comerse dos trozos de venado y despachar un jarrito de cerveza, tras lo cual inició otra canción en la que aseguraba ser el predilecto de la Fortuna. Verdaderamente, Baldry era un tanto complicado.

Muy entrada ya la tarde, llegaron a los confines de un espeso bosque y descubrieron a escasa distancia la ciudad. A los niños les recordó el grabado de una ciudad medieval que había en un calendario a varias tintas (el año anterior lo trajo de Londres la señorita Scadging). Las casas tenían gruesos tablones enlazados y puntiagudos techos, y las calles estaban empedradas con guijarros enormes, que parecían grises pelotas de balompié. Entraron por una puerta flanqueada por torres gigantescas, y pasaron junto a raras tiendecillas y tabernas, frente a las cuales se sentaba la gente en taburetes y bebía de unos grandes jarros, o bien permanecía apoyada en los postes. Al parecer en aquella gran ciudad había tiempo sobrado para la holgazanería, y las gentes se agolpaban para ver a los niños; pero cuando reconocieron a Baldry (pues por alguna razón volvió a montar de cara a la grupa del caballo en cuanto llegaron a la ciudad), hubo un gran revuelo y los que había en la calle llamaron a otros para que vieran al bufón. Pero *Sir Gil* ordenó a la muchedumbre que se mostrara dócil y dejara paso a los hombres del Rey, y el cortejo siguió sonoramente calle abajo, hasta detenerse en el patio de palacio.

Para Joe y Sylvia fue un momento lleno de angustia contenida cuando los bajaron de sus monturas y los condujeron a un magnífico salón. De momento, sólo vieron confusamente los lujosos trajes y puntiagudas tocas de las damas, las piernas carmesíes de los pajes y el esplendor de todo lo que los rodeaba. Comparado con el palacio del Rey Merse II, aquello era como una lujosa mansión del aristocrático barrio londinense de Park Lane, puesta al lado de una casucha del barrio de Poplar, y los niños se sintieron muy diminutos, andrajosos e insignificantes, al avanzar con *Sir Gil* (Sylvia llevando en brazos al cachorro), en aquel ambiente suntuoso, y detenerse ante el trono donde se sentaba quien ceñía la corona real. Por fin, estaban en presencia del temido monarca.

El Rey Kiul I

Sería conveniente indicar aquí a mis lectores (y en especial a la gente joven) que mi experiencia demuestra que los rumores suelen ser desmentidos más a menudo que confirmados, y sacar de ello la moraleja oportuna. Si no lo hago, es por temor a hacerme pesado. Sólo consignaré, pues, que, con gran sorpresa y alivio de los niños, no descubrieron en el Rey ningún indicio de crueldad.

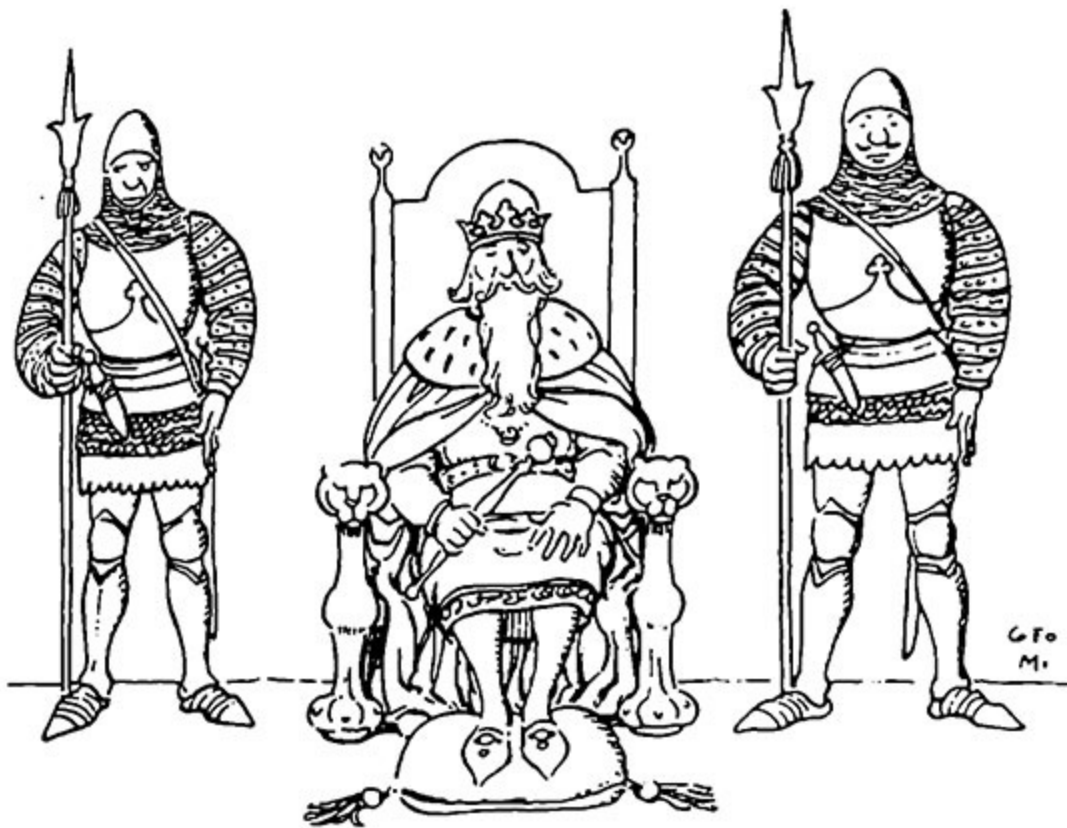
Era un hombre muy entrado en carnes y orlaba su rostro una copiosa barba gris, detalles que se ajustaban perfectamente a la descripción que les hiciera Baldry. Pero su expresión era de benevolencia y buen humor y sonrió a los niños con un dejo que, a no ser porque iba mezclado con un matiz de natural majestad, hubiera parecido el de un padrazo algo embobado.

Iba ataviado ricamente pero con buen gusto. Su jubón era de tres (o cuatro) dobleces de terciopelo verde bordado de oro, y sus calzones, de un rosa cangrejo, color que le gustaba mucho. Cubría sus hombros una capa azul pálido forrada de armiño, y la corona, que ceñía su cabeza algo calva aparecía adornada con delicadas labores de repujado. Nunca los niños habían concebido tal magnificencia en el atavío de un hombre, y se quedaron mirando al Rey, llenos de asombro y admiración.

—Bienvenido, *Sir Gil* —dijo él, como si no viera a Baldry, que se había hincado de rodillas junto a los niños—. Dime quiénes son esos pequeños y cómo es que los traes en compañía de ese sorbenubes.

—«Sorbenubes» es bastante ingenioso —observó Baldry con vivo interés.

—Los encontré viajando en compañía de ese bribón, señor —contestó *Sir Gil*—. Y como no los podía dejar solos en el bosque, me los traje también. Pero no entendí palabra de lo que me contaron, señor. Parece el cuento de un juglar que hubiera levantado más de lo prudente el jarro del vino. Es la historia de una tal condesa Watkyns, que reside en el país poblado de terrores, allende el río profundo, y de muchos millones de otros niños, y de los snergs, que se llevan muy bien con ellos. Que lo juzgue Vuestra Majestad, pues yo me quedé en Babia.



—¡Ah! Lo que pasa es que sois corto de intelecto —observó Baldry.

—¡Cállate tú, villano! —rugió el Rey.

Baldry se llevó ambas manos a la boca, con una expresión de extraordinario terror.

—¿Snergs dijiste? —prosiguió el Rey—. ¿Y es posible que esas inocentes criaturas puedan saber algo de aquella raza fiera y cruel?

—Con permiso, señor —dijo Joe, sintiéndose obligado a defender a sus amigos y levantando una mano, según costumbre de la bahía de Watkyns a la hora de clase—. Nosotros queremos mucho a los snergs, que no tienen nada de fieros.

—¡Nada de fieros dices, hombrecito! ¡Vaya! Eso es totalmente incomprensible. Ha de haber algo en ellos que no salta a la vista.

—Naturalmente, querréis decir que no salta al oído —dijo Baldry.

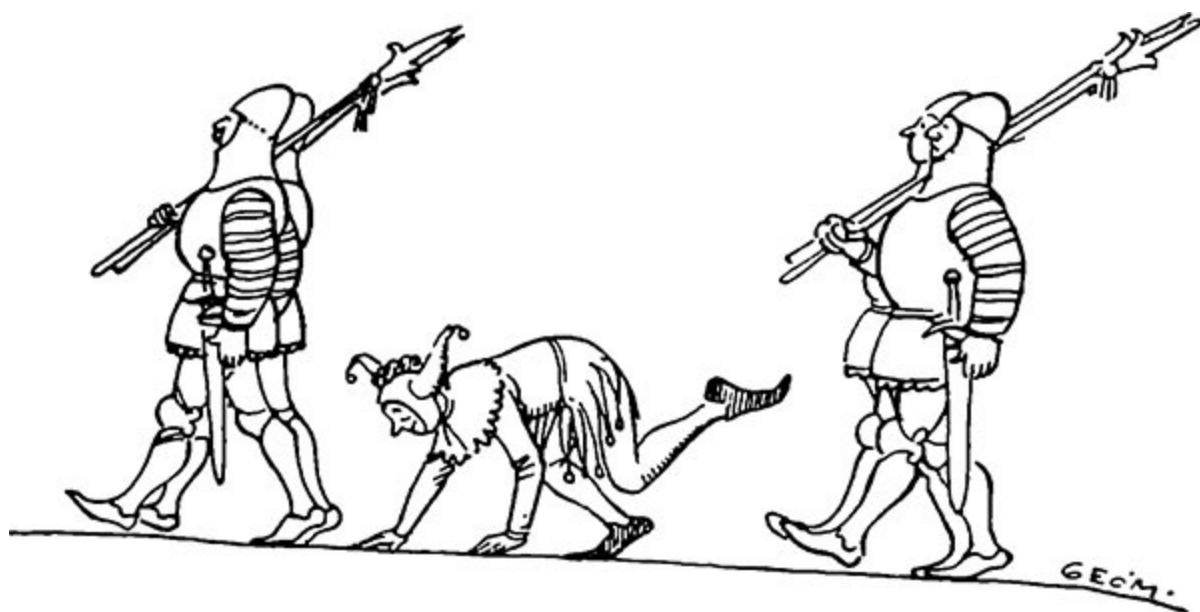
—¡Quitadme de ahí ese borrico apestoso! —exclamó el Rey—. Juzgaremos su caso en una ocasión más oportuna.

Cuatro hombres de armas rodearon al bufón y, a una orden de *Sir Gil*, se pusieron en marcha con él. Su realmente increíble locura le aconsejó andar a gatas, y así abandonó la sala, arrastrándose velozmente entre los soldados; y sin duda le animó bastante la risilla ahogada de los cortesanos menos prudentes.

Muy tranquilizado ya ante el bondadoso trato del Rey, Joe contó la historia de sus vagabundeos y aventuras. Explicó todo lo bien que pudo, y no sin la ayuda de Sylvia, el régimen de vida de la bahía de Watkyns, el aspecto del país que se extendía a la otra orilla del río y el carácter pacífico de los snergs, con quienes la Sociedad vivía en tan buenas relaciones. El Rey escuchaba sin salir de su asombro.

—¿Es posible —dijo, volviéndose hacia la Corte— que hayamos ignorado hasta ahora la

realidad de lo que hay allende el río; que aceptáramos sin discusión las tradiciones que nos llegaban, y que deban corregirnos esas criaturillas? ¿Es posible...?



Y siguió el Rey sermoneando como requería el caso, en tanto los cortesanos acogían sus palabras con murmullos de aprobación, según era de esperar en ellos.

—Pero lo evidente —prosiguió el Rey— es que debemos prestarle atención a ese Golithos, que presenta síntomas de convertirse de nuevo en un peligro, y también a la Tía Meldrum. Mucho dejamos que esa vieja tirara de la cuerda tiempo atrás y tal vez tengamos que darle algo más cuerda ahora, aunque en otro sentido. Han de comparecer aquí sin pérdida de tiempo, para ser juzgados. Te confío ahora esa misión, *Sir Gil*.

—¡Oh! ¡Muy bien, señor! —dijo el caballero, sin mucho entusiasmo.

—Y ahora que recuerdo —dijo el Rey—. Vuestra prometida, *Lady Ermintrudis*, podrá cuidar de esos pequeños, pues ya es tarde, y queremos verlos sentados a nuestra mesa para la cena. Así, hermosa damisela —prosiguió dirigiéndose a una doncella que estaba de pie no lejos del trono, encargaos de esa doncellita de pelo dorado y de ese vigoroso niño, y procuradles ropa para cambiarse y además (pues parecen haberse arrastrado algo por el suelo) el beneficio de un baño.

La damisela, que iba ricamente ataviada y era bonita en extremo (sin más defecto que un indefinible matiz de descaro), se adelantó y saludó con una graciosa cortesía. Tomó luego de la mano a los dos niños y abandonó con ellos el salón.

Cambio de ropa, al fin

Con la ayuda de un par de sirvientas, Sylvia y Joe pronto se hubieron bañado y fregado cuidadosamente en sendos barreños y los sentaron luego, envueltos cada cual en una sábana, en espera de la decisión de *Lady Ermintrudis*, quien en cuestión de ropas era muy remilgada. Eligió con toda calma del guardarropa real lo que le pareció adecuado (se trataba de prendas que habían

usado los príncipes en su niñez) y procedió a vestirlos. Cuando hubo terminado, el efecto era sorprendente. Sylvia lucía un vestido de alba seda adornado con flores y abejas bordadas en oro, y unos zapatitos rojos con enormes lazos. Tenía el pelo muy ahuecado bajo un puntiagudo gorro, blanco como la nieve, que parecía un pilón de azúcar echado hacia atrás. Joe llevaba un reluciente jubón carmesí, unas calzas del mismo color y un gorrito con pluma. Le faltaba acostumbrarse algo a sus zapatos, pues sus punteras eran tan puntiagudas y tan largas, que tuvieron que atárselas a las rodillas con cadenillas de oro. Llevaba en el cinturón una daga menudita, con vaina bordada, que era lo que más le gustaba de su atavío. Le recordó a Sylvia que él le había dicho siempre que acabaría todo muy bien y que no había por qué preocuparse.

—¿Qué os parece *Sir Gil*? —preguntó *Lady Ermintrudis*, cuando hubo arreglado a los chiquillos y se sentaron frente a ella en banquetas de raso.

—Pues no me parece mal —contestó Joe.

(Al fin y al cabo, *Sir Gil* los había tratado bastante bien y les dio un sabroso desayuno).

—Es algo mandón —comentó la dama.

—¿Sí? —preguntó Sylvia.

—Lo es con casi todo el mundo, pero no conmigo aclaró, soltando una risita.

—¿Os casaréis con él, verdad, mi *Lady*? —preguntó tímidamente Sylvia.

—Sí; en agosto.

—¡Oh! ¡Qué pronto! —Sylvia parecía interesarse vivamente—. ¿Tendréis doncellas de honor?

—Sí, tendré seis. ¿Te gustaría ver mi traje de novia... tal como está?

—¡Oh! ¡Me encantaría!

Así pues, Joe tuvo que vagar durante media hora, muy fastidiado, por el aposento, mientras aquellas muchachas tan femeninas comentaban los detalles del traje de novia.

Otra comida con la realeza

La cena solía ser cosa de cierta solemnidad, y se observaban en ella antiguas costumbres. Se admitía a un reducido público, que debía pagar una modesta entrada (cuyo importe se destinaba a los pobres), y era muy corriente obsequiar a los amigos llegados del campo, llevándolos a palacio para que pudiesen contemplar, tras una barrera especial, a los ilustres comensales. El público que acudió aquella noche no pudo quejarse de haber gastado en vano su dinero.

La etiqueta repugnaba a veces al carácter jovial del Rey, y una vez sonaban las trompetas anunciando que se había quitado la capa y que tomaba asiento, solía adoptar una actitud llana y natural, a fin de tranquilizar a los invitados algo nerviosos. Y no es que Joe y Sylvia lo fueran precisamente. Se habían sentado como huéspedes de honor a la mesa del Rey Merse II y conocían poco o mucho las costumbres cortesanas —aunque la pompa era ahora mucho mayor—, y, además, aumentaba su aplomo la conciencia de ir bien vestidos. Quienes conozcan —y confieso contarme entre ellos— el logro extraordinario de soltura y dignidad que se debe a un traje nuevo,

comprenderán fácilmente lo que digo.

En el curso de la cena, el Rey les expresó su condolencia por el extravío de Gorbo y los consoló diciendo que sin duda regresaría sano y salvo. Anunció después que daría órdenes para que empezaran en seguida las investigaciones.

—Es ciertamente muy consolador —dijo— enterarse de que los snergs son amables e inofensivos y que no tienen nada de fieros. Intentaré, de un modo u otro, concertar una entrevista con su Rey, quien (no me cabe de ello la menor duda) debe de ser, a su manera, un hombre de grandes méritos. Ello servirá para desvanecer seculares incomprensiones. Y lo que me gustaría especialmente es conocer a vuestro fiel amigo Gorbo. Confío que tendré muy pronto este placer. Entretanto sírvete otro, Sylvia —prosiguió con afable sonrisa, alargando a la niña una fuente colmada de una especie de bollos rellenos de fruta—. Las niñas han de comer mucho para hacerse fuertes y es ése un postre muy rico en vitaminas.

—Mil gracias, Majestad —dijo Sylvia, tomando uno de los pasteles.

—Pero veo que están fríos —dijo el Rey, catando otro—. Voy a darte uno que esté en su punto. —Después, pues ya dije que despreciaba la etiqueta en las menudencias, se levantó y alcanzó una enorme bandeja de plata (que tenía en su parte inferior un depósito con agua caliente) en la que se amontonaban los bollos.

He de hacer notar que, como quiera que la bandeja se hallaba a cierta distancia, el Rey tuvo que inclinarse hasta quedar casi de bruces sobre la mesa, conservando aún entre sus dientes el bollo que catara para probar su temperatura.

Un bastonazo

En aquel momento se oyó un griterío terrible y con asombro y alborozo indescriptible, Joe y Sylvia vieron a Gorbo que cruzaba la estancia a grandes saltos. En vez de su ajustado gorrito de snerg, llevaba otro bastante sucio. Sostenía en su mano izquierda un par de maltrechos zapatos y con la derecha empuñaba un palo largo y flexible.

No vio a Sylvia ni a Joe, y aunque los hubiera descubierto, no habría reconocido en aquellos niños espléndidamente ataviados, a sus amiguitos, cuyo traje ensuciara la larga excursión. Sólo tenía ojos para el supuesto tirano, cuya identidad descubría la corona de oro y cuya actitud, al inclinarse sobre la mesa, resultaba excelente para el espadachín del arma mágica. Gorbo dio un salto —recordad que estos sucesos ocuparon a lo sumo tres o cuatro segundos— y le dio con el palo al Rey tan limpiamente, que el bastonazo resonó por toda la sala.

Decir que tras la acción de Gorbo se produjo un gran revuelo, es confesar —y así debo hacerlo yo— que se carece de suficiente destreza para pintar con palabras aquella situación tan extraña. Intentaré, no obstante, dar una impresión aproximada de los subsiguientes sucesos.

El Rey se levantó —creo que fue algo más que levantarse— y con los ojos rodándole en las órbitas y la palabra trabada por el bollo que tenía aún en la boca, se quedó mirando a su atacante

con la expresión de un maníaco. Y tan paralizados por la sorpresa quedaron los presentes, que por un instante reinó el más profundo silencio. ¡Oh momentos pesados como años!



Los pensamientos que en aquel amargo y breve espacio relampaguearon en el cerebro de Gorbo podrían expresarse así:

«Me han engañado miserablemente. Este gorro no posee ninguna virtud de *invisibilidad*, ya que todos me están mirando. Y el palo nada tiene tampoco de *espada penetrante*, pues ya se ve lo que ocurre. ¡Válgame Mercurio! ¡Por lo menos que éste sea un *calzado veloz*, que bien lo necesito!».

Tiró el bastón, se calzó los zapatos en un abrir y cerrar de ojos y echó a correr.

Pero fue a parar entre los brazos de veinte soldados, por lo menos, cada uno de los cuales agarró por un sitio u otro su pequeño cuerpo.

—¡Es Gorbo! —gritó Sylvia, llena de angustia—. ¡Oh! ¡Pobrecito Gorbo!

—¿Es Gorbo? —rugió el Rey, apartando con los brazos a los que acudían en su ayuda y rechinando literalmente los dientes—. Conque ¿ése es *vuestro* Gorbo? Inofensivo ¿eh? ¡Nada feroz!

Pero aquí he de abstenerme ya de transcribir sus palabras.

A la mañana siguiente

Al despertar los niños a la mañana siguiente, el recuerdo de los acontecimientos de la víspera surgió súbita y emotivamente en su memoria. No los habían encerrado en un calabozo, como habían temido entonces, y no sin motivo, sino que *Lady Ermintrudis* los sacó precipitadamente de la sala, les acostó en una habitación de la parte trasera de palacio, en la que había dos camas, y les dijo que procurasen dormirse en seguida, lo que, en aquellas circunstancias, no tenía nada de fácil. Los niños se daban cuenta de que perdían su popularidad, y además los llenaba de ansiedad la suerte que pudiese correr su amigo. Durante horas y horas estuvieron hablando en voz baja, y hacían mil suposiciones sobre los motivos que debieron de impulsar a Gorbo a obrar de aquel modo y sobre el probable destino que le esperaba.

Pero cuando les hubo vestido una sirvienta (que les trajo, como tentempié, un buen tazón de leche) y hubieron bajado la escalera, encontraron la situación algo más despejada. El Rey había pasado buena noche. Se le había pasado la fiebre y pudo tomar un nutritivo desayuno. No había manifestado ningún deseo de ver a los niños, de lo que se alegraron, pues la entrevista hubiera resultado extremadamente penosa. *Lady Ermintrudis* les sirvió después el desayuno y los llevó a dar una vuelta por el jardín, donde *Tigre* pudo jugar al escondite con diversos cachorros que pertenecían a la dama.

El Rey asistió a un Consejo en el que se discutieron varias proposiciones que presentaron los nobles sobre las formalidades que habían de cumplirse para la decapitación de Gorbo. Se acordó, por fin, que la ejecución tendría lugar en la Plaza Mayor a las once y media, y, ya resuelto este extremo, el Rey propuso (pues sus métodos de gobierno se basaban en la más estricta justicia) que el malvado fuese juzgado con las garantías necesarias.

Hicieron entrar a Gorbo, que iba cargado con una cadena exageradamente larga, y permaneció en pie frente al Canciller, que instruía el sumario.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el magistrado.

—Me llamo Gorbo, señor —contestó el desgraciado snerg.

—¿Tu edad, Gorbo?

—Doscientos setenta y tres años, señor.

—¿Oficio?

—Alfarero, señor.

—¿Y por qué, Gorbo, abandonaste tu honrado oficio de alfarero y viniste a este país para agredir cruelmente a Su Majestad?

—Porque... —Pero el interrogado no acertó a decir más.

—No me parece una razón suficiente, Gorbo. Piénsalo bien, pues tienes las horas contadas si no alegas algún motivo mejor para salvar tu vida.

—Pues... la Tía Meldrum me dijo que lo hiciera —añadió Gorbo, cuya inteligencia iba despertando ante lo apurado de su situación.

—¡Ah! ¡Veo que ya nos vamos acercando! Pero, aún así, Gorbo, el motivo no parece muy justificado. ¿Poseen los snergs la fea costumbre de agredir a la gente, por importante que ésta sea, sólo porque se lo indica al azar una bruja?

—Es que... ella dijo que el Rey era un tirano cruel y que era indispensable matarle. Pero la razón principal es que la Tía Meldrum aseguró que si yo no daba muerte al Rey, él mataría a Sylvia y a Joe.

El Canciller se volvió entonces hacia el Rey.

—Verdaderamente, señor —dijo—, que a costa de un perjuicio hacia la persona de Vuestra Majestad, nos hemos apoderado, al parecer, del mayor bobalicón que jamás haya existido.

—Así parece —asintió el Rey, lanzando a Gorbo una mirada en la que se adivinaba un destello de lástima—. Propongo, señores, que le dejemos contar su historia a su modo y veremos si, en lo sustancial, concuerda con lo que dijeron los niños.

—Una noble idea, señor, muy digna del talento de Vuestra Majestad —dijo el Canciller—. Cuenta tu historia, compadre, y espero que no te andarás por las ramas.

Con muchas interrupciones y tartamudeos (pues le asaltaba el temor de haber confirmado la profecía de que sería efectivamente el mayor necio del mundo), empezó Gorbo el relato de cuanto había sucedido desde que había abandonado la bahía de Watkyns. Se fue animando y adquirió más aplomo en el curso de su razonamiento, pues observó que todos le escuchaban con profundo interés. Pero se detuvo diplomáticamente en el punto de su llegada ante las puertas de palacio, la noche anterior.

—Todo concuerda muy bien con lo que contaron los niños —dijo el Rey—. Creo, señores, que ese patán puede, de momento, conservar su cabeza.

—Ciertamente, señor —asintió el Canciller—, y en mi opinión...

Pero nadie llegó a enterarse de lo que opinaba, pues en aquel momento afuera se oyó un griterío y resonó una llamada en la puerta.

La invasión

La puerta se abrió con violencia y el Capitán de la guardia apareció en el umbral. Era un hombre corpulento, cubierto de pies a cabeza con la cota de malla, y tenía una barba que parecía una buena libra de hebras de tabaco, y un rostro áspero, pero no ceñudo.

—Con permiso —dijo, doblando una rodilla—. Os suplico que excuséis mi intrusión, pero ha aparecido de pronto una fuerza armada extranjera, que exige la entrega de los dos niños forasteros y del snerg.

—¡Una fuerza armada, dices! —exclamó el Rey, con justificado enojo—. ¡Exigiéndome a mí... digo, a nosotros! Supongo que todo eso será una broma.

—No es broma, señor, sino verdad, por desgracia. Hay como dos docenas de hombres corpulentos, con unas botas muy raras, y unas diez docenas, o tal vez más, de enanos, que pueden muy bien ser snergs. Dicen que se marcharán en paz si se les entrega sanos y salvos a los tres que piden.

—Franquéales la entrada —dijo—. Hablaremos con el jefe de esas fuerzas.

—Pues, señor —dijo el Capitán de la guardia con justificado embarazo—, lo cierto es que se la franquearon ya ellos. Sucedió, ¿sabéis?, yo estaba sediento y...

—De eso vamos a ocuparnos después —le interrumpió el Rey con severa mirada—. De momento, invita a entrar esas fuerzas al salón de audiencias en cuanto yo me haya sentado en el trono.



Una entrevista histórica

Las fuerzas penetraron ordenadamente en el salón: los snergs formaban el flanco derecho, a cuatro de fondo, y los holandeses, el izquierdo. Vanderdecken conocía algo el arte de la guerra —tan útil a los marinos de su tiempo— y había enseñado a su tripulación ciertos ejercicios militares sencillos, incluyendo el manejo de los mosquetes. En conjunto, el Cuerpo Expedicionario, con los snergs protegidos por sus corazas y los marineros provistos de sus mosquetes, parecía fuerte y eficiente.

El Rey Kiul abandonó su trono y avanzó seis pasos. El Rey Merse avanzó también, y se veía que era Rey de pies a cabeza, aunque en pequeño.

—Bienvenido, mi primo el snerg.

Sus manos se estrecharon. El Rey Kiul tomó al otro del brazo y le hizo sentar junto al trono. Se produjo un murmullo de satisfacción entre los cortesanos, mientras los dos monarcas cambiaban entre sí las atenciones, amables pero no necesariamente profundas, que caracterizan el diálogo de

los Príncipes o de los Presidentes de República al encontrarse por primera vez.

Naturalmente, no es muy probable que ninguno de mis lectores visite aquel país, pero si por azar, alguno de ellos lo hiciera, le recomiendo que se fije especialmente en el fresco que se pintó para conmemorar aquella escena histórica, pues es una obra digna de atención. Se encuentra en el pasadizo abovedado, a mano izquierda del salón de recepciones, junto al guardarropa.

Explicaciones necesarias

Los cumplidos se acabaron pronto, y el Rey Kiul ordenó que trajesen a los dos niños para que pudiesen saludar a sus amigos. Entretanto, de pie y con las manos detrás, conversaba animadamente con Vanderdecken, que le había sido presentado con la debida ceremonia, y cuyas excelentes cualidades supo el Rey discernir y apreciar como era debido. Aunque fuese un mercader aventurero, Vanderdecken era de buena familia; poseía, según ya sabemos, cierta educación en letras clásicas, hablaba con facilidad y no adolecía de indecisión ni encogimiento. Si bien su traje era algo grosero y tal vez desentonase en aquel ambiente solemne, lo llevaba con una dignidad muy adecuada.

Sylvia y Joe, luciendo sus bellos y fantásticos vestidos fueron conducidos al salón por *Lady Ermintrudis*, y el Rey Merse los saludó y besó cariñosamente. Sin perder un instante, los niños le dijeron que debía pedir la libertad de Gorbo, pues lo habían encerrado en una mazmorra.

—A propósito, Majestad —dijo el Rey Merse, volviéndose a su real colega—, ¿qué hay de mi súbdito Gorbo? Según dicen, está en un apuro.

—Pronto lo veréis —contestó el otro, con cierta sequedad—. ¡Ea! ¡Traedme a ese compadre!

Un rumor metálico hizo que todos volvieran la vista hacia la sala del Consejo, donde habían dejado a Gorbo en compañía de sus guardianes. Andaba con dificultad, arrastrando su cadena y tropezando a veces con ella. Cuando estuvo más cerca, miró a su Rey con melancólica sonrisa.

—¡Hola, Gorbo! —dijo el Rey Merse, en medio del más profundo silencio.

—Que vuestra sombra sea siempre anchurosa —murmuró Gorbo.

—Al parecer, andas enredado entre hierros, Gorbo. ¿Qué fue, esta vez?

Gorbo no contestó nada, limitándose a jugar con un anillo de su cadena.

—Dejad que os dirija una pregunta, primo mío —dijo el Rey Kiul, con voz y ademán impresionantes—. Si un extranjero, completamente desconocido, irrumpiera sin previo aviso en vuestro comedor y os propinara un bastonazo de los que hacen época, en el preciso instante en que os inclináis sobre vuestra mesa para alcanzar algo, ¿qué diríais?

El Rey Merse reflexionó unos momentos, muy concentrado en sí mismo; pero, al fin, meneó la cabeza.

—Renuncio a imaginarlo —dijo—. Pero —añadió, acariciando como inconscientemente el pomo de su espada— podría deciros lo que haría yo en ese caso, si es que os puede ser de alguna utilidad.

—¡Exacto! —exclamó el Rey Kiul—. Eso es precisamente lo que me interesa. Ese súbdito vuestro obró con nosotros del modo que os he descrito y difícil os sería imaginar el bastonazo con que nos agredió.

—Bueno, Gorbo —dijo el Rey Merse, tras un largo silencio—, expresándolo del modo más benévolo, he de decir que no progresas ni poco ni mucho. ¿Podéis sacar algo en claro de este caso tan singular? —añadió, dirigiéndose a Vanderdecken.

Pero Vanderdecken no dio expresión verbal a su respuesta; se limitó a acariciarse la barba y meneó pausadamente la cabeza, como quien se da por vencido.

—¿Sería mucho imaginar —prosiguió el Rey Merse— si confiáramos que, para tamaño ultraje, existía un motivo más o menos vago en lo que, a falta de nombre mejor, hemos de llamar talento de ese sujeto?

—¡Oh! ¡Descubrimos muchas razones! —exclamó el Rey Kiul, con cierta tendencia a una maniática exaltación—. ¡Lo hizo, según dice, para salvar a esos niños de morir ejecutados por orden nuestra! Ésos... éstos a quienes, en aquel preciso instante, estábamos atiborrando de bollos... ¡oh!...

Al llegar aquí volvió a abrumarle el recuerdo de la amarga afrenta de que le hicieran objeto y acertó sólo a articular palabras que prefiero representar por medio de puntos suspensivos.

—Eso me contraría enormemente —dijo el Rey Merse, muy apenado—. Confiaba que, al encontrar a Gorbo, le encontraría mucho más despejado gracias a su viaje por tierras extranjeras, pues se dice que el viajar le vuelve a uno más listo. Pero ¿qué puedo esperar ya?

—Cierto es, señor —dijo Gorbo hoscamente—, pero si vos hubiéseis oído lo que Golithos dijo del Rey y también lo que dijo la Tía Meldrum, tal vez os hubierais equivocado un poquito como me ocurrió a mí. Y el mismo Baldry dijo... —pero se detuvo de pronto, pues había jurado a Baldry eterna amistad y pensó que proseguir sería traicionarle.

—¡Baldry! —exclamó el Rey Kiul—. ¡Ah! ¡Ahora se van aclarando las cosas! Cuéntame lo que aquel malvado te dijo acerca de mí.

Pero Gorbo siguió guardando silencio.

—Traedme al que fue nuestro bufón —dijo entonces el Rey a un oficial—. Pienso, primo mío, que descubriremos aún nuevas facetas a este asunto.

La sentencia contra Baldry

Hicieron entrar a Baldry, quien estaba mascando paja. Llevaba también pajas adheridas a su pelo y a su vestido. Permaneció de pie frente al Rey, con los ojos bajos y las manos juntas, en una actitud algo desesperada.

—¡Ah, insolente! —exclamó el Rey, tras contemplarle un instante—. ¡Impertinente bellaco! No pienses engañarme con tus muestras de pesar. Dime: ¿dijiste algo a este extranjero que pudiese inducirle a tenerme por un tirano?

Baldry se quitó la paja de los labios, la secó con sumo cuidado y la guardó en su jubón. Luego se llevó delicadamente la mano a la boca y tosió un poco. Por fin habló así:

—Mi legítimo dueño y señor: no negaré que, en cierto modo, induje a mi querido amigo Gorbo a creerlos más despótico de lo que sois en realidad. Pero en mi defensa puedo alegar sólidas razones, que son las siguientes —y al enumerarlas, las iba puntualizando con los dedos—. Primero: me pareció una idea original. Segundo: lo consideré chistoso. Tercero: me divertí la mar. Cuarto: me entusiasmaba. Quinto:...

—¡Hazme guardar silencio a esa boca apestosa! —gritó el Rey al carcelero.

Inmediatamente le amordazaron con un pañuelo, y le tenían cogido, en espera de nuevas órdenes del Rey.

—Oye mis palabras —dijo el Rey ceñudamente—, pues pocas vas a oírme ya. Podemos perdonar muchas ligerezas a un loco de profesión, pero eso traspasa ya los linderos de nuestra paciencia. Vete de nuestra presencia y de nuestro palacio y de nuestra ciudad... y sigue andando aún. Sepan todos —prosiguió, volviéndose hacia la Corte— que desde hoy, Baldry queda desterrado de nuestros dominios.

Baldry dio un salto y se quedó mirando fijamente al Rey, como si no comprendiera sus palabras. Luego, al hacerse cargo de la terrible verdad, se volvió y echó a andar, cabizbajo y muy despacio. Pero, no bien hubo dado cuatro o cinco pasos, se detuvo, llevándose la mano al corazón, como si le aquejase un dolor súbito. Después, moviendo las manos con gesto desesperado, se tambaleó un instante y cayó de bruces cuan largo era, al modo de un árbol derribado por el hacha.

Hubo un momento de sorpresa y consternación y todos se precipitaron hacia Baldry. Uno de los cortesanos, entendido en medicina, se arrodilló junto al caído y acercándole el oído al pecho, escuchó atentamente. Luego se levantó.

—No pude oírle el corazón —dijo con tristeza—. Ha muerto.

Los presentes se apartaron para dejar paso al Rey. de cuyo rostro se había desvanecido la ceñuda expresión y en el que se reflejaba ahora una pena profunda. Permaneció un buen rato contemplando la figura yacente y lanzó luego un suspiro muy hondo, que era casi un sollozo. Por fin habló, y lo hizo en versos endecasílabos (aunque sin rima), pues así lo exigía la expresión adecuada de su dolorido sentir:

*¡Ay, pobre loco! ¿Así es cómo terminan
para siempre tus viejas bufonadas?
¿Si al gato perdonaba, que mi sueño
tranquilo quebró anoche, estremeciendo
la plata de la luna con sus gritos,
no pudo el Hado perdonarte? ¿Nunca
veré tus chanzas, tu saludo airoso
tu posarte, escondido como un pájaro
bobo, junto a las puertas entornadas,
o tus juegos con platos y cuchillos?
No; muerto estás, y sin juglar me quedo,*

*para llorar la ley inescrutable
que nos conserva lo que no nos gusta.
Muere la violeta, mas prospera
siempre el ruibarbo y se desliza el trozo
de carne que doró la mantequilla.
Pierde el caballo por el cual apuestas
hicimos; pero gana, al trote vivo,
aquel que no quisimos que ganara.
¡Tarde es ya, pobre loco, para el vano
dolor! Nunca sabrás cómo te quise.*

—Si es así —dijo Baldry, volviéndose suavemente cara arriba—, ¿por qué complicáis tanto las cosas?

Clemencia real

Era característico de Baldry, para usar una frase marinera, navegar aprovechando el viento casi de soslayo, y buena fortuna fue para él, en aquel caso, que la satisfacción del Rey al ver que no había muerto, superase ligeramente su nueva rabia, no sólo por haber sido engañado, sino por haber malgastado unos endecasílabos bastante logrados. Pero Baldry, con hábil contorsión, se puso fuera del alcance del real pie, en el que el monarca sentía ya una comezón irresistible, y voló hacia Sylvia y Joe, que estaban perplejos ante aquellos sucesos singulares, y los besó a ambos con una muy visible emoción.

—¡Ah, primo nuestro el snerg! —exclamó el Rey con melancólica sonrisa—. Con razón dijo el poeta que bajo la corona de un monarca se esconde muchas veces una cabeza atormentada. Pero dejad que os cuente ahora qué otras razones dio Gorbo para justificar su conducta. Os costará dar crédito a lo que vais a oír.



El Rey Merse, tras escuchar los detalles del modo como fue engañado Gorbo para inducirle a cometer la agresión, dijo que, a su juicio, tratándose de un delincuente tan corto de talento, lo mejor sería interpretar el caso como un simple error.

—Esto es una manera de apreciarlo —dijo el Rey Kiul, bastante molesto—. Al fin y al cabo, no fuisteis vos quien recibió el bastonazo, sino yo. Pero —añadió con auténtica nobleza— la virtud de la clemencia no debe estrujarse como las coles. ¡Ea, guardias! Quitad las cadenas a ese excéntrico. Que quede en libertad en este mismo momento.

Le quitaron inmediatamente las cadenas a Gorbo, que se llevaron en un cesto. Murmuró, dirigiéndose al Rey, unas inciertas frases de gratitud y luego se acercó a sus hermanos los snergs, que estaban formados junto a la pared y le saludaron con un afecto en el que se mezclaba, disimulado apenas, cierto tonillo de burla. Pero, de pronto, sintió que chocaban contra él dos alborzados cuerpecitos: eran Sylvia y Joe, que durante un buen rato le tuvieron estrechamente abrazado.

El Rey Kiul contempló un momento la escena con benévola sonrisa y luego se volvió hacia el Rey Merse y Vanderdecken.

—Venid a mi cámara —les dijo—, donde nos espera un jarro de vino y unos bizcochos. Mi Montero Mayor cuidará de que vuestros hombres sean bien atendidos. Cuidado con el peldaño.

Al día siguiente

El día siguiente transcurrió felizmente y a satisfacción de todos, menos de *Sir Gil*, quien, en vez

de pasearse horas y horas por el jardín en compañía de *Lady Ermintrudis*, tuvo que montar de nuevo a caballo y partir en busca de Golithos y de la Tía Meldrum, a quienes debía traer para ser juzgados. Partió por la mañana muy temprano y galopó velozmente con sus hombres. Ya que debía encargarse de aquel trabajo, lo mejor era despacharlo con toda celeridad.

Los snergs y los holandeses fueron objeto de amables atenciones por parte de los ciudadanos. Visitaron algunos edificios públicos, como el consagrado a las Ciencias y las Artes, y asistieron a la inauguración de un nuevo abrevadero en la Plaza Mayor. Un excelente refresco les fue servido en el Ayuntamiento, bajo la presidencia del Alcalde.

Sylvia y Joe se divertieron muchísimo. Salieron de compras con *Lady Ermintrudis*, que necesitaba unos forros y galoncillo de seda, y anduvieron después de aquí para allí en compañía de Gorbo; los tres adquirieron, a guisa de recuerdo, un plato y un bol de porcelana. Se sentían muy felices, pues, en conjunto, aquélla había resultado una expedición en extremo afortunada e interesante. Es cierto que debían iniciar el viaje de regreso dentro de dos días (se envió ya a un snerg con toda urgencia para que la señorita Watkyns supiese que no tenían novedades) y hubieran preferido detenerse allí algo más, pero, por otra parte, sentían vivos deseos de estar de nuevo entre los demás niños, para poder contarles sus aventuras. Además estaban muy intrigados por saber lo que dirían la señorita Watkyns y las otras damas.

Aquella noche hubo baile en palacio. Entre los asistentes figuraban Joe y Sylvia, pero sólo permanecieron en la fiesta un rato breve, pues el Rey dijo que eran aún demasiado jovencitos para tales diversiones. Se acostaron, pues, y se durmieron mecidos por la lejana música de rabeles, arpas y violines. ¡Tiempo feliz, en verdad!

Y al otro día

—¡Ajajá! —exclamó el Rey Kiul, palmoteando levemente al echar una ojeada a la mesa donde estaba servido el desayuno—. ¿Qué ricos manjares nos esperan hoy? Veo aquí riñones, salmonetes, jamón guisado y empanadas de diversas clases. Primo mío: permitid que os recomiende la empanada de guaco.

—Mil gracias —dijo el Rey Merse, sirviéndose un trozo—. ¿Abundan aquí los guacos?

—Muchísimo. Cuando volváis, organizaremos algunas cacerías con halcón. Señor Vanderdecken: ese vinillo parece bastante adecuado para el desayuno. Dejad que os llene el vaso... Pero ¿dónde están nuestros pequeños invitados? Los oí charlar alegremente desde mi ventana hace un buen rato, mientras me tomaba un sándwich y un vaso de vino con azúcar y canela.

Antes de que nadie pudiese contestar, se precipitó *Lady Ermintrudis* en la estancia, que con los dedos sostenía sus faldas a unas seis pulgadas del suelo, para facilitar sus movimientos.

—Señor —dijo, casi sin aliento—, ¡no encontramos a los niños! Les dejé, hace una hora poco más o menos, para ir a empolvarme, digo, a arreglar mi tocado... ¡y han desaparecido!

—Pero ¿dónde habrán ido? —exclamaron ambos monarcas, levantándose.

—¡Ay de mí! No alcanzo a entenderlo. La servidumbre ha registrado los jardines dando voces, pero no han podido dar con ellos. Los guardias de la entrada aseguran que no los vieron pasar. ¡Pero lo cierto es que han desaparecido!

—¡Bah, bah! —dijo el Rey Kiul—. Esto es imposible. Será que os quieren hacer objeto de alguna de sus bromas. ¿Habéis buscado bien en los jardines colindantes?



—Ciertamente, señor; hemos buscado por todas partes. Pero parece que se los haya tragado la tierra.

Entre la general consternación mandaron llamar al capitán de la guardia, quien acudió a toda prisa, sacudiéndose de la armadura las migajas de un trozo de pan que estaba aún masticando.

—¡Vaya! ¡Vaya! —dijo el Rey con enojo—. Debieras aprender a comer a su debido tiempo. No nos gusta ese paladeo en nuestra presencia. Y ahora dime si los niños han cruzado la puerta de palacio esta mañana.

El Capitán hizo un esfuerzo y acabó de masticar lo que aún quedaba del trozo de pan.

—No, Majestad —contestó—. Sólo algunos sirvientes entraron o salieron, para atender a los asuntos de Vuestra Majestad. Sólo ellos y un anciano.

—¿Qué clase de anciano?

—Era muy raro, señor. Vino muy temprano y ofreció unas gallinas hervidas enormes para la cocina de Vuestra Majestad. Llevaba una barba gris poco poblada y un sombrero alto y puntiagudo, e iba montado en un asno.

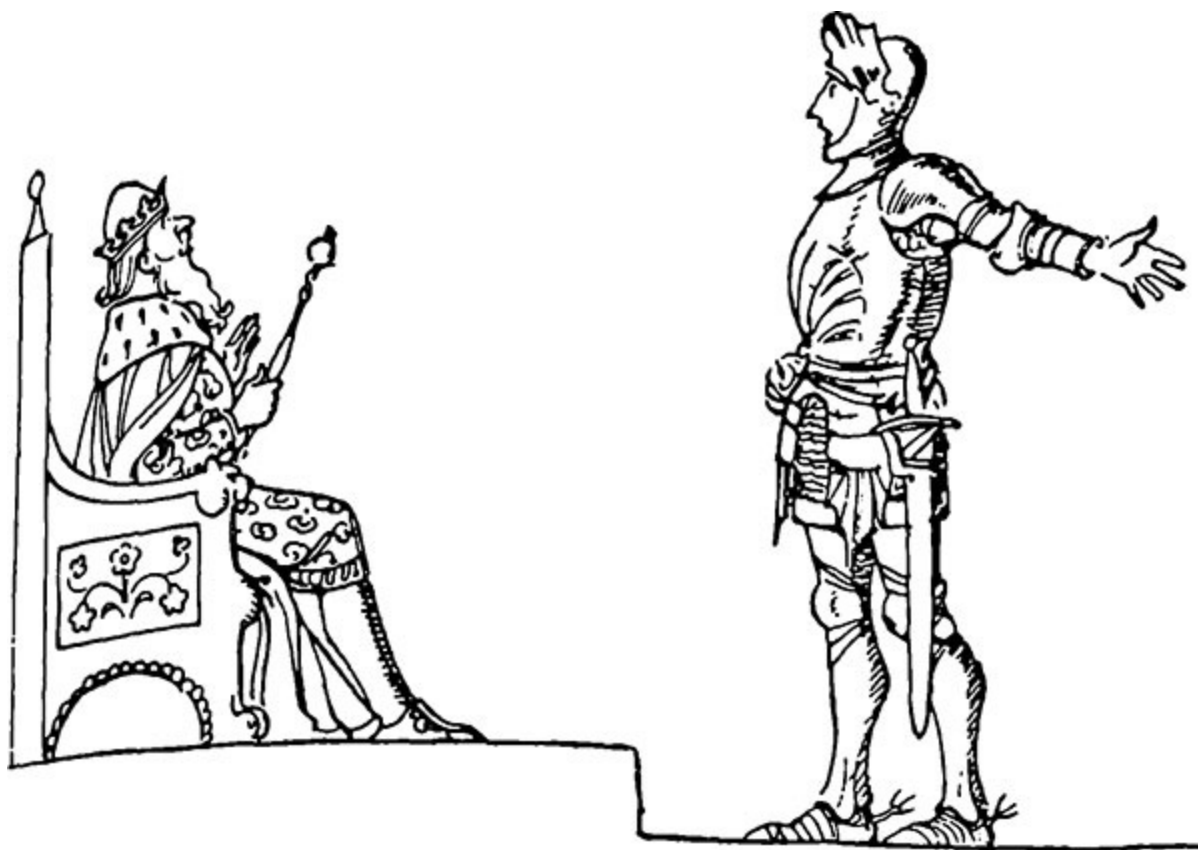
—Eso no aclara mucho las cosas —observó el Rey, profundamente preocupado.

—No mucho, señor. Y creed que nos gustó verle alejarse, pues cuando hubo vendido sus gallinas, sacó una gaita de debajo de su capa y empezó a tocar con una fuerza que ensordecía. Salió montado en su *borrico*, descansando los pies en dos canastas cubiertas que llevaba a cada

lado del asno, y todo el mundo se tapó los oídos al paso de aquel viejo. Los míos aún me duelen de aquel gruñido espantoso.

—¡Basta ya de viejo y de oídos! —dijo el Rey, impacientándose—. Ahora, que busquen mis soldados...

Pero le interrumpió la súbita aparición de Gorbo, que salió como una flecha de entre la multitud de los reunidos y quedándose con los brazos abiertos frente al Rey.



—¡Es la Tía Meldrum! —gritaba—. ¡Aquel viejo era la Tía Meldrum! ¡Al fin los pescó!

—Pero ¿dónde los llevaba? —rugieron el Rey y algunos de los circunstantes.

—¡En las canastas! Los ocultó en las canastas y se puso a tocar la gaita para que nadie los oyese chillar. ¡Ay de mí! —y diciendo esto, lanzó al suelo su gorrito, lo pisoteó y se tiró con furia de los pelos.

Hubo un momento de estupor. El hecho de que Gordo, ya bastante famoso en aquellos lugares como el más destacado de los necios, hubiese encontrado la solución de aquel enigma produjo una innegable sorpresa. El Rey Merse se le quedó mirando como si presenciara un prodigio.

—Tiene razón —exclamó el Rey Kiul—. Si ese puchero vacío, ese eterno masticador hubiese tenido suficiente juicio para ver lo que ahora nos resulta a todos evidente (olvidaba el Rey, en aquel momento, que él no lo vio hasta que se lo dijeron a grandes voces), los pobres niños no estarían en poder de la bruja malvada. Que nadie se dé un momento de reposo, mientras no hayan sido encontrados... o vengados. ¡Ah! Ahí llega alguien cuya ayuda podrá sernos preciosa —prosiguió—. Bienvenido, *Sir Gil*. ¿Traéis noticias?

—Las traigo a montones, Majestad —contestó el hábil caballero, avanzando por la estancia con gran ruido de espuelas y armadura—. Pero me fue imposible dar con Golithos. Su torre está vacía, puede decirse, pues sólo quedan en ella diversos trastos viejos, y el viento agita la puerta a

su gusto. El pájaro se nos ha escapado. —La fatiga empañaba un tanto la voz del caballero y en su cota de malla se advertían las señales de la larga excursión.

—Conque ¿se ha escapado, eh? ¿Y la Tía Meldrum?

—También huyó, señor... probablemente montada en el mango de una escoba. Su casa esta vacía y abandonada y a buen seguro que esta noche celebraron allí sus festejos los espantosos seres de la selva. ¡Qué horror!

El caballero se estremeció, pues, si bien era de lo más audaz para enfrentarse con un razonable número de malvados, lo sobrenatural no le gustaba nada.

—Es muy raro —dijo entre dientes el Rey—. La conspiración se complica... Pero estáis cansado, *Sir Gil*. Os ruego que os sentéis junto a nosotros, mientras examinamos el caso.

—Muchas gracias, Majestad, pero prefiero quedarme en pie. Llevo sentado más de doce horas.

—Y temo que permaneceréis sentado algunas más, buen caballero, pues tendréis que cabalgar de nuevo al frente de vuestros hombres. Venid, señores, y veremos lo que hay que hacer.

Otra vez prisioneros

Por un bosque de escasos y delgados árboles, situado a tres millas de Banrive, la Tía Meldrum, armada de un palo, acuciaba sin piedad a su borrico, abrumado por la pesada carga. Junto a ella avanzaba la figura gigantesca de Golithos, con un voluminoso fardo al hombro y llevando su impresionante hacha. Iluminaba el rostro de ambos una especie de siniestra satisfacción y el silencio sólo interrumpía, de vez en cuando, la risilla ahogada de Golithos y el golpear del palo en los flancos del burro. Acompañaban a los caminantes siete enormes gatos negros que avanzaban a sus lados.

—Ahora ya podemos tomárnoslo con mayor calma —dijo al fin la Tía Meldrum. Se había quitado la capa y con su traje masculino y sin la barba estaba más asquerosa que nunca, pues la falsa barba al menos ocultaba una parte de su rostro—. Ya no estamos muy lejos de las Rocas Peladas y nadie se atreve a acercarse tanto a ellas. La cosa no podía irnos mejor.

—Sí ¿verdad? —asintió Golithos—. Pero ya empezaba a impacientarme. ¡Buen plantón me di fuera de la ciudad, con tus fardos y los gatos! Pensé que no volverías nunca y llegué a temer que te hubiera ocurrido algo y que no encontrabas a los pequeños.

—Es que eres necio de nacimiento —comentó la bruja con su habitual sinceridad—. Los pesqué muy rápidamente, tal como había imaginado. ¡No me vengas ahora con quejas!

—Claro que no. Pero te aseguro que los gatos me estuvieron mareando todo el rato, maullando, dando tumbos y enredando las cuerdas. Y cuando traté de desenmarañarlos, casi se me comen. Mira cómo me han puesto las manos.



—Pues lo celebro, y ojalá te hubieran mordido más. ¡Mira que perderme uno de mis gatos, zoquete! Si no regresa pronto, lo tendré muy presente cuando ajustemos las cuentas.

—¡Si no fue culpa mía! —se apresuró a puntualizar el gigante—. Lo desaté sólo un momento para deshacer el entuerto y me arañó y se largó como una flecha. Pero, sin duda, volverá.

—¡Ay de ti, si no vuelve! Y ahora detengámonos un momento para ver cómo van las cosas.

—Sí, sí —asintió, muy interesado, Golithos.

—¡Cuidado con acercarte! Las manos quietas. —Levanto la tapa de una de las canastas que llevaba el asno y desató un rústico saco encerrado en ella—. ¡Ajajá! Supongo que estarás cansado de berrear, ¿eh? Ahora vas a pasarlo algo mejor, pichoncito.

Joe asomó la cabeza y se quedó mirando fijamente a la bruja, con el rostro pálido y desencajado.

—¡Sal de ahí y echa a andar! —le ordenó la Tía Meldrum—. No, aguarda un poco; antes te ataré las manos.

Así lo hizo y amarró luego la cuerda al enorme fardo que constituía la carga principal del asno. Después se acercó a la otra canasta y liberó a Sylvia.

La pobre niña tenía los ojos hinchados de tanto llorar y un miedo insuperable se retrataba en su semblante. Al salir, temblaba como si su temblor fuera una enfermedad; su precioso traje de seda, con las flores y las abejas de oro, estaba muy arrugado y se había manchado lamentablemente en el interior del sucio saco. La niña se quedó también mirando a la bruja.

—¡Quítate de ahí! —gritó la vieja, pues Joe se había acercado a Sylvia con el intento de consolarla, aunque bien pobre era el consuelo que le podía ofrecer—. Uno a cada lado. ¡En marcha!

La comitiva prosiguió su viaje. Joe y Sylvia caminaban, como sonámbulos, a ambos lados de la bruja y les seguía Golithos, con su gran bulto al hombro. Junto a ellos avanzaban los gatos como una jauría de siniestros lebreles.

—La forma de atraparlos fue una idea genial —dijo Golithos para poner a la bruja de buen humor—. A fin de cuentas, te sales siempre con la tuya.

—Sí; recursos no me faltan. Entré en palacio con mi media docena de gallinas bien cebadas, que ofrecí a un precio irrisorio, y estuve charlando con el viejo y regordete cocinero, hasta que vi entrar a esos mocosos. Habían ido a la cocina por si había algo nuevo, y te aseguro que lo encontraron. Les di los buenos días y les pregunté si conocían algún lugar agradable y tranquilo en el jardín donde soltar un conejillo, pues es algo cruel llevarlo enjaulado, si en el jardín podía estar mejor. Me acompañaron hasta un rincón muy apacible, donde abundan los arbustos y las hierbas. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Antes de que pudiesen darse cuenta de lo que ocurría, los metí en dos sacos. Y cuando empezaron a berrear, los tenía ya en las canastas y cargados sobre el borrico y tocaba la gaita con toda la fuerza de mis pulmones. Acudieron algunos jardineros y gentes que salían de palacio, pero yo seguí galopando y haciendo sonar la gaita y todo el mundo deseaba que me alejara, cuanto antes mejor. Una vez fuera de palacio, algunos se quedaron mirándome y otros me apedrearon con zanahorias, pero yo no dejé de soplar hasta que estuve lejos de Banrive. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Golithos soltó también su horrible carcajada y los niños se encogieron, llenos de espanto, tropezando con las piedras del camino. La Tía Meldrum tiró con furia de las cuerdas y les dijo que anduvieran a buen paso, si no querían pasarlo mucho peor.

—No los obligues a andar muy deprisa —dijo Golithos—. ¡Pobrecillos! No va bien, si se cansan demasiado. ¡Los niños adelgazan tan fácilmente! —añadió con patético matiz.

—¡Tú y ellos y yo, andaremos al paso que me convenga! —gritó la bruja, enojada de nuevo.

—¡Oh! Claro, claro —asintió en seguida el gigante—. Yo me limitaba a proponer...

—Pues será mejor que cierres el pico. Sabes bien que te espera cierto trabajo, antes de preocuparte de si están flacos o gordos. En cuanto lleguemos al otro lado de las Rocas Peladas, nada tendrás que ver con ellos, mientras no hagas lo que convinimos.

—¡Oh! ¡Lo haré, lo haré puntualmente! —dijo el ogro, moviendo en el aire su gigantesca hacha—. Verlos me ha infundido mucho valor. Volveré hacia atrás y me ocultaré cerca de Banrive, en espera del momento apropiado. Y a buen seguro que no tendré que esperar mucho, pues, según dices, el Rey suele salir de caza con sus halcones dos o tres días por semana, y no resultará muy difícil deslizarme hasta él, mientras está mirando fijamente las nubes montado en su viejo y regordete caballo. Le haré papilla en un abrir y cerrar de ojos. Y aunque se me acerquen veinte de sus hombres, los descuartizaré limpiamente, como solía hacer antaño. —Soltó una carcajada, que más parecía un rugido y, haciendo un molinete con la enorme hacha por encima de su cabeza, hizo que el aire difundiera un siniestro silbido.

—Finalmente voy a obtener una parte de lo que codiciaba —dijo la Tía Meldrum, contemplándole con una mirada de aprobación—. Pero sólo una parte, pues también he de ajustar las cuentas a otras personas de la ciudad. Una vez instalados cómodamente al otro lado de las Rocas Peladas, estaremos en condiciones de castigar a esa gente cuanto nos apetezca. Viendo de vez en cuando desaparecer a sus chiquillos, se arrepentirán de haber convencido al Rey para que me echara y no pudiera atender mi pequeño negocio en la ciudad.

Golithos manifestó su alborozo con una deslucida danza al escuchar que no le faltaría una buena provisión de su natural alimento.

—Supongo —dijo, ya un tanto calmados sus delirios de júbilo— que no hay ningún peligro de que nadie pueda llegar a través de las Rocas.

—No, no hay ningún peligro. El único paso es un agujero que está en la cima del acantilado mayor, y aunque dieran con él, a los dos minutos se extraviarían. Existen cincuenta galerías que se ramifican en todas direcciones y sólo yo sé la que hay que seguir. Además, no se atreverían a perseguirnos, pues allí hay algo más que murciélagos y tinieblas. Sí, estaremos bastante cómodos. Hay una torre antigua que podrás ocupar tú, y yo me instalaré agradablemente con mis gatos en una casita que se oculta en la espesura.

Caminaron un rato en silencio. Sylvia y Joe, en cierto modo por fortuna suya, estaban demasiado desalentados para darse cuenta del horrible destino que les esperaba, y andaban como podían. De vez en cuando la Tía Meldrum daba un tirón a las cuerdas, dándoles a entender que caminaban con excesiva lentitud.

Las Rocas Peladas

Media hora después, la Tía Meldrum lanzó un gruñido de satisfacción.

—Ya llegamos, por fin —dijo—. Mirad, pequeñines, mirad dónde vamos a encaramarnos.

Habían salido de la espesura de aquellos raquíticos árboles y estaban en un claro del bosque. Estremecidos de horror, los niños vieron un profundo barranco de puntiagudas y lisas rocas. Al otro lado, sus muros formaban un acantilado que, aunque apenas más elevado que el sitio donde estaban, era muy abrupto y resultaría a todas luces difícil de escalar para quien no conociera el camino. En ningún lugar de aquellas peñas aparecía el menor signo de vida o de vegetación. Era un extraño país donde parecía haber caído una maldición que lo assolaba todo completamente, una tierra sobre la cual se cernía un mudo terror.

—Bajaremos por un bonito sendero que yo me sé —dijo la Tía Meldrum, con un fuerte chasquido de su lengua— y luego treparemos por un atajo muy lindo que también conozco. Junto a la cima hay un hermoso túnel, que seguiremos hasta llegar a una preciosa casita. ¿No os arrepentís ahora de haber huido de la buena de la Tía Meldrum...?

La bruja se interrumpió, dio media vuelta y se quedó dudosa mirando. (Golitos, que había acogido los comentarios de la vieja con una horrible mueca de júbilo, se detuvo también y fijó la vista a lo lejos).

—Creí haber oído a *Gubbins* —dijo ella (*Gubbins* era el gato que se había extraviado).

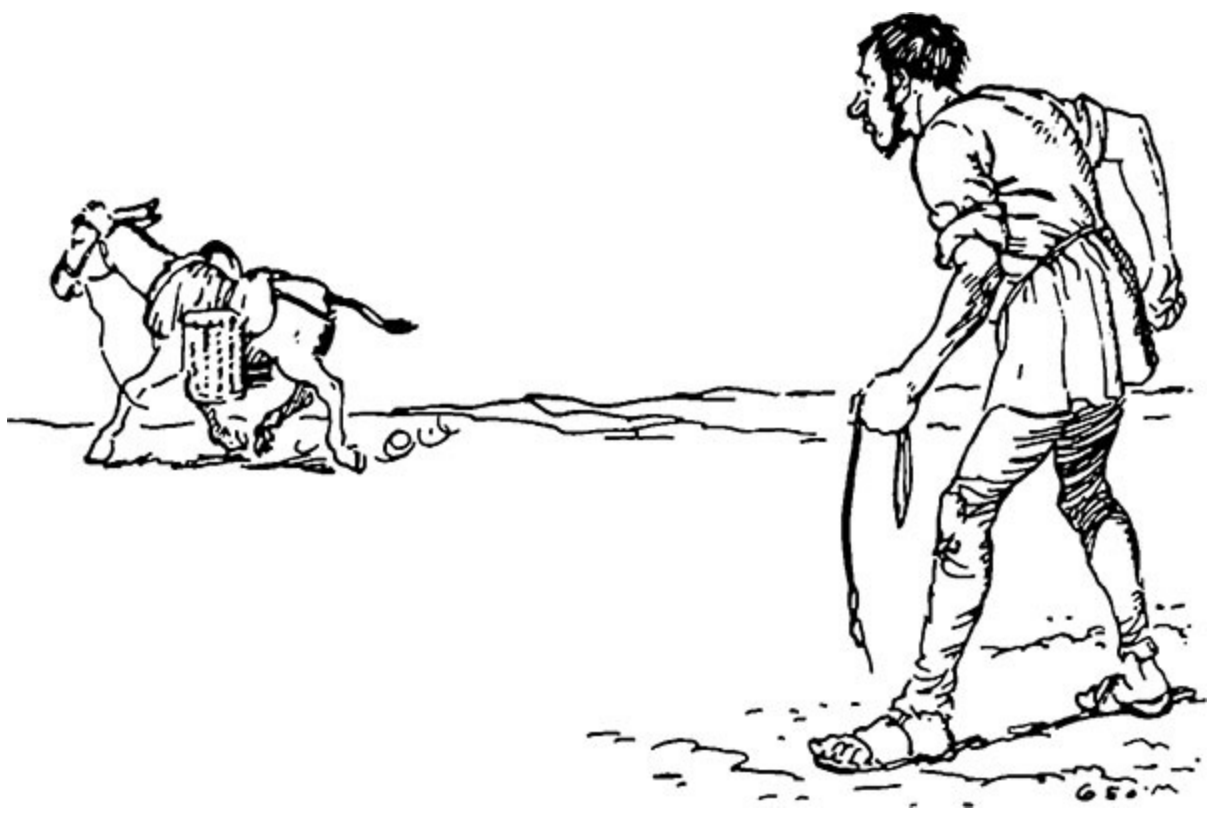
—¡Oh! Me alegro —dijo el gigante—. Hubiera sentido mucho que lo perdieras. ¡Ahí está! Nunca temí que tardara mucho en encontrarnos.

—¡Sí, sí, zoquete! —rugió la vieja, temblando de rabia—. ¡Mira quién le va detrás! ¡A eso conduce fiarse de un torpe!

—Otra vez ese snerg —dijo Golitos, inquieto.

Los niños pensaron que les iba a estallar el corazón de júbilo y esperanza. En la lejanía y a una buena distancia del gato negro, que se acercaba hacia ellos al trote, vieron correr una figurilla. Era Gorbo y al verle creyeron que llegaba el fin de sus males.

—Tengo suficiente fuerza y energía para zumbarle —prosiguió Golitos—. Todavía no nos ha visto, pues los árboles nos ocultan. Vayamos hacia la espesura y escondámonos allí hasta que se acerque. Entonces saltaré encima de él y lo descuartizaré antes de que pueda pedir socorro.



—¡Eh, mocosos, venid conmigo, si no queréis que os despache aquí mismo! —gritó la Tía Meldrum.

Tiró de las cuerdas brutalmente y los niños tuvieron que seguirla hacia los árboles. Golithos dio también un tirón al correaje del asno, y éste, según le dictaba su naturaleza, le contestó tirando hacia atrás. Lanzando un rugido de rabia, el ogro agarró con más fuerza del correaje y logró que el borrico avanzara unos palmos. Entonces se rompió la soga y el asnillo se fue al trote por el mismo camino por donde había venido.

—¡Buena la hiciste, grandísimo imbécil! —chilló la Tía Meldrum—. ¡Ahora van a saber que estamos aquí! ¡Oh! ¡Puedes estar seguro de que te ajustaré las cuentas, en cuanto salgamos de esta faena!

La vieja se dominó lo suficiente para guardar silencio, aunque en su rostro se apuntaba la lividez de la ira. Arrastró a los niños hacia la espesura, los hizo agachar de un empujón y se acurrucó a su lado, rodeada de los gatos, que, a una orden de su dueña, se detuvieron y permanecieron silenciosos. Golithos se colocó bajo un árbol, con el hacha dispuesta.

Gubbins, el gato que se había extraviado, llegó entonces al trote. Le vieron detenerse y husmear. Luego miró hacia atrás, como si invitara a alguien a que avanzase, y lanzando sus «¡miau! ¡miau!», con tono claro y fuerte, se llegó hasta los árboles y saludó a su dueña y a sus hermanos. La Tía Meldrum le hizo callar dándole un golpe en la cabeza y también se acurrucó.

Transcurrieron unos minutos de profundo silencio. Después la vieja dio un brusco gruñido: había aparecido Gorbo, que andaba sigilosamente y mirando hacia todas direcciones, con una flecha en el arco, dispuesto a disparar

Cómo encontró Gorbo el camino

Las medidas que dispuso el Rey Kiul para la búsqueda de los niños, hubieran, por sí solas, acabado en fracaso y tragedia. Aunque el Rey era un personaje estimable, no se distinguía precisamente por su habilidad en afrontar las situaciones difíciles, sobre todo las que, a falta de término mejor, hemos de llamar cuestiones de policía. Tanto había durado la paz de sus reinos, que el monarca llegó a perder su empuje; además, sus súbditos, amables, pero no muy clarividentes retoños de los días medievales, no podían servir de gran ayuda en aquel caso, ya que nadie supo dar la menor información acerca del camino que siguiera el viejo con el borrico, las canastas y la gaita. Los caballeros —a excepción de *Sir Gil*, que era el de mayores energías (por algo supo conquistar a la muchacha más linda de la Corte)— estaban bastante desentrenados, debido a la escasez de dragones, malvados y otros indeseables sujetos, y mejor pudiera decirse que jugaban a hazañas caballerescas, pues no ponían en ellas ningún vivo interés. En consecuencia, si bien mandaron tropas en todas direcciones para buscar a los niños, lo cierto es que carecían de instrucciones precisas y se limitaron a errar de aquí para allí, sometiendo a muchos inocentes a minuciosos interrogatorios, registrando los gallineros de solitarias pero pacíficas fincas, y siendo motivo de molestias de todo tipo, sin obtener ningún resultado positivo.

Sir Gil, no obstante, tuvo una idea bastante sensata. La lejana frontera occidental de aquel país estaba a cerca de medio día de distancia (yendo a caballo), y la región que había al otro lado, si bien nadie poseía sobre ella informes muy concretos, gozaba de mala reputación. Solía creerse que, en aquellos últimos siglos, se habían refugiado allí los dragones, malvados y malandrines de toda índole, y el caballero tenía por muy probable que la Tía Meldrum y Golithos hubieran elegido aquella región para instalar en ella su futuro hogar. Tomó, pues, a su escudero y a diez hombres escogidos y se dirigió allí a toda prisa. La idea, según dije, era buena en sí. Lo único que a ella podía objetarse es que la Tía Meldrum y Golithos habían tomado la dirección contraria.

Mientras el Rey Kiul discutía la situación y proponía soluciones; el Rey Merse reunió a sus hombres y salió precipitadamente en compañía de Gorbo. Vanderdecken los siguió con los suyos inmediatamente después. Pero, como los demás, no tenían tampoco la menor idea de la dirección que debían seguir, hasta que Gorbo los sorprendió por segunda vez con una sugerencia realmente práctica.

Mientras los hombres permanecían formados esperando órdenes y el Rey Merse y Vanderdecken se devanaban los sesos no sabiendo qué órdenes dar, Gorbo salió disparado de pronto y se puso a mirar entre las piernas de algunos ciudadanos que formaban un pequeño grupo junto a la Lonja de los Tejedores. Aquellos ciudadanos estaban contemplando a un gato extraordinariamente grande y profundamente negro, que andaba muy atareado con un hueso. Nadie de los presente había visitado a la Tía Meldrum por asuntos profesionales, de modo que nadie reconoció al gato de la bruja; y estaban sorprendidos de su apariencia, pues los gatos de Banrive eran, por lo general, pequeños y de color pardo o bien grises con rayas.

Gorbo actuó con una rapidez inspirada por su dolor y por la convicción de que el tiempo era precioso. Corrió hacia la tienda de pescado y allí pidió una libra de truchas, a cargo de la Tesorería real y un cesto para ponerlas. Salió luego y, abriéndose paso entre la gente, ofreció una trucha al

gato. Él la tomó con un gruñido fiero y se la comió levantando la vista después, como quien espera que le den más. Gorbo, en vez de hacerlo, se limitó a darle palmaditas y acariciarle el lomo, dejando que husmeara el cesto.

—¿Es que los gatitos quieren pescaditos? —preguntó con voz suave—. Pues con trabajitos tendrán pescaditos.

El animal, si bien a todas luces era más inteligente que los demás gatos, no acertó a comprender del todo. Pero llegó a ver claramente que aquel hombrecillo (a quien recordaba haber visto en otra ocasión) era el dueño y señor de aquel cesto de pescado, y empezó un ronroneo ensordecedor, al tiempo que restregaba su cuerpo contra las piernas de Gorbo, con la esperanza de que se portaría como era debido y le daría otra trucha.

—¡Mirad! —dijo Gorbo al Rey Merse—. Ahí está uno de los gatos de la Tía Meldrum. Tal vez pueda guiarnos.

El Rey Merse se le quedó mirando, maravillado de su sagacidad. Vanderdecken le dio a Gorbo una palmadita en la espalda.

—Ese súbdito vuestro mejora por momentos —dijo—. Probemos lo que él propone.

—Así lo haremos —asintió el Rey—. Adelántate tú con el gato, Gorbo, y te seguiremos a cierta distancia.

Se ordenó a los ciudadanos que le dejaran el paso libre, y Gorbo, tras obsequiar al gato con una tercera trucha a guisa de estímulo, se puso en marcha hacia la puerta de la ciudad. El gato le iba detrás, masticando y lanzando elocuentes maullidos. Al llegar a un claro que había al otro lado de las murallas, Gorbo le indicó con sus gestos que siguiera camino adelante. El gato, tras unos momentos de vacilación, miró en derredor suyo y se puso a husmear el suelo; luego avanzó un poco y volvió a husmear. Gorbo le contemplaba ansiosamente.

—¡Adelante! ¡A casita con tu dueña! —dijo, levantando el cesto—. ¡A casita, con los gatos negros!

El animal se volvió a mirarle y, lanzando un tétrico maullido, emprendió la marcha al trote. Gorbo le siguió, y el gato, deteniéndose sólo un instante para asegurarse de que la cesta del pescado le seguía muy de cerca, siguió avanzando por un estrecho sendero que conducía al bosque.

El gato avanzaba y avanzaba sin detenerse, seguido de Gorbo. Y a un cuarto de milla de distancia por detrás de ellos, sonaban las blandas pisadas de los snergs y los pasos sonoros de los holandeses con sus botas de agua, siguiendo en filas de a dos.

El cambio de vida de Golithos

Al aparecer Gorbo en el claro del bosque, la Tía Meldrum, amenazó a Golithos con el puño para infundirle algo de ímpetu, dejando, por un momento, de prestar atención a los niños. Pero le bastó aquel momento a Joe, que había logrado desatarse las manos (pues antaño en el circo había aprendido varios trucos de cuerdas). Se apresuró, pues, a desatar también las manos de Sylvia y

luego, muy suavemente, la ayudó a levantarse. «¡Echa a correr!», le murmuró al oído. Y dando un salto, se fueron los dos, apretando Joe fuertemente la mano de la niña y arrastrándola entre los árboles.



Detrás de ellos oyeron un aullido salvaje, pero ya estaban en el claro, muy cerca de donde estaba Gorbo, quien dio un salto y se precipitó también a su encuentro.

—¡Ocúltate entre los árboles! —chilló Joe—. ¡Ahí viene Golithos!

Gorbo dio otro salto y miró rápidamente a su alrededor. Después, en un abrir y cerrar de ojos, alcanzó con ellos la espesura, al otro lado del claro. Lanzó un suspiro de asombro y de júbilo, algo parecido a un sollozo, y volvió luego a mirar a su alrededor, con el arco dispuesto a disparar.

—Agachaos y escondeos —dijo, sin volver la cabeza.

—¡Pero ahí está Golithos! —gimió Sylvia—. ¡Corramos, Gorbo!

—No voy a ser yo quien corra —dijo Gorbo—. Quedaos quietos: nada más.

Por unos instantes reinó el más absoluto de los silencios. Después oyeron la voz de Golithos que gritaba desde el otro lado del claro.

—¿Eres tú, Gorbo? —decía.

—Sí, aquí yo —contestó Gorbo.

—Oye —prosiguió la voz—, si te largas, voy a dejar que te quedes con los chiquillos.

—¡Muchas gracias! —dijo Gorbo.

—¡Oh! ¡Muéstrate razonable! Discutamos tranquilamente, pues esta tensión no conduce a nada. Sal al claro y hablemos.

—Bueno —asintió Gorbo—. Pero sal tú, también. —Avanzó hasta el límite de los árboles y se quedó mirando hacia el otro lado.

—Todavía no puedo verte —dijo Golithos—. Sí me das una verdadera muestra de confianza, iré en seguida.

—¿Te bastará con esto? —dijo Gorbo al tiempo que avanzaba seis o siete pasos.

—Sí, eso ya está mejor, Gorbo. No tengo intención de hacerte ningún daño. —(Desde su

escondrijo, los niños le oían avanzar torpemente entre la maleza y las ramillas)—. Siempre te tuve cierta simpatía y sí podemos hablar de este asunto como es debido...

Dando un salto y un gran rugido, se precipitó fuera del bosque, blandiendo en alto su terrible hacha.

¡Zas!

Golithos detuvo su carrera a unos dos metros de Gorbo y empezó a tambalearse. Su hacha cayó al suelo con estrépito.

¡Zas! ¡Zas!

Golithos volvió a vacilar y se desplomó de cabeza, con un choque que hizo temblar el suelo. Tenía tres flechas clavadas detrás de su cabezota de monstruo.

La fuga de la Tía Meldrum

Los niños se precipitaron hacia Gorbo, abrazándole, mientras los sollozos de Sylvia hacían temblar su cuerpecito. El snerg se mantuvo abrazado a ellos durante un momento, pero luego se apartó de un salto.

—¿Dónde está la Tía Meldrum? —preguntó repentinamente.

—Allí —contestó Joe, señalando hacia el otro lado del claro.

Gorbo se arrastró prudentemente, mirando siempre en torno suyo. De pronto lanzó una exclamación.

—¡Mirad! —gritó, señalando hacia el otro lado del barranco.

La vieja bruja iba trepando, trepando por las peñas, seguida de sus negros gatos. Gorbo corrió hasta el borde del barranco y disparó, pero la flecha no alcanzó a tanta distancia. Volvió a disparar una y otra vez, con idéntico resultado: la bruja estaba demasiado lejos para los disparos de su arco. Y la Tía Meldrum trepaba y trepaba, con una agilidad y una energía que parecían prodigiosas.

Gorbo volvió la cabeza, pues se oía un rumor de pasos. Los snergs y los marinos holandeses estaban llegando, precedidos de sus líderes. Sólo fijaron su atención un instante en los niños y en el cuerpo de Golithos, pues Gorbo los advirtió gritando que la Tía Meldrum se escapaba.

Los Snergs se colocaron bordeando el barranco y le dispararon una lluvia de flechas, pero la vieja hechicera estaba fuera de su alcance y ella lo sabía perfectamente. Había llegado a un sitio llano, en la cumbre de un acantilado, y el túnel que atravesaba las Rocas Peladas estaba muy cerca. Con una estridente risotada que resonó horriblemente a través del barranco, empezó una fantástica danza triunfal, que tenía algo de «coranto» y de jiga irlandesa. ¡Qué visión tan espantosa!

Pero aquella bruja medieval bien poco conocía los avances de la ciencia. En aquellos precisos momentos retumbó la voz de Vanderdecken (que tan prudentemente había entrenado a sus marinos).

—¡Adelante, mosqueteros! ¡Mano a los mosquetes! ¡Apuntad con los mosquetes! ¡Fuego!

¡Bajad los mosquetes!

A la voz de *¡Fuego!*, treinta y tres disparos tronaron el espacio, multiplicados por los ecos de la garganta. Una oscura nube de humo se cernía sobre el lugar.

—¿Dónde está la Tía Meldrum? —preguntó el Rey Merse cuando el humo se disipó.

Vanderdecken le alargó su catalejo.

—Hay algunos jirones de ropa pegados en las peñas —dijo—. Y creo distinguir una mano al borde del acantilado. Vos lo veréis mejor.

—Sí —asintió el Rey Merse, mirando con el catalejo—, es indudablemente como vos decís. Aquello es la Tía Meldrum... o al menos parte de ella.

Así era, en efecto. Cuando treinta y tres mosquetes de los que se fabricaban en tiempos de Vanderdecken, cargados con doble bala y medio puñado de buena pólvora, son disparados simultáneamente por expertos tiradores, el resultado suele ser eficaz. La Tía Meldrum quedó hecha trizas.

Fin de las inquietudes

En Banrive hubo un buen repique de campanas cuando llegó la alegre comitiva de snergs y holandeses, con los niños sanos y salvos, y se conoció la muerte de Golithos y de la Tía Meldrum.

Habían encontrado al borrico restregándose contra un árbol para quitarse la carga. Los snergs desataron los nudos, se quedaron con las cosas de valor y tiraron el resto. Después hicieron montar en el asno a Joe y a Sylvia y reanudaron la marcha, entonando canciones marineras que les habían enseñado los holandeses. Sylvia se repuso muy pronto de la angustia, si bien le preocupaba bastante el lamentable estado de su precioso traje nuevo. Pronto se sintió con energía suficiente para unirse modestamente al coro. A Joe no le hizo falta reponerse, pues era de los que no se angustian por las preocupaciones que pertenecen al pasado y cantó a pleno pulmón.

A Gorbo le fue concedido el sitio de honor al frente de la comitiva y avanzaba con paso ágil, aun cuando cargaba con la enorme hacha de Golithos, que le pertenecía según las reglas de la guerra. Fue objeto de más de alguna amable broma por culpa de *Gubbins*, que no había querido reunirse con sus hermanos (que, a buen seguro, llegarían a ser grandes cazadores en el país de las Rocas Peladas), y no se apartaba nunca de su nuevo dueño. Tal vez sería porque le gustaba el aspecto de Gorbo, o bien opinaba que el propietario de un cesto de pescado resultará siempre un dueño ideal: eso es algo que deberán resolver los naturalistas. Cuanto sé es que el gato precedía a Gorbo con la cola erguida y andaba de un modo muy parecido a como andan las cabras que ciertos regimientos británicos han elegido por mascota.

El Rey Kiul besó a los niños, casi con lágrimas en los ojos y Sylvia de la propia mano del Rey recogió a *Tigre* que aquellos días anduvo de aquí para allá, buscando desesperadamente a sus dueños. El Rey pronunció un discurso agradeciendo a los snergs y a los marinos el gran servicio que habían prestado a su reino.

Cuando el Rey Merse le comunicó que Gorbo, sin ayuda de nadie, había dado muerte a Golithos, el Rey Kiul se limitó a comentar: «¿Ah, sí? Pues, en el fondo tiene bastante mérito», ya que nunca logró dominar completamente la antipatía que le inspiraba Gorbo.

Pero se impusieron sus nobles sentimientos. El Rey Kiul se dirigió a sus aposentos privados y buscó minuciosamente en una pequeña cómoda. Cuando regresó al salón de recepciones, hizo que Gorbo se acercara y se arrodillara ante él.

—Mediante esta insignia —dijo, poniéndole al cuello una cinta de color cereza, de la que pendía una medalla—, te convierto en miembro de la Orden de los Caldereros Errantes. Procura llevarla siempre con honor.

Entre nutridos aplausos, Gorbo, bastante sonrojado, le dio las gracias con trémulo acento y se retiró andando hacia atrás. Invadían su ánimo un orgullo y un alborozo que le daban vértigo. Por fin se reconocía oficialmente que había escapado a la vergüenza de ser considerado como el más inepto de los snergs. Sylvia y Joe corrieron hacia él y le pidieron que les dejase ver de cerca la insignia. La medalla era de un gusto exquisito: representaba a un hombre, cubierto con una armadura, que estaba componiendo un puchero (se trataba de *Sir Bors*, calderero que ascendió a caballero en el campo de batalla). Era una Orden muy antigua y con razón podía Gorbo sentirse orgulloso. Aquella condecoración implicaba gozar de los derechos de los ciudadanos libres, así como el privilegio de quitarse los zapatos (si los pies le dolían) en presencia del Rey.

Lady Ermintrudis se encargó de los niños y ordenó que se pusieran de nuevo los uniformes de la bahía de Watkyns (que habían lavado y planchado), mientras los trajes medievales se enviaban al tintorero para que les quitara las manchas. El tintorero era muy expeditivo y prometió que habría devuelto a los trajes su original belleza al siguiente mediodía, lo que llenó de júbilo a Sylvia, pues estaba loca por su vestidito de las abejas de oro.

Fueron tiempos felices para todos. *Sir Gil* volvió de un humor bastante arisco, por el escaso éxito que obtuvo en su expedición, pero cuando le comunicaron que habían encontrado a los niños sanos y salvos, corrió hacia ellos con un gran escándalo de su armadura y los besó cariñosamente. Insinuó que tal vez ahora podría esperar que le concedieran una noche entera de reposo. Cambió su armadura, muy castigada por el viaje, por un traje de terciopelo morado, que le sentaba francamente bien. Se sentó con *Lady Ermintrudis* tras unas cortinas y mantenía la blanca mano de la doncella entre las suyas, a pesar de las advertencias de ella de que podían verlos. Baldry (quien me temo que no se corregirá jamás), intentó divertir a los cortesanos deslizándose detrás del caballero y dándole en la cabeza con su bastoncillo; pero tuvo que huir de palacio y permanecer oculto el resto del día, pues el Rey le negó su protección, diciendo: «Tal vez ahora reflexionarás un poco antes de actuar».

Se cruza el río otra vez

Pasó otro día y a la mañana siguiente, muy temprano, se inició el viaje de regreso. Se cambiaron

alegres despedidas, y entre las aclamaciones de la multitud, las Fuerzas Expedicionarias atravesaron la puerta de la ciudad, por la que unos días antes habían entrado con tan angustiosos presentimientos. Ahora iban con ellos Joe y Sylvia, montados en menuditos caballos y vistiendo sus trajes de fantasía: los seguían dos mulos con el equipaje, cuyos arrieros eran dos prudentes rústicos. Uno de los mulos iba cargado de presentes que el Rey Kiul destinaba a la Casa Real de los snergs, a la señorita Watkyns y a su Junta (figuraban entre aquellos regalos unas copas de plata curiosamente labradas y un antiguo cuerno de unicornio, labrado también, muy adecuado para centro de mesa); y el otro mulo llevaba dos barriles de vino especial destinado a Vanderdecken.

El Rey Kiul prometió visitar a los snergs si lograban tender sobre el río algo parecido a un puente, y Vanderdecken le ofreció ocuparse del asunto y proyectar un puente colgante que no se balanceara demasiado.

Pasaron la noche en el cómodo castillo del señor de las Fronteras Reales, que, a la llegada de los expedicionarios, se encontraba precisamente en su mansión. Pudieron comprobar que era un hombre agradable, aunque tal vez su trato adolecía de un empaque excesivo, como ocurría también con su mayordomo. Aceptó las excusas que le presentaron por la anterior invasión de su fortaleza y ocupación de sus camas: les dijo que se hacía cargo perfectamente de la urgencia del asunto y fueron muy bien recibidos. Parecía muy satisfecho al verse relevado de su misión. Durante su larga vida había estado (si bien nominalmente) guardando la frontera contra un ataque por sorpresa de los snergs, y ahora resultaba que eran una gente de buen natural y de amistosos sentimientos; bien hubiera podido consagrarse a otras ocupaciones. Dijo que en el futuro iba a dedicarse a la jardinería, por la que sentía verdadera pasión.

Se despidieron a la mañana siguiente y en pocas horas llegaron a la garganta por cuyo fondo se deslizaba el río, y allí fueron saludados con gran júbilo por el grupo de snergs que permanecieron en aquel lugar para evitar que ocurriera algo con la cuerda. Habían construido un pequeño fortín rodeado de trincheras y apostaron centinelas, según aconseja el arte militar. El Rey Merse les dedicó unas frases de encomio castrense.

Sylvia cruzó el río con *Tigre*, metidos ambos en una cesta, de la que tiraban mediante una cuerda los marineros, como si se tratara de un salvavidas, y llegó sana y salva, aunque algo mareada y asustada por la terrible altura del abismo. Joe declinó el ofrecimiento de la cesta, y pasó por sí mismo a gran velocidad, como los holandeses y los snergs. Pusieron después en la cesta los regalos y tiraron de ella y después los dos barriles de vino. Vanderdecken inspeccionó personalmente la operación de fijación, pues dijo que no quería exponerse a un disgusto. Gorbo pasó (entre aclamaciones y risas) con el gato muy aferrado a su persona, pues no lograron de ningún modo que se metiera en la cesta.

De vuelta a la ciudad

Estaban a poco más de una milla de la ciudad, donde ya había llegado la buena nueva. Al acercarse

un poco más, los niños distinguieron tres figuras que se destacaban por su altura entre los menudos snergs. La señorita Watkyns, en compañía de las señoritas Scadging y Gribblestone, montadas las tres en osos de confianza, habían llegado el día anterior para darles la bienvenida, y allí les explicaron el agrio final de su aventura.

Al ver llegar a los niños con sus hermosos trajes de una época lejana, no pudieron reprimir las lágrimas. Era de esperar dado el temperamento de las otras dos señoritas pero sorprendía en la señorita Watkyns, que solía criticar las efusiones. No lloró mucho, sin embargo. Indicó ceñudamente a las otras que se dejaran de sensiblerías y preguntó a los dos niños si se sentían o no avergonzados de su proceder. En aquel momento a Joe y a Sylvia les pareció que debían sentirse avergonzados, y así lo confesaron. Creo que dijeron la verdad, pero aquel sentimiento se disipó muy pronto.

Huelga decir que aquélla se consideró una ocasión muy adecuada para celebrar una fiesta y es digno de tomar nota que Gorbo ya no ocupó un sitio en los suburbios: sólo siete comensales le separan del Rey. Además de la insignia de la Orden de los Caldereros Errantes (que muchos de los presentes miraron con envidia) lucía en su pecho una nuez de bronce, pues el Rey Merse consideró que la tenía muy bien ganada.

De vuelta a la bahía de Watkyns

Llegado a este punto, se me ocurre que resulta algo difícil sacarle una moraleja realmente útil a mi historia, aunque me haya referido a ella casi con inmodestia, anunciando a su debido tiempo que no faltaría para instruir a mis jóvenes lectores. Pues, por reprobables que fueran la desobediencia y la locura de los dos chiquillos, no puede negarse que el resultado final de su actuación fue más bien saludable. Sirvieron de instrumento para que tuvieran un rápido fin dos personas que constituían un serio peligro para la humanidad. Habían promovido relaciones amistosas entre dos países y desvanecido dudas seculares. Por fin, habían vuelto magníficamente ataviados y con ricos presentes. Tal vez la única moraleja concreta que pueda deducirse sea ésta: si por azar os encontráis a un ogro que dice haber cambiado de vida, haced como que le creéis mientras no os hayáis procurado una buena arma y disparadle a la cabeza en cuanto se ofrezca la oportuna ocasión.

A su llegada a la bahía de Watkyns, los demás niños se agolparon alrededor de Sylvia y de Joe, con exclamaciones de júbilo y admiración, pues nunca habían visto nada tan espléndido, ni siquiera en los libros ilustrados, y hubo entonces cierto riesgo de que aquella suntuosidad se les subiera a la cabeza a los niños, tal como había temido la señorita Watkyns. Pero ella lo sorteó de inmediato, ordenando a Sylvia y a Joe que cambiasen sus trajes medievales por la sencilla pero práctica indumentaria de dos prendas que se usaba en la Colonia, y dijo que el otro vestido se reservaría para ocasiones especiales, como por ejemplo cuando se organizara alguna fiesta de disfraces. Esto —sea dicho de paso— dio origen a los bailes de disfraces y ocasionó mucho y

extraordinario trabajo de planchado y costura.



Sylvia y Joe estuvieron muy contentos al verse de nuevo en sus casitas y descansando en su jergón de lúpulo. Cuando, por fin, se durmieron (aunque fue muy tarde, pues hubo interminables cuchicheos para satisfacer la curiosidad de los demás niños), oyendo a lo lejos el rumor del mar y, en el seto de la casita, el leve restregar de los osos de cinamomo, los invadió una gratísima sensación de paz y de felicidad hogareña, y decidieron ser buenos chicos de verdad durante un tiempo razonable.

Para terminar

Vanderdecken puso manos a la obra y construyó un magnífico puente colgante, ligero pero sólido, sobre el profundo río, y el Rey Kiul hizo una visita a los snergs y permaneció dos días en la bahía de Watkyns. Distribuyó personalmente los premios, pues era poco antes de las vacaciones, y pronunció uno de aquellos discursos en que se asegura que aun los niños más pequeños tienen su peculiar responsabilidad.

En su día se enviaron invitaciones a Joe, a Sylvia y a otros seis niños de la Colonia para asistir a la boda de *Sir Gil* y *Lady Ermintrudis*, pero la señorita Watkyns remitió al Rey sus gracias más efusivas y manifestó que no juzgaba aconsejable que los niños aceptaran la invitación, para que no les entraran ganas de hacer nuevas locuras. Envío como regalo de boda un juego de tocador y una cajita de manicura de precioso carey, y la novia le contestó en un trozo de pergamino, afirmando que era aquél el más encantador de sus regalos. Y era excelente, en verdad, pues lo había

adquirido la señorita Watkyns en una tienda muy lujosa de Bond Street. Baldry, el día de la boda, hizo una de sus peores diabluras, por la que se ganó una encerrona de ocho días: embadurnó con mantequilla la escalera de palacio.

Gorbo se lo pasa muy bien, haciendo de vez en cuando algún pequeño trabajo, pero lo que hace con más frecuencia es descansar. *Gubbins*, el gato negro, no se aparta nunca de su lado y viaja con él a todas partes. Posee grandes habilidades como cazador y pilla pájaros, ratoncillos y otros animales, que entrega fielmente a su dueño, de modo que Gorbo puede vanagloriarse de su gato, como los antiguos monarcas egipcios. De vez en cuando, hace una visita a Banrive para ver en qué nuevo aprieto se ha metido Baldry y para presentar sus respetos al Rey. Nunca se olvida de exclamar, estando ante el monarca: «¡Ay, mi juanete!» y se quita entonces una de sus botas.



La puerta que había en la región de los árboles entrelazados y la del otro lado del río fueron tapiadas con ladrillos. Se convino que, aunque Gorbo y los niños habían encontrado enormes reservas de setas en la caverna, aquel sitio olía a magia cruel y era preferible que nadie pudiese acercarse a él. Ignoro lo que ocurrió en el Bosque Negro después de la muerte de la Tía Meldrum, cuando quedó como dominio exclusivo de los murciélagos y demás seres horribles, pues nadie, que yo sepa, volvió allí, lo que indica una prudencia ejemplar.

El caballero *Sir Percival* renunció a las hazañas caballerescas el mismo día en que ocurrió la aventura del castillo. No contuvo el rápido paso de su montura sino al llegar a su finca protegida por un foso, y allí colgó su armadura y su lanza sobre el hogar y decidió vivir desde entonces apaciblemente y prescindir de la esposa, si no podía lograrla sin lucha. Se dedicó a la cría de unos cerdos de raza especial, en lo que se distinguió bastante y obtuvo varios premios.

Vanderdecken y sus hombres realizan de vez en cuando esfuerzos especiales para limpiar su barco y ponerlo en condiciones de regresar a su patria. Pero tal es el trabajo que les da, con la infinidad de algas y moluscos y el cordaje en extremo maltrecho, que suelen cansarse al poco rato y entonces dicen que no es conveniente trabajar demasiado, por lo que deciden salir uno o dos días de caza con los snergs. En mi opinión, no se marcharán nunca. Y, en realidad, no existe ninguna especial razón para que se marchen, pues las cosas ya están bien así.

Y aún hay algo más que contar: es posible que Sylvia y Joe sean enviados a Inglaterra, si les encuentran unos nuevos papás que reúnan las condiciones apetecidas, pues es la costumbre después de unos años de permanecer en la Colonia (si bien los años no se cuentan allí al modo usual), aunque ignoro si se han tomado ya decisiones concretas. En mi opinión, la señorita Watkyns los retendrá bastante tiempo, pues animan mucho la Colonia. Últimamente trató de infundirles cierto sentido de la responsabilidad, confiando a su cuidado una niña recién llegada, muy flacucha y que lloraba siempre, pero a los pocos días estaba hecha un diablillo y rompió los cristales de una ventana sólo porque sí.

Tigre sigue bien, aunque el pasado agosto le dio un achaque, pero fue algo sin importancia.

La falta de espacio me impide facilitar detalles acerca de los gastos, etc., de la Sociedad para el Amparo de Niños Sobrantes, y es lástima, pues seguramente interesarían mucho a mis lectores adultos. Me ceñiré, pues, a reseñar que la Sociedad está en un período floreciente y posee una sólida base financiera, y que la señorita Watkyns y las demás damas tienen un inmenso trabajo, pues diversas mejoras y ampliaciones están actualmente en curso en los edificios de la bahía de Watkyns. Pero todo ello contribuye a que las damas conserven su excelente salud. Los niños pasan los años felizmente, y su número aumenta poco a poco, pues de vez en cuando llegan nuevos refugiados. Se entretienen en juegos diversos y vagan por los bosques, dejando que se deslice el tiempo libre de inquietudes, como en la dorada Antigüedad.



Edward Augustine Wyke-Smith (1871 – Cornualles, 1935) fue un ingeniero de minas y escritor británico que viajó por todo el mundo. Es conocido por ser el autor de *El maravilloso país de los snergs* libro infantil en el que aparecen los snergs, una raza ficticia que se supone inspiró los relatos de J. R. R. Tolkien sobre los hobbits. A lo largo de su vida publicó ocho libros, cuatro para adultos y cuatro para niños.

En su juventud, Wyke-Smith reafirmó su independencia rechazando los planes paternos de ser un artista y se enroló en los Horse Guards en Whitehall. Cuando lo supo, el padre pagó una suma considerable para evitar el servicio militar del joven Edward. A continuación, Edward se enroló en la tripulación de un velero con destino Australia y la Costa Oeste de los Estados Unidos. Una vez allí, trabajó un tiempo como vaquero antes de volver a Inglaterra y cursar la carrera de Ingeniería de Minas. Una vez licenciado, gestionó minas en México, el Sinaí, América del Sur, España, Portugal y Noruega. Durante la Revolución mexicana de 1913 tuvo que rescatar a su mujer de la capital del país y durante la Primera Guerra Mundial construyó un puente sobre pontones en el Canal de Suez.

Escribió su primer libro *Bill of the Bustingforths* durante uno de sus viajes, a petición de uno de sus hijos. Su último libro publicado fue el mencionado *El maravilloso país de los snergs*.